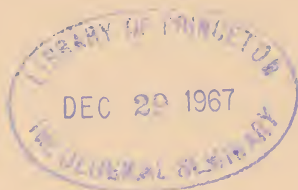


ANTOLOGÍA DE RAMÓN LLULL

Prólogo y notas preliminares por el
PADRE MIGUEL BATLLORI, S. J.,
de la Real Academia de la Historia

Traducción y revisión crítica:
ANA MARIA de SAAVEDRA y
FRANCISCO de P. SAMARANCH

Dirección General de Relaciones Culturales
MADRID
1961

Gráficas Tejario, S. A. Madrid.

RAMON LLULL, EN SU MUNDO

El tópico romántico del medievo ha engendrado, como todo tópico, hallazgos y errores.

Hallazgo y enriquecimiento fue la conciencia que desde entonces tiene Europa de su origen medieval; la convicción de que, a la antítesis del Renacimiento le siguió la síntesis que aún perdura de medievo y humanismo. Para romper esa síntesis se lanzaron contra ella, en la primera mitad del siglo XX, antítesis premedievales, precarolingias; pero se resolvieron en el mito.

Errónea fue, en cambio, la visión de un medievo puramente latino y occidental, sin más contacto con Bizancio y con el Islam que las Cruzadas —en Europa— y la Reconquista —en España—.

Todo el medievo, y mucho más el que se aboca al Mediterráneo, es una coexistencia y una interacción constante de tres mundos autónomos, más que independientes: el latino, el bizantino y el islámico. Sus contactos son múltiples: políticos, económicos, culturales, religiosos.

La corona de Aragón, apenas terminada su tarea

de Reconquista en la Península con la cristianización de Murcia, entregada luego a Castilla, comenzó muy pronto su expansión mediterránea, y con ella sus contactos con Bizancio y el Islam africano. Con Pedro el Grande y con Jaime II la conciencia de aquella triple coexistencia se hace colectiva, y se refleja y concreta, sobre todo, en los tres mayores escritores catalanes que recorren el Mediterráneo a caballo entre el siglo XIII y el XIV, los siglos respectivos de aquellos dos reyes.

Ramón Muntaner, el catalán del principado, es el cronista, casi el cantor épico, de la expansión catalano-aragonesa en el imperio de los Paleólogos. Ramón Llull, el mallorquín, plasma en su Arte *una síntesis de ciencia cristiana y de método islámico, y finge diálogos y disputas con los cristianos separados de la banda oriental; Arnáu de Vilanova, el valenciano, recoge la ciencia médica de árabes y judíos y se pone a la cabeza del movimiento espiritualista franciscano, ya impregnado de orientalismo a través de Joaquín de Flore y de Angelo Clareno, que luego se refunde, a su vez, en el mundo bizantino de los hesicastas o contemplativos.*

Es en ese contexto donde hay que situar los textos lulianos para valorarlos y justipreciarlos en sus coordenadas de tiempo y de espacio.

Pero el valor de un autor, por alto que haya sido en su propio mundo y en su propio siglo, no se estima en tanto si no ha trascendido igualmente

en el tiempo. El paso del medievo al humanismo ha sido la gran piedra de toque de lo que la Edad Media tenía de perenne. Y Ramón Llull es uno de los pocos autores medievales que ha resistido esa prueba. Esa es la importancia de la historia del lulismo, proyección de su personalidad a través del tiempo y del espacio.

MALLORCA: 1235?-1275.

Como introducción a esa antología, damos en versión castellana la Vida coetánea, *dictada por Ramón, en París, el año 1311. Ello nos exime de extendernos aquí en los detalles de su biografía. Notemos sólo cómo y cuándo se realiza en él, de un modo biológico-cultural, un primer ensamblaje entre el mundo cristiano occidental y el mundo islámico y bizantino.*

Sin dar excesiva importancia a los factores raciales, su origen noble, su alta talla y otros rasgos somáticos inclinan a emparentarlo con la aristocracia feudal catalana de origen franco. Su cultura era la cultura europea de la Cataluña del siglo XIII, representada por su inserción en el mundo lírico de Occitania. Los poemas que Ramón, a pesar de su matrimonio con Blanca Picany, dirigía a su amada, serían bellos lays *o* virolays *en provenzal,*

o en catalán muy "provenzalizado", como el de sus poemas religiosos posteriores a su conversión.

Esta tuvo lugar hacia los treinta años —según él mismo insinúa repetidas veces—, "en medio del camino de la vida". Nacido hacia 1235, apenas reconquistada Mallorca, su conversión apasionada y fantástica hubo de acaecer hacia 1264. En su autobiografía, tan auténtica y precisa cuando se trata de detalles biográficos, la pasión y la fantasía iluminan y oscurecen a la vez los momentos más cruciales de su vida: la conversión, la iluminación divina, la crisis espiritual de Génova.

Vuelto a Dios por un laboreo interno de la gracia, que su imaginación proyectó en tres sucesivas apariciones de Cristo en cruz, emprende un duro peregrinaje al santuario occitano de Rocamador y recorre el sendero, tan español como europeo, de Santiago de Compostela. De nuevo en Barcelona, San Ramón de Penyafort — el "seny" o juicio jurídico de Cataluña, en perenne coexistencia con el entusiasmo luliano, igualmente catalán— le aconseja que se retire unos años en Mallorca, antes de ir al "gran estudio" de París.

Consejo atinado y providencial. En esos años de estudio retirado (1265?-1269?) alambica, primero, y luego somete a su matraz los dos elementos que ha de sintetizar en su Arte *y en su mística. En su propia casa, un siervo le enseña el árabe, y con él le da la clave de una cultura que era, a su*

vez, la clave de todo el saber científico de su siglo. En el monasterio cisterciense de La Reial, no lejos de Palma, los victorinos le llevan a San Anselmo y a San Agustín. Su espíritu se abre a la contemplación divina, a la especulación doctrinal y a sus ansias de apostolado y de martirio, después de una larga doble fecundación, al contacto con la cultura islámica y con la occidental.

En la mente de Ramón no cabían meras yuxtaposiciones. Su innata tendencia unitaria, propia de las grandes mentes, le había de llevar a una síntesis. Y el momento de esa síntesis, su carácter apasionado y fantástico, lo eterniza en una iluminación, que él cree sobrenatural y extraordinaria, y que como tal animará sus entusiasmos y sostendrá sus crisis hasta la muerte.

Todo hallazgo intelectual, decisivo y transcendente, es una iluminación y una fuerza. Eso, por lo menos, es real en la autosugestión de Randa y en la leyenda, cara a toda la escuela luliana, en torno al doctor iluminado y arcangélico. Ramón, pensador original e inquisitivo, y teólogo místico, a un tiempo especulativo y experimental, anhelante del martirio y de la conversión de los infieles —de esos mismos musulmanes con quienes convivía en su isla recién conquistada—, halló en la lógica árabe de Algazel un principio unificador de filosofía y teología, la chispa de alta tensión que convirtiese una simple amalgama de elementos en

una nueva síntesis substancial: el Art abreujada d'atrobar veritat (1274?), *célula inicial de la que germinará toda la incesante e involutiva floración de sus* Artes, *múltiples y única, como la Trinidad que él intenta probar a los infieles.*

Pero a esa Art *le ha precedido ya el* Llibre del Gentil a los tres savis (1272), *disputa racional y razonada de un cristiano, un judío y un sarraceno. La síntesis sólo era posible en filosofía. En el campo de la fe y de la teología, sólo quedaba la vía de la convicción, por medio de razones que él, con su instintiva e incoercible exageración, llamará "necesarias". Los teólogos de la mesura y de la terminología inflexible y mágica hallarán, en ese venturoso y malhadado epíteto, motivo de escándalo, de delaciones, de escarnios, desde sus mismos tiempos, hasta los nuestros.*

Si en el Gentil *se encaraba Ramón con el mundo arábigo-hebraico, muy pronto sus lecturas teológicas, antes que sus contactos viajeros, le pusieron en relación con las Iglesias orientales separadas de Roma y ubicadas en el imperio de Bizancio, al otro extremo del Mediterráneo, de su mar familiar e íntimo, en continuo oleaje de ideas trashumantes y contrastadas. En el casi contemporáneo* Llibre del Sant Esperit (1274?), *hijo legítimo del* Gentil *y de la* Art abreujada d'atrobar veritat, *disputa ya con un "ortodoxo" griego sobre la procesión de la tercera persona de la Trinidad.*

Lanza, pues, ya un primer puente de unión con el mundo bizantino, que más adelante ampliará en sus disputas con nestorianos y jacobitas.

Así, desde los comienzos de su vida de escritor y de apóstol, encerrado en su isla —limitada y abierta, minúscula e infinita como todas las islas mediterráneas—, Ramón abraza sus tres mundos: el occidental, el islámico y el bizantino, cada uno de ellos en toda su complejidad.

Una nueva síntesis de esos primeros fecundísimos años de Ramón es el Llibre de Contemplació (1270-72), *enciclopedia sistemática de Dios y de la naturaleza toda, en orden a la contemplación* en *Dios, con partícula típicamente luliana, preñada de sentido y de significación —de intención segunda, que para él es la buena, la recta, la ordenada, la que transciende la intención primera que muere en lo creado. Alguien ha careado acertadamente esa suma de la mística medieval con las otras grandes sumas contemporáneas: la teológica, de Santo Tomás de Aquino, y la jurídica, de San Ramón de Penyafort. Todas ellas responden no a un momento de acarreo enciclopédico, propio de los períodos decadentes, sino a un momento de síntesis creadoras. Pero esa suma luliana es la única pensada y escrita no en latín, ni en alguna lengua neolatina, sino en árabe. Luego, él mismo la tradujo y refundió en catalán, que refina y eleva hasta la más alta y más sutil especulación metafísica.*

En esas cuatro obras primeras, que no primerizas, está el germen de toda la ulterior producción luliana: de sus Artes particulares y generales, de sus obras doctrinales en forma fictiva, de sus escritos enciclopédicos y místicos.

Entre Montpellier y Miramar: 1275-1287.

Pero Ramón no fue sólo un grande convertido, un genial pensador y el creador de una lengua literaria. Fue también, y juntamente, en nueva síntesis paradójica, un hombre votado a la acción y al movimiento más inverosímiles. Su Arte le había sido otorgada por Dios —él así lo creía firmemente— para los demás, para convencer y convertir. En su juventud había sido senescal del Infante Don Jaime, hijo segundo del Conquistador. Apenas elevado éste al trono de Mallorca y al señorío de Montpellier, Ramón acude a su antiguo dueño, en la ciudad occitana, para pedirle patronazgo y ayuda económica en la fundación de un colegio "apostolical", formado por doce frailes menores, que en el abrupto y luminoso Miramar estudiasen las difíciles y exóticas lenguas de los infieles, sobre todo el árabe, para dedicarse luego a su conversión.

La idea no era nueva. Tales colegios los tenían ya las dos mayores órdenes misioneras del siglo XIII, la de los franciscanos y la de predicado-

*res. Lo nuevo y original estaba en que, al mismo tiempo, los doce frailes apostólicos habían de adiestrarse en la sutil esgrima de l'*Art d'atrobar veritat *y de sus derivados* —Llibre de demostracions, Començaments de medicina, de dret, de filosofia *y* de teologia—, *para ir luego a convertir a los infieles con sus infalibles razones "necesarias". Jaime II de Mallorca hace revisar el* Arte *y otras obras de Ramón por un fraile menor, y, una vez aprobadas, instituye el colegio de Miramar, el año 1276.*

Ese período de Montpellier y Miramar de 1275 a 1279 se caracteriza, a la vez, por una nueva germinación de su Arte *—ahora, el* Art demostrativa, *de intencionalidad marcadamente misional, ramificada, como siempre, en multitud de frondas— y por la vida ascética de penitencia, que Dios eleva en Miramar a la más alta mística. Es la época del* Llibre d'amic e d'amat, *nueva síntesis de mística cristiana y de método arábigo —ahora escribe en versículos salmódicos, plasmados en imagen y en diálogo "a la manera de los sufíes". Aun en el caso de que ese libro fuese escrito algo más tarde, al tiempo de la composición de* Blanquerna, *del que constituye la quinta parte, reflejaba ciertamente una experiencia mística de aquellos últimos años en que alternaba la docencia de su* Arte, *en Montpellier, y la vida eremítica, en Miramar.*

La época y las circunstancias de la composición del Blanquerna *presentan tantos y tales problemas*

críticos, que no podemos tomar esa obra como hito o mojón de referencia. Como todas las obras lulianas, el Blanquerna *es también una síntesis: síntesis de ficción novelesca y de doctrina moral, como el* Fèlix, *o más bien* Llibre de meravelles, *será una síntesis de novela y de doctrina física y metafísica. Ambas novelas tienen también un precedente en una de las primeras obras lulianas, el* Llibre de cavalleria, *anterior a la empresa de Miramar.*

El unitario Ramón Llull sólo en algunos puntos es marcadamente dualista, con dualidad subordinada y subsidiaria, asintética; por ejemplo, en su método misional, caracterizado por una doble cruzada. Una, intelectual y raciocinante: conquista de los infieles por la convicción de sus razones "necesarias", conducentes a la persuasión de la racionabilidad de la fe católica. Otra, la subsidiaria: conquista de la Tierra Santa y de todo el mundo infiel por medio de una nueva cruzada. Esa idea, que asoma ya tímidamente en el capítulo 346 del Llibre de contemplació, *no adquirirá cuerpo definitivo y perfecto hasta que por la Navidad de 1292 presentará al Papa Nicolás IV y a sus Cardenales el* Tractatus de modo convertendi infideles, *apellidado* Lo passatge *en su precedente versión catalana. El solo cotejo de las fechas demuestra que se trata más bien de un elemento añadido y sobrepuesto a una primitiva concepción luliana, eminentemente unitaria y sintética.*

Los avatares intelectuales y apostólicos del andariego Ramón, entre 1279 y 1294, en que comienza a precisar el lugar y la fecha de sus obras, son inciertos en sus pormenores. Desde que en el siglo XVIII comenzó el lulismo crítico, los biógrafos de Ramón Llull han intentado reconstruir su itinerario a base de la noticia autobiográfica del Desconhort, *donde declara que, en anhelante prosecución de sus intentos, había asistido a tres capítulos generales de minoritas y de dominicos para propugnar la creación de escuelas de lenguas exóticas. Pero como la fecha del* Desconhort *no es cierta, sino vacilante —1295?, 1305?—, hemos de contentarnos con los escasos, pero precisos, datos de la autobiografía; con referencias sueltas, dispersas por sus escritos, y con el escasísimo diplomatario luliano, increíblemente reducido, en comparación con el de sus compatriotas y contemporáneos: Ramón de Penyafort y Arnáu de Vilanova.*

El decenio más difícil de toda la biografía luliana es el que va de 1277 a 1287. La autobiografía pasa desde la confirmación del colegio de Miramar, en 1276, por el Papa Juan XXI —el lisboeta Pedro Hispano, famoso por sus Summulae logicales *y su* Thesaurus pauperum—, *al viaje de Ramón a Roma, en abril de 1287. Hemos delineado un tanto el período de 1276 a 1279, entre Montpellier y Miramar. El trienio siguiente es aún mucho más oscuro. Un primer viaje a Roma y al Oriente no pasa de*

una simple, problemática, conjetura. Hasta que, según parece, de 1283 a 1285 escribe en Montpellier —sede ordinaria de su soberano y protector, Jaime II de Mallorca— al menos la parte esencial del Blanquerna, *novela que sólo una exageración incontrolada puede apellidar autobiográfica, pero en la que se remansan, se organizan y se ordenan las experiencias espirituales —ascéticas y místicas— de los años de Miramar. Contemporáneamente se han remansado también sus tumultuarios planes apostólicos en tres puntos: probar la eficacia de su arte, crear nuevas escuelas de lenguas y experimentar personalmente, en tierras musulmanas, el valor real que la conjunción del* Arte *y de las lenguas tenía, exponiéndose al martirio por amor de Jesucristo. La autobiografía, dictada mucho más tarde, en 1311, supone esos tres designios como concretados desde su primera conversión en Mallorca. Pero, de hecho, su actuación sistemática y conjunta sólo parece comenzar de un modo seguro a partir de 1286.*

En la Curia Romana y en la Universidad de París: 1287-1290.

En Roma podía interesar por las tres empresas, conjuntamente, al Papa y a toda la Curia pontificia. En París, demostrar en el más famoso estudio

general de toda Europa la eficacia didáctica de su Arte *maravillosa. En Montpellier, prepararse para nuevos razonamientos "necesarios" y para su ya acuciante ansia de apostolado y de martirio. Y el zigzag Montpellier, Roma, París, Montpellier, Roma, Génova llena la etapa 1287-1293, que se corona con la primera expedición misional a Berbería.*

En ningún tiempo cosecha Ramón tantos fracasos. Llega a Roma poco después de haber fallecido el Papa Honorio IV (3 abril 1287), y, previendo, sin duda, un largo y laborioso cónclave —pues la Curia estaba formada por personajes muy distintos de los laudantes y orantes Cardenales lulianos del Blanquerna—, *deja la urbe sin esperar hasta la elección del nuevo Papa —de hecho Nicolás IV no fue elegido hasta febrero del año siguiente— y se dirige a París, donde el Canciller Bertaud de Saint-Denis le permite enseñar su* Arte *en la Sorbona. Desde entonces Ramón es ya "magister Raymundus".*

Esa enseñanza parisina no hubo de ser muy afortunada. Su Vida coetánea *sólo dice que, después de enseñar un tiempo y de ver la forma de aquel Estudio, se retiró a Montpellier. Pero ese primer contacto con la Universidad de París fue también un primer contacto inmediato con el averroísmo latino, impacto árabe en el mundo cristiano occidental. Difícilmente se podría excogitar un sistema filosófico más opuesto al de Ramón Llull: aquél escindía la*

unidad de lo verdadero con la teoría de la doble verdad, una filosófica y otra teológica, en posible pugna; éste no pretendía otra cosa, con su Arte, *que unificar el saber natural y el sobrenatural, la filosofía y la teología, probando con razones filosóficas —convincentes aun para los que no admiten la revelación— las verdades reveladas. La confluencia de todos esos contrastes se daba en la cuestión de la creación del mundo. La revelación atestiguaba que el mundo no era eterno; los escolásticos sutilizaban sobre si esa verdad, reconocida como tal, se podía probar o no con razones filosóficas; los averroístas de París admitían la creación en el tiempo como una verdad teológica, y la existencia del mundo desde la eternidad como una verdad filosófica; Ramón no sólo niega esa proposición por motivos de fe, sino que intenta rebatirla con razones "necesarias", a la vez filosóficas y teológicas: probada la trinidad de Dios por razones igualmente "necesarias" —que en el fondo son sólo congruencias—, la trinidad de la divina esencia echa por el suelo el principal fundamento de la doctrina averroísta sobre el tiempo; es, a saber: la supuesta inacción de Dios desde la eternidad hasta el momento de la creación.*

Pero la fuerza de su Arte *no convenció mucho en París. En tierra extraña, triste y decaído, paseando por los alrededores del Sena, plasma en unidad filosófica y teológica, física y metafísica a un*

tiempo, su novela doctrinal Fèlix, *o* Llibre de meravelles, *donde todavía hallamos una nueva síntesis*: *el* Llibre de les bèsties, *parte séptima del* Fèlix, *es una fusión de fuentes orientales —el* Calila y Dimna, *sobre todo— con el tan francés* Roman du Renard.

Refugiado en Montpellier, ya en 1289, se da cuenta de que su Arte *ha parecido demasiado complicada a los maestros y discípulos de la Sorbona, y reduce el número de sus figuras combinatorias en su nueva* Art inventiva. *Pero aquel año fue, sobre todo, un año de nuevas experiencias místicas, que en él pasaban sin descanso de la vivencia a la escritura*: *es el tiempo de la* Art amativa *y de los bellísimos* Arbre de filosofia desiderat *y* Llibre de Santa Maria.

Hemos visto ya cómo los tres ideales primigenios de Ramón, consignados por él mismo en su autobiografía —apostolado martirial, Arte *probatoria, escuela de lenguas— se han ido desdoblando*: *junto a las escuelas de lenguas, como apostolado de persuasión, desde los principios apuntó, como método subsidiario, la cruzada; el* Arte *probatoria se aplicó ahincadamente a la lucha antiaverroísta; al apostolado martirial, como supremo acto de amor de Dios, le precede, también desde los comienzos, una preparación ascético-mística individual, que en el* Blanquerna *se desea hacer extensiva a todos los estamentos de la Iglesia y del Estado, como un presu-*

puesto necesario para el triunfo de Cristo en todo el mundo, hasta en las tierras de los infieles y cismáticos. Este último desdoblamiento se concreta, desde esta nueva estancia en Montpellier, en sus contactos —esporádicos y epidérmicos— con los espirituales franciscanos.

Ramón Llull y el espiritualismo joaquimítico: 1290-1293.

Esa secta espiritualista entroncaba los deseos de reforma dentro de la Orden franciscana —pobreza absoluta, individual y colectiva, y humildad, que miraba con prevención los estudios, aun teológicos— y en toda la Iglesia, con las ideas apocalípticas de Joaquín de Flore, que predecía una pronta venida del Anticristo para poner fin a la Iglesia carnal y dar paso a la Iglesia puramente espiritual, o edad del Espíritu Santo. Los espirituales tenían en las Marcas, en la Toscana y en toda Occitania numerosos secuaces entre los religiosos franciscanos, y fuertes núcleos de beguinos y beguinas seglares, sobre todo en Marsella, Montpellier y Narbona, desde donde ese movimiento se infiltró muy pronto en el Rosellón, en el Principado y principalmente en el Reino de Valencia. Precisamente uno de los jefes de la secta, sobre todo después de la muerte de

Peire Joan Olieu (Olivi), era nuestro Arnáu de Vilanova.

Hasta ese año 1289 no consta que Ramón Llull hubiese entrado en relación inmediata, o al menos íntima, con los espirituales. Pudo encontrarse con algunos de ellos y hubo de enterarse de la lucha intestina dentro de la Orden franciscana, tal vez en alguno de sus capítulos generales. Al llegar a Montpellier desde París hubo de trabar relación directa, quizá personal, con el nuevo Ministro general, Ramón Gaufredi, que, sin ser propiamente un espiritual, se mostró con ellos benigno y comprensivo, mucho más que sus predecesores y que sus sucesores en el generalato. El 26 de octubre de 1290 Ramón Gaufredi otorgaba a Ramón Llull letras patentes, recomendándolo a todos los conventos franciscanos de las provincias de Roma y de Apulia, y permitiéndole enseñar en ellos su Arte.

Llull había manifestado cierta admiración por los reformadores laicos, que intentaban la reforma individual y eclesiástica por el camino de la pobreza apostólica. En el Blanquerna *había alabado la secta de los apostólicos, fundada hacia 1260 por Gherardo Segarelli. Pero en el* Fèlix, *después de la condenación de 1286 por Honorio IV, los tacha de falsarios e hipócritas. Datos, ambos, significativos, por mostrar, el primero, una postura favorable a todo movimiento reformista, y el segundo, una decidida sumisión a los dictámenes de la Iglesia*

—cosa en que no le siguieron los espirituales después de las condenaciones del Concilio de Viena, de Clemente V y de Juan XXII.

Es muy probable que de hecho Ramón Llull enseñase su Arte *en algún convento franciscano de Italia, sobre todo de los espirituales. Y ciertamente a contactos personales habidos con ellos —o en Occitania, o durante su viaje por Italia— se deben los dos tratados de esa época:* Liber contra Antichristum *y* Quaestiones quas fecit quidam frater minor, *en los que disiente de la secta espiritualista en puntos tan fundamentales como la venida del Anticristo y el fin del mundo. Clara prueba de que no se le puede englobar simplemente en ninguna secta espiritual de su época, sino que forma un mundo aparte. Tanto, que ni siquiera consta con certeza que se haya relacionado nunca con el valenciano Arnáu de Vilanova, que recorría los mismos caminos y ansiaba la misma reforma de la Iglesia, pero con otros presupuestos, a pesar de reconocer a Ramón como a precursor suyo.*

En 1290 Llull abandona Montpellier para actuar sus planes misionales. En una rápida estancia en Génova traduce al árabe el Ars inventiva veritatis, *y muy pronto se traslada a Roma, esta vez para alcanzar del Papa no sólo la fundación de sus colegios de lenguas —primera cruzada de persuasión—, sino para proponerle la reconquista de la Tierra Santa —segunda cruzada de armas y de fuer-*

za—. El cambio de actitud entre 1287 y 1292 —fecha del Tractatus de modo convertendi infideles *o* Lo passatge, *especialmente dedicado al Papa Nicolás IV— refleja la conmoción de la cristiandad ante la reciente noticia de la caída de San Juan de Acre, y nos revela un Ramón Llull tan atento a los alientos místicos de su espíritu, como a las coyunturas políticas del Oriente —ahora, a la vez, del mundo bizantino y del islámico.*

Pero la curia romana no le da franca acogida, y se retira a Génova para realizar su primer plan de cruzada puramente espiritual, sin más armas que su Arte *combinatoria, concedida por Dios en la ya lejana, casi mítica para él mismo, iluminación de Randa. La autobiografía nos presenta ahora a Llull en Génova rodeado de un denso grupo de laicos —hombres y mujeres— interesados en su empresa espiritual y apostólica, como sucederá años después en Pisa. Los movimientos espiritualistas del tiempo hubieron de influir no poco en la creación de ese ambiente. Pero Ramón no era un espiritualista franciscano o beguino, como Arnáu, cuyos restos mortales Génova acogerá y aureolará de un culto y veneración que habrá de perdurar hasta el siglo XVIII. Ramón —ya lo sabemos— era un espiritual independiente y un pensador libre. Como el mismo Arnáu, a los comienzos no se había ligado con ninguna de las dos grandes órdenes del tiempo. Su tendencia racional e intelectualizante, le acer-*

caba a la escuela dominicana; sus ardores místicos, a la franciscana. En su primera gran enciclopedia espiritual, el Llibre de contemplació, *había oscilado entre ambas actitudes. Ese mismo contraste interior estallará ahora en Génova en forma de crisis psicopática, maravillosa y profundamente relatada en la* Vida coetánea. *Pero nótese que sus predilecciones personales iban hacia la orden de predicadores, claro indicio de un predominio psíquico de lo intelectual sobre lo emotivo. Sólo cuando se convence de que los dominicos no estimarán ni salvarán su* Arte, *se decide por los franciscanos. No se trataba de profesión religiosa; a lo más, de una vinculación a la Orden como terciario —y sabemos casi con certeza que él lo fue de San Francisco—, de un acercamiento a las actividades espirituales y misioneras de los frailes menores.*

Primera expedición misional: Túnez, 1293.

Superada esa crisis surgida de improviso en Génova, por la quincuagésima de 1293 (8 de febrero), Ramón se embarca por vez primera rumbo al Africa, para convertir a los musulmanes con las razones "necesarias" de su Arte. *También ahora, Llull, que parece tan ensimismado en sus quimeras y en sus crisis, sigue avizor las coyunturas políticas. En 1285 su señor natural, Jaime II de Mallorca, había*

sido desposeído de su reino por su sobrino Alfonso II (III de Aragón). Sólo le quedaba el señorío de Montpellier y los condados del Rosellón. En todo el período en que Jaime de Mallorca se vio privado de las Baleares, Ramón Llull no pone el pie en su isla, o por fidelidad a su Rey, o por calcular que nada obtendría para sus planes del Rey de Cataluña-Aragón. En Montpellier podía poco el Rey destronado, pero sí darle, al menos, un refugio periódico en sus andanzas soñadoras. Mas aún eso se hacía problemático desde que, en 1293, el Obispo de Magalona, cosoberano del señorío, traspasaba sus derechos a Felipe IV el Hermoso, Rey de Francia. Tal vez por eso Ramón no regresó a Montpellier desde Roma, sino que se fijó en Génova, tanto más que entonces, al menos de hecho, era súbdito de Jaime II de Aragón —hermano de Alfonso II y sucesor suyo desde junio de 1291—, el cual estaba en buenas relaciones con el califa Abu-Hafs Omar I de Túnez. Allá se dirige, pues, Ramón Llull, a mediados de 1293.

Según su relación autobiográfica, sus razones desconcertaron tanto a los sabios musulmanes, que uno de ellos sugirió al Rey que lo hiciese matar. Omar se contentó con expulsarlo del reino, y Ramón se refugió en una nave de genoveses, no sin antes sufrir mil golpes y oprobios —primer martirio frustrado del iluminado doctor. En el escondite de su nave, impertérrito y tesonudo, escribe,

a mediados de septiembre, la Taula general, *nueva versión de su plurifacética* Arte. *Terminada esa primera experiencia africana, reanuda sus proyectos cerca de los dos Papas sucesivos, Celestino V y Bonifacio VIII.*

En las cortes de papas y reyes: 1293-1300.

Como todos los espirituales, Ramón Llull puso grandes esperanzas en el nombramiento del Papa angélico Celestino, el eremita de Sulmona, Pedro de Morrone, que había sido elegido por modo tan prodigioso. Pero se separó decididamente de ellos cuando insistieron sobre la irrenunciabilidad del papado y, consiguientemente, sobre la invalidez de la elección de Bonifacio VIII, tras la renuncia —no la muerte— de su predecesor. En esos dos puntos Ramón se halla, en cambio, muy cerca de Olieu, el más teólogo de los espiritualistas. Todo ese período que va de 1293 a 1300, y que en gran parte ocupa el azaroso pontificado de Bonifacio VIII, se caracteriza, en la vida de Ramón, por una alternancia entre buscar el apoyo del poder pontificio y el del poder real para sus empresas; pero desde ahora no busca tanto la ayuda de Jaime II de Mallorca, ni aun después de haber recuperado las Baleares, en 1298, cuanto la de su sobrino Jaime II de Aragón, reconciliado ya con el Papa en la paz de

Anagni (1295) y emparentado con la familia güelfa de los Anjóu, que entonces patrocinaba la reforma espiritualista de los franciscanos. Es el período en que los lazos matrimoniales van asegurando más y más la amistad entre dos familias que habían recogido la herencia italiana de la vieja contienda entre güelfos y gibelinos. De los nietos de Carlos I de Nápoles, el contrincante de Pedro II el Grande (III de Aragón), Roberto (el futuro Roberto II el Sabio) estaba ya casado con Sancha de Mallorca, hija de Jaime II, el gran amigo y protector de Ramón; Blanca, tras los pactos de Anagni, pasa a ser la esposa de Jaime II el Justo, de Aragón; Leonor, después de la concordia de Caltabellota (1302), casa con Fadrique III de Sicilia, hermano menor de Don Jaime. El ejemplo de Luis de Anjóu (San Luis de Tolosa o de Marsella), hermano mayor de Roberto el Sabio y heredero de Carlos II de Nápoles y de Provenza, que había renunciado a sus derechos para entrar en la Orden franciscana, fue imitado por el primogénito de Jaime II de Mallorca, el Infante Don Jaime. En esa trama histórica de las casas reales de Cataluña-Aragón, Mallorca, Sicilia y Nápoles y de los sucesivos pontificados de Celestino V (1294), Bonifacio VIII (1295-1303), Benedicto XI (1303-04) y Clemente V, primer Papa de Aviñón (1305-14), Ramón Llull va tejiendo la urdimbre anhelante de sus sueños y de sus realidades.

El 13 de enero de 1294 Ramón termina, en Ná-

poles, la Taula general, *comenzada en el puerto de Túnez, y a la que han de seguir, según su costumbre, toda una serie de obritas complementarias. Pero no se resigna a dejar inactiva su* Arte *de convicción: el 1 de febrero obtiene licencia para predicar a los sarracenos de la ciudad de Lucera, y el 12 de mayo para tratar con los musulmanes que se hallaban presos en el Castello dell'Ovo, junto al puerto de Nápoles. Impaciente, no aguarda a la elección del nuevo Papa, y en julio lo hallamos en Barcelona, precisamente el mismo mes en que Jaime II de Cataluña-Aragón envía a Túnez como Embajador cerca de Omar I a Berenguer de Vilaragut. ¿Tienen alguna relación entre sí ambos hechos? Si así fuese, los contactos amistosos entre Ramón y el Rey Justo habrían comenzado aun antes de la reconciliación de éste con su tío, el Rey de Mallorca, y con el pontificado romano.*

Elegido Celestino V en Perusa el 5 de aquel mismo mes de julio, Ramón vuela a Nápoles, donde residía el nuevo Papa. Terminada la Disputació dels cinc savis *—que esta vez eran un católico, un griego, un nestoriano, un jacobita y un musulmán—, la presenta al Papa Celestino junto con una* Petitio Raymundi *en la que le ruega que no permita que ninguna de estas cuatro religiones se anticipe a la católica en convertir a su fe al nuevo pueblo que asoma entonces a la vida histórica, y que en sus sucesivas oleadas será la zozobra cons-*

tante de la cristiandad hasta muy entrado el siglo XVII: ese primer interés de Ramón Llull por los tártaros preludia ya que su nueva experiencia misional tendrá lugar no en la Berbería, sino en el Oriente, que comienza a atraerlo como una amenaza y una esperanza al mismo tiempo.

La renuncia de Celestino V, en diciembre de aquel mismo año, no le hace cejar en su empeño. La misma Petitio *repite ante el nuevo Papa, Bonifacio VIII. Tampoco ahora —como había ya sucedido con Nicolás IV— la curia romana la escucha. Pero Ramón todavía espera. Ensimismado en retorcer y tejer el hilo sutil de su ingenio, en vez de ahuyentar su desconsuelo vagando por la campiña romana, desde el 29 de septiembre de 1295 hasta el 1 de abril del 96 compone la variante más completa y más bella de su* Arte, *el* Arbre de ciència; *entabla amistad con el "fraticelo" provenzal Bernat Deliciós, sin renunciar por eso a su actuación libérrima e independiente, dentro de la Iglesia; el 23 de junio termina el* Llibre dels articles, *en la corte pontificia de Anagni, donde el año anterior Bonifacio VIII se había reconciliado con Jaime II de Aragón; y todavía escribe, en Roma, el* Llibre d'ànima racional.

Como en 1287, al no poder hacer triunfar sus proyectos de Roma por estar la sede vacante, se había dirigido a París para enseñar públicamente su Arte, *también ahora, ante un fracaso más seme-*

jante al de 1292, vuelve a París para luchar de nuevo con los averroístas, no sin antes visitar a su fiel Jaime II de Mallorca, entonces sólo señor de Montpellier y Conde del Rosellón, pero con la esperanza de recuperar las Baleares, en virtud de la pacificación de Anagni. Su fiel Ramón Llull le daría noticias directas de las Cortes del Papa y del Rey de Aragón.

En París, de 1297 a 1299, alterna Ramón la composición de áridos escritos antiaverroístas —replanteando siempre los mismos problemas y refutando los mismos errores con los mismos argumentos— con algunos de sus más inspirados libros místicos: el Arbre de filosofia d'amor *y, sobre todo,* Lo cant de Ramón. *Probablemente va a Roma de nuevo para tantear qué disposiciones reinan en la curia para sus proyectos, y viendo, sin duda, que no podía ya esperar nada de Bonifacio, ultima allí los* Proverbis de Ramón *y corre a la Corte de Barcelona para probar de nuevo la eficacia de su* Arte, *esta vez en disputa no con musulmanes, sino con los judíos. Ramón dedica un* Dictat *a Jaime II de Aragón y ofrenda al Rey y a la Reina Blanca de Anjóu un libro de* Oracions *(1299). Terminada esta nueva experiencia apostólica, después de veinte años de ausencia regresa a su isla nativa, recuperada ya por su antiguo protector, Jaime II, desde el año anterior.*

Segunda excursión misional: Chipre y Armenia Menor. 1301.

En su isla nativa, Ramón ultima y desdobla escritos filosóficos y teológicos comenzados o planeados antes y compone el más prosaico de sus poemas, Medicina de pecat, *fechado en julio de 1300. La época de sus grandes creaciones literarias y filosóficas ha pasado ya. En momentos felices, nos dará todavía refundiciones de sus primeras obras, algunas de ellas notables, pero más por trabajo de reelaboración que por su originalidad, reflejos en fin y reviviscencias de experiencias pretéritas. El único Ramón Llull que pervive y se renueva constantemente y sin mengua es el misionero apostólico y el espiritualista reformador. Aun el místico del* Llibre de contemplació, *del* Llibre d'amic e d'amat, *del* Arbre de filosofia d'amor, *ha iniciado ya su puesta definitiva. En ese año largo de Mallorca no le tienta el recuerdo de los alentados años de Miramar. Escribe sobre el Amado (Dios) y el Amigo (el Hombre) libros abstrusos, casi matemáticos, recluído en aquella Mallorca, cuyo nombre había llevado gloriosamente sobre sus hombros por toda Europa y por todo el Mediterráneo en veinte años de constante peregrinación: Maestro Ramón, catalán de Mallorca, se apellidaba él, y le apellidaban. Ahora, en su patria, se abstrae ensimismado en sus obras y se*

consagra —no sabemos con qué fruto— a la conversión de los musulmanes, hasta que una alarma misional le desvela y le enciende.

Acabamos de ver su interés por los tártaros, ese pueblo que se asomaba ahora al mundo mediterráneo, al mundo suyo, como una amenaza y una esperanza. Estando él en Mallorca, llegó allá, con un año de retraso, la noticia de la victoria de Ghazan o Kasán de Persia, gran khan de Tartaria, sobre los musulmanes mamelucos de Siria, como si la Tierra Santa hubiera sido ya recuperada de manos de los sarracenos. Corrió al Oriente, pero en llegando a Chipre se enteró de que la victoria de los tártaros en Nedjamâa-el-Morudí (23 diciembre 1299) no había llevado consigo la reconquista de Jerusalén, a pesar de haberse aliado contra los musulmanes los tártaros, el Rey Aitón de Armenia y los caballeros del Temple y del Hospital, refugiados en Chipre y fortificados en Limissol después de la caída de la ciudad santa.

Ramón se presenta al Rey de Chipre, Enrique II de Lusignan, residente por lo común en Nicosia, y le pide autorización para disputar con los monofisitas, nestorianos e infieles de la isla, y para ir a convertir al sultán de Babilonia y al Rey de Siria y Egipto. A Lusignan, gran político y consiguientemente menos utópico que el maestro Ramón, no le pareció oportuno concederle esos permisos. Llull, con todo, no desperdicia la ocasión de poder dispu-

tar y probar la fuerza de su arma, de su Arte, *con disidentes orientales de carne y hueso, no ya fingidos, como los del* Llibre del Sant Esperit *o la* Disputació dels cinc savis. *Tampoco aquí nos revela el resultado de esas disputas en su autobiografía o vida coetánea. Sólo consigna que un clérigo y un criado con quienes convivía intentaron matarlo para robarle sus bienes, y él se huyó, apenas convaleciente de sus fatigas y enfermedades, primero a Famagusta, donde compiló el* Llibre de natura, *y luego a Limassol, donde el maestre del Temple lo recibió con gran cordialidad y lo tuvo en su casa hasta que hubo recuperado su salud.*

Interesante por demás esa amistad de Ramón Llull con el infortunado último gran maestre de los templarios, Jacques de Molay, que en 1314, un año antes de la muerte de nuestro Ramón, había de morir él también, pero quemado vivo por los crímenes más o menos supuestos de su Orden, y por las riquezas enteramente ciertas de la misma, que había de dar en ojos al apurado Felipe IV el Hermoso, de Francia. La vida coetánea no lo llama gran maestre, sino sólo "Maestre del Temple", según la costumbre medieval, y en el contraste que presenta entre la frialdad del Rey y la cordialidad del Maestre se transparenta la tirantez de relaciones entre la monarquía chipriota y las dos grandes Órdenes militares allí refugiadas. El salvoconducto que le negara Enrique de Lusignan para el Sultán

y para el Rey de Egipto y Siria se lo daría en parte Molay, pues no hay duda que a su apoyo debería Ramón Llull la posibilidad de llegarse hasta la Armenia Menor o Cilicia, cuyo Rey era aliado de los templarios. En su capital, Ayás, siempre soñando en la conversión de los infieles —de los musulmanes, más propiamente hablando—, componía el Llibre què deu hom creure de Déu.

Pero pronto regresó a Europa, tal vez pasando nuevamente por Chipre. En su navegación hacia Génova, el año 1302, casi ajeno a los reverberos de aquel mar de la Historia, que le iluminaba y le deslumbraba, componía el Llibre de mil proverbis, *y en mayo del año siguiente terminaba en la capital de la República ligur la traducción latina de la* Retòrica nova, *escrita en el monasterio de San Juan Crisóstomo, de Chipre, como una arte suasoria para convertir y convencer.*

PROYECTOS DE CRUZADA: 1303-1307.

Desde Génova había emprendido Ramón Llull su primer viaje misional en 1293; en Génova había hallado un ambiente favorable en los núcleos pietísticos del tiempo, donde descollaba como gran amigo un Perceval Spínola, que él elogiaba como amante del bien y aborrecedor del mal, cuando desde París, en 1298/99, dedicaba a los venecianos,

prisioneros en Génova después de la batalla de Cúrzola, el precioso Llibre de consolació de venecians, *o, según el bello título latino,* De consolatione venetorum et totius gentis desolatae. *Uno de los destinatarios ideales de esa obrita era el propio Marco Polo, capturado en esa guerra. Aquellas dos circunstancias explican que ahora alternen de nuevo, como otrora, Génova y Montpellier como refugios lulianos entre la pasada expedición al Oriente y la próxima a Bugía.*

A su vuelta de Chipre, poco tiempo permaneció en la Liguria: por mayo de 1303 terminaba en Génova la traducción latina de la Retòrica nova *y componía la* Lògica nova; *pero en octubre lo hallamos ya en Montpellier escribiendo, tal vez como un recuerdo de las discusiones de Chipre y de Armenia, la* Disputatio fidei et intellectus.

Ese breve período de Montpellier, que va de octubre de 1303 a febrero de 1304, en que lo hallamos de nuevo en Génova, se caracteriza por una vuelta a los rápidos opúsculos de carácter más filosófico que teológico, bien que ambas disciplinas en la mente y en la pluma de Ramón se fundan siempre en una superior unidad. Es la época de los tres libros de intellectu, de voluntate *y* de memoria, *resúmenes, respectivamente, del* Art inventiva, *del* Art amativa *y del* Art memorativa, *escritos en 1289/90 en aquella misma ciudad, como un eco melódico, ahora, curiosa intervasación de geografía y temá-*

tica, no muy frecuente en un hombre que pasea sus mismos temas interiores por los más variados paisajes externos.

En febrero de aquel mismo año 1304 hace una escapada a Génova. El paso de la pura —o casi— especulación filosófica a la apologética acuciante —es el tiempo de la Lectura Artis *y del* Liber ad probandum aliquos articulos fidei per syllogisticas rationes— *podría hacernos pensar que intentaba embarcarse allí hacia nuevas empresas misionales, o bien que había acudido a sus amigos genoveses para ver qué posibilidades había para una nueva cruzada. Nos lo persuade el ver que, apenas regresa, el mes siguiente, a Montpellier, y termina aquel mismo mes de marzo, como epílogo de la temporada anterior, el* Liber de ascensu et descensu intellectus *—visión sucinta, pero completa, de su entero sistema filosófico, intuitivo y deductivo, analítico y sintético, ascendiente hasta Dios y descendiente de Dios a las criaturas—, compone el* Liber de fine, *esencial en los planes misionales lulianos, como que en él concreta y precisa sus proyectos de cruzada militar, no como un sistema subsidiario, condicionado a la eficacia de su* Arte *o a la docilidad de los no cristianos a sus razones necesarias, sino como una empresa necesaria, que había de realizarse contemporáneamente en Tierra Santa, para recuperar el santo sepulcro, y en Andalucía, para de allí pasar a Berbería. De ese modo*

se conjugan en ese libro las experiencias y los fracasos de Túnez, en el ya remoto 1293, y de Chipre y Armenia, en el reciente 1301,

El Liber de fine *lo termina en abril de 1305, estando la Santa Sede vacante desde que, el 7 de julio del año anterior, había muerto misteriosamente Benedicto XI. La ejecución de los proyectos en él contenidos dependería del Rey de Cataluña-Aragón, Jaime II el Justo, cada vez más patente en la cristiandad; del nuevo Papa y de la República de Génova. Elegido Clemente V, primer Papa de Aviñón, el 5 de junio, Ramón vuela a Barcelona y entusiasma al Rey en sus proyectos de cruzada en Andalucía; lo acompaña a Montpellier, donde se entrevistan ambos con el nuevo pontífice, en su viaje desde su primitiva sede de Burdeos hacia Lyon; acude nuevamente, según parece, a Génova, donde Cristián Spínola, de la misma familia que el viejo amigo Perceval —aquel hombre bueno que, a pesar de ser genovés, no era enemigo de los venecianos—, le desengaña que no están los tiempos para organizar en Génova una nueva cruzada; en septiembre de aquel año se traslada a Marsella —así lo creemos con fundamento— para entrevistarse con el entonces ya jefe indiscutido de los espirituales franciscanos, Arnáu de Vilanova, a quien directa o indirectamente comunica el fuego y el ardor por la cruzada; se llega a Lyon, Corte entonces del Sumo Pontífice, para convencerlo, como había*

convencido plenamente a Jaime II de Aragón, que había ya enviado al mismo Papa un ejemplar del Liber de fine. *En Lyon, mientras está agenciando la cruzada militar, pule y perfecciona el arma de su cruzada persuasoria, comenzando, en noviembre de 1305, un* Ars generalis ultima, *refundición entre las más interesantes de su primitiva* Art d'atrobar veritat, *que otra vez era general —no particular, como las de su pasada etapa de Montpellier—, pero que no será ciertamente la última, porque la diástole y la sístole del corazón de Ramón Llull, la inspiración y la espiración vitales de sus pulmones, se traducen en esas periódicas ampliaciones y reducciones de su* Arte. *El clisé tópico de nuestro pensador nos lo presenta siempre con un libro intitulado* Ars magna: *él no escribió ninguna obra con ese título, pero la suma de todas sus innumerables artes generales y particulares constituye en verdad una* Arte magna, *identificada con su misma vida.*

Como tantas otras veces, ni la Petitio Raimundi pro conversione infidelium, *elevada ahora a Clemente V, ni la* Supplicatio Raimundi venerabilibus theologiae professoribus Studii parisiensis, *fructifican en realizaciones prácticas. Ramón Llull se contenta con haber entusiasmado a Jaime II de Aragón en la reconquista de Andalucía —concretada poco después en la campaña de Almería en*

alianza con el Rey de Castilla—, y se dispone a probar otra vez fortuna en Berbería: a mediados de 1307 se embarca en Mallorca rumbo a Bugía

TERCERA MISIÓN: BUGÍA, 1307.

La vida coetánea, tan parca en pormenores sobre el anterior viaje a Chipre y a Armenia, vuelve ahora a un estilo detallista y glorioso, como en la primera misión tunecina, y nos describe de un modo pintoresco y vivaz los clamores de Ramón en la plaza pública en pro de la verdad de la religión cristiana y desafiando a los sabios musulmanes a una abierta disputa; sus discusiones con el muftí sobre la trinidad de Dios; los golpes e injurias recibidos en su rostro y en su blanca barba florida; los intentos de hacerle morir de muerte violenta; sus seis meses de cárcel, primero en la letrina de la prisión, y luego en un lugar más decente, tras la intervención de los mercaderes genoveses y catalanes. Los enemigos de Ramón intentaron lapidarlo, pero el Rey de Bugía, Abu l-Baqá Halid, residente entonces en Constantina, no quiso condenarlo a muerte. Los príncipes hafsidas de Bugía y de Túnez estaban en excelentes relaciones, desde 1293, con Jaime II de Aragón, quien, además, había alcanzado de Abu l-Baqá el año ante-

rior, 1306, la extensión a los mallorquines de los mismos privilegios otorgados a los catalanes; por lo mismo, a Ramón se le conservó la vida, pero se le expulsó de su reino.

Llull compuso en Bugía, en lengua árabe, la Disputatio Raimundi christiani et Hamar saraceni, *y apenas podemos creer que esas razones necesarias y convincentes fuesen las que excitasen el furor del muftí y de sus discípulos contra Ramón, sino más bien la libertad con que predicaba la ley de Cristo e impugnaba la de Mahoma. Recibida la orden de destierro, llevóse Ramón su nueva obra con todos sus libros a una nave de genoveses que partía para Pisa. Hiciéronse a la mar, pero no llegaron a Puerto Pisano incólumes: frente al mismo puerto una tempestad —estaban en pleno invierno de 1307— destrozó la nave, y Ramón hubo de ganar tierra a nado, desnudo de ropas y de cartapacios.*

Afortunadamente, el náufrago halló cristiana acogida en Pisa. Uno de sus ciudadanos lo albergó en su casa, y así pudo reconstruir en latín aquella disputa de Bugía, y aun ultimar la Ars generalis ultima, *comenzada en Lyon, y redactar la útil y compendiosa* Ars brevis quae est imago Artis generalis. *Pero lo más importante es que desde ahora Pisa alternará con Génova en los planes misioneros de Ramón Llull.*

Compás de espera en Occidente: 1308-1315.

Hemos visto cómo, aun después de la partida de Jaime II de Mallorca desde Montpellier para las Baleares, Ramón Llull gustaba de reposar en aquel señorío de su Rey y señor natural. Allí le hallamos, siempre desmadejando los sutiles hilos de su Arte, *de enero a marzo de 1308. Pero los períodos de reposo eran siempre breves. En mayo está de nuevo en Pisa, donde llegó a entusiasmar a muchos caballeros en la empresa de Tierra Santa, y donde buen número de personas devotas le prometió su aporte económico. Más aún, el Consejo de la ciudad le entregó una carta para el Papa y los Cardenales apoyando ese plan de cruzada. Letras patentes semejantes obtuvo también de la ciudad de Génova, y asimismo promesas de ayuda económica. Ramón se prometía reunir, en sólo Génova, hasta 30.000 florines.*

Pero la Edad Media estaba agonizando, y el ideal de cruzada sólo podía animar, a intervalos, a los Reyes de Castilla y de Aragón. En la Corte pontificia de Clemente V, en Poitiers, Ramón halló la misma o mayor frialdad que en la Roma o Anagni de Nicolás IV y Bonifacio VIII. Desde mayo de 1308 hasta el otoño de 1309 se refugia de nuevo en Montpellier, donde alterna enigmáticos tratados filosóficos y teológicos con libros y

planes aparentemente más positivos, pero en realidad igualmente fantásticos, como el Liber de acquisitione Terrae Sanctae.

Ya desde tiempo atrás hemos notado el proceso de involución que se va operando en un espíritu tan extrovertido en su acción, y tan introvertido en su mente, en paradójico contraste de tendencias. Ese proceso de ensimismamiento se manifiesta en un continuo tejer y destejer, madejar y desmadejar, las ideas madres que un día florecieron en el árbol de la ciencia. De su añoso tronco ya brotan sólo ramas de vida exangüe, ya que no secas; se reproducen con senil vitalidad, y viven aún de su savia, pero no florecen como antaño.

Esa es la característica común de los últimos cuatro períodos de su vida: ese de Montpellier, esencialmente filosófico-teológico, y los de París, Mallorca y Mesina.

La última estancia de Ramón Llull en la capital de Francia, entre noviembre de 1309 y septiembre de 1311, se caracteriza de nuevo por las lecciones públicas de su Arte *a los alumnos y aun maestros de la Sorbona, y por la lucha antiaverroísta, que inspira cavilosos razonamientos aun a las gentiles damas simbólicas del bellísimo* Liber de natali pueri Iesu. *Es también el tiempo de la vida coetánea, entonces dictada a los cartujos de Vauvert. Al final ya de esa demora parisina, la convocación del Concilio de Viena vuelve a darle un aliento*

de esperanza, no ajeno de un velo de sutil melancolía y desengaño, que envuelve todo el poema Lo concili. *Camino del Delfinado disputa sobre la reforma de la Iglesia y sobre sus planes misionales con un clérigo aseglarado, que lo apellida fantástico; al punto sus razonamientos se trasvasan a la* Disputatio Raimundi phantastici et clerici, *o más bellamente*: Liber phantasticus. *Ya en Viena, escribe y presenta la* Petitio Raimundi in concilio generali ad acquirendam Terram Sanctam, *y consigue realmente que en 1312 el sínodo ecuménico acepte algunos de sus planes, sobre todo el fomento del estudio de las lenguas extrañas para incrementar el apostolado de expansión en las misiones.*

Pero Ramón ya no se fía de la curia pontificia, y, pasando de nuevo por su predilecta Montpellier (mayo de 1312), se encierra un tiempo en Mallorca, desde julio de 1312 hasta abril del siguiente año, para prepararse a su última expedición misionera con doble preparación: la disputa real y efectiva con los musulmanes y judíos de la isla y la elaboración, o mejor reelaboración, de escritos apologéticos y persuasivos, como el Liber de participacione christianorum et saracenorum *y la doble* Ars maior praedicationis *y* Ars brevis praedicationis. *Desea que el Papa, los Cardenales, el nuevo Rey Don Sancho, de Mallorca —hijo de Jaime II, el antiguo desterrado de Montpellier—, el Obispo Guillem de Vilanova y cuantos estén*

en relación directa con los sarracenos difundan entre ellos el libro Quae lex sit melior, maior et verior, *y dedica al Rey Don Fadrique III de Sicilia y al Arzobispo de Monreale el* De novo modo demonstrandi.

Interesante y sintomático ese recurso al visionario Rey de Trinacria, en quien siempre habían puesto los ojos, como en un protector decidido y convencido, los espirituales franciscanos, y principalmente su jefe de entonces, Arnáu de Vilanova, sobre todo desde las disputas de Aviñón, de 1308, con la comunidad franciscana, y más aún desde que, en 1309, Jaime II de Aragón le retiraba la confianza. Aun después de las condenaciones del concilio de Viena, de Clemente V y de Juan XXII, los fraticelos acudirán a Don Fadrique, que los acogerá benignamente en su reino. Ramón pudo conocer en Viena la devoción de esos espirituales hacia ese Rey soñador, hermano del Rey de Aragón, y, sin pertenecer a esa secta, hubo de persuadirse que los sueños de cruzada que Don Fadrique seguía acariciando, el ambiente espiritual de su Corte, inspirado en las informaciones espirituales de Arnáu de Vilanova, y, sobre todo, la vecindad de su reino con las tierras de Berbería, eran muy fuertes invitaciones para trasladarse a Mesina, con Catania, una de las ciudades predilectas de los Reyes sicilianos de la casa de Barcelona.

En 1313, pues, a 26 de abril, otorga testamento,

disponiendo del futuro de sus libros, y al mes siguiente se embarca para Mesina, donde permanecerá un año entero. Es un período fecundísimo en breves opúsculos eminentemente teológicos; pero el ambiente espiritualístico de la Corte de Don Fadrique se transparenta en la última obra mística de Ramón Llull, el Llibre de consolació d'ermità, *escrito en agosto de 1313. En ese medio teológico y místico Ramón se prepara para su última misión en tierra africana.*

Cuarta y última excursión misional: Túnez, 1314-1315.

En mayo de 1314 terminaba en Mesina el libro De civitate mundi, *y el 4 de noviembre estaba ya en Túnez. Faltándonos desde 1311 el relato de la vida coetánea, no sabemos cosa alguna de sus disputas reales con los sarracenos; pero son un indicio seguro de ellas las quince obritas teológico-apologéticas que allí escribió. La última de ellas, de título tan luliano, tan unitario, como* Liber de maiori fine intellectus, amoris et honoris, *está fechada en Túnez, el mes de diciembre de 1315.*

Este es el último dato cierto que de él tenemos, por testimonio suyo. La leyenda hagiográfica fingió un nuevo viaje a Mallorca, un último viaje a Bugía, la lapidación por parte de los sarracenos, la piedad

de unos mercantes genoveses que recogen su cuerpo semimuerto y lo intentan trasladar a Génova; pero una más piadosa tempestad les separa de su ruta y les lleva a la ciudad de Mallorca, en cuya bahía expira el mártir de Cristo y es sepultado con pompa en la iglesia de San Francisco.

El único dato que parece seguro es este último, pues viene atestiguado en 1365 por el inquisidor Fray Nicoláu Eimeric. La veneración en que se tuvo desde el principio al terciario franciscano le arropó con piadosa leyenda. Bastaba trasponer a sus últimos días muchos detalles de la expedición de Bugía de 1307: el intento de lapidación fue ya una lapidación real y martirial; los genoveses no recogieron ya un cuerpo venerable por seis meses de cárcel sufrida por Cristo, sino un cuerpo martirizado y exánime; la tempestad no les lleva por azar a Pisa o a Génova, sino a Mallorca. Así se explicaba la denominación de mártir, que tanto pudo nacer de la divulgación de la vida coetánea, tan detallada en punto a sufrimientos tolerados por Ramón —el culto de mártires que no habían muerto en el mismo martirio no era cosa nueva en la historia hagiográfica—, como de cualquier otro evento histórico.

De ese modo comienza muy pronto un desdoblamiento póstumo de su persona, un proceso legendario, complicado más todavía a partir del mismo siglo XV con la creación de un mítico Raimundo

Lulio alquimista, para unos discípulo, para otros maestro de Arnáu de Vilanova, que va desdoblándose aún, paralelamente al Ramón Llull escritor y místico y al Ramón Llull padre de la combinatoria occidental, con proyecciones europeas sobre la cabalística de Giordano Bruno y sobre la ciencia universal de Leibniz.

Y así continúa perdurando en nuestros días. El Raimundo Lulio mítico ha cedido el puesto a Ramón Llull histórico, a quien miran con simpatía cuantos creen que la filosofía es más bien un esfuerzo por alcanzar la verdad, y con indisimulada prevención cuantos se encierran en un sistema preestablecido como único sistema de verdades prefabricadas.

La vida póstuma del dinámico Ramón Llull, la historia del lulismo, había de cobrar nuevo aliento en nuestro siglo historicista y culturista.

Roma, marzo de 1960.

MIGUEL BATLLORI, S. I.,
de la Real Academia de la Historia.

I. OBRAS LITERARIAS

A) VIDA COETANEA

No es estrictamente una obra de Ramón Llull, pues él no la escribió ni la dictó a la letra. Pero la narró a los cartujos de Vauvert, junto a París, el año 1311, con tal fidelidad, que el lulismo crítico del siglo XVIII y las más recientes investigaciones históricas no han hecho más que confirmarla. Por eso puede, en verdad, apellidarse autobiografía, como se ha hecho, por ejemplo, con la narrada por San Ignacio de Loyola al padre Luis Gonçalves da Câmara.

Actualmente ya no puede dudarse de que el texto primigenio es el latino, que es el que sigue la traducción que aquí publicamos como apéndice de nuestra introducción biográfica y como pórtico de las demás obras lulianas. La versión catalana, elaborada por un mallorquín del siglo XV, después de las campañas del inquisidor Nicoláu Eimeric contra la ortodoxia de Ramón Llull, mixtifica los pasajes peligrosos para la fama de santidad del maestro y para la supuesta infamia de racionalismo.

La objetividad de la narración no impide —como

advertí ya la en la introducción— que, en momentos de crisis, Ramón convierta en realidad objetiva lo que él veía en sus exaltaciones y en sus depresiones psíquicas. Eso vale, sobre todo, para la narración de su conversión, de la iluminación de Randa y de la crisis ansiosa de Génova, fragmentos, con todo, de una riqueza psicológica pocas veces igualada en toda la edad media.

LA VIDA DEL BEATO RAMON LLULL

1. A honor, gloria y amor del solo Señor Dios nuestro Jesucristo, vencido de la instancia de ciertos amigos suyos religiosos, refirió Ramón y permitió que fuera escrito lo que aquí sigue sobre su conversión a penitencia y sobre algunos hechos suyos.

2. Siendo Ramón senescal de mesa del Rey de Mallorca, joven aún, y harto dado a componer vanas cantilenas o canciones y a otras liviandades del siglo, estaba sentado una noche junto a su cama, dispuesto a componer y a escribir en su vulgar una canción sobre cierta dueña a quien entonces amaba con amor desatinado. Mientras comenzaba, pues, a escribir la predicha canción, mirando a la diestra vio a nuestro Señor Jesucristo, como pendiente en la cruz. Habiéndolo visto, sintió temor, y, de-

jado lo que tenía en manos, entró en su lecho para dormir.

3. Levantado, con todo, al día siguiente, y vuelto a las vanidades de siempre, poco curaba de aquella visión; y aun pasados pronto casi ocho días, en el mismo lugar de antes y casi a la misma hora, de nuevo se dispuso a escribir y a terminar su canción predicha; y de nuevo el Señor le apareció en la cruz, como antes; más aterrado entonces que al comienzo, entró en su lecho y se durmió, como la otra vez; y ni aun al día siguiente, descuidado de la aparición habida, dejó su devaneo. Por el contrario, muy poco después se esforzaba por terminar la canción comenzada, hasta que, sucesivamente por tercera y cuarta vez, interpuestos algunos días, le apareció el Salvador, siempre en la misma forma de antes.

4. La cuarta, pues, o aun la quinta vez, según más bien se cree, presente a él la misma aparición, aterrado en extremo, entró en su lecho, discurriendo consigo mismo en su pensamento toda aquella noche qué debían significar estas visiones tantas veces repetidas. De una parte, a veces, le dictaba la conciencia que aquellas apariciones no pretendían sino inducirle a dejar al punto el mundo y entregarse del todo desde entonces al servicio del Señor Jesucristo; de otra parte, no obstante, su conciencia se proclamaba de antiguo culpable e indigna del servicio de Cristo. Y así, ya debatiendo

consigo mismo estas cosas, ya orando a Dios con más recogimiento, pasó insomne aquella noche, en congoja. Al fin, por don del Padre de las luces, consideró la mansedumbre de Cristo y la paciencia y misericordia que tuvo y tiene hacia cualesquiera pecadores; y así entendió, por fin, con toda certeza, ser voluntad de Dios que Ramón dejara el mundo y sirviera totalmente desde entonces de corazón a Cristo.

5. Comenzó, pues, dentro de sí mismo, a revolver en el pensamiento cuál sería el servicio que más agradaría a Dios, y le pareció que nadie podía prestar a Cristo mejor ni más grande servicio que dar la propia vida y el alma por el amor a él y a honor suyo; y ello convirtiendo a su culto y servicio a los sarracenos, que con su multitud rodean por todas partes a los cristianos. Pero, en esto, volviéndose a sí mismo, entendió estar falto de toda ciencia para tan alto negocio, como quien ni tan sólo en gramática aprendiera sino acaso muy poco. Por lo cual, consternado en su pensamiento, comenzó a dolerse sobremanera.

6. Así, pues, mientras con mente acongojada revolvía estas cosas, he aquí que, no sabía él mismo cómo, pero sábelo Dios, penetró en su corazón un cierto impetuoso y embargador dictado de la mente: que él mismo había de hacer más tarde un libro, el mejor del mundo, contra los errores de los infieles; empero, como no viese forma al-

guna ni manera de escribir tal libro, harto se maravillaba; con todo, cuanto más y más a menudo se maravillaba de ello, con tanta mayor fuerza, aquel instinto o designio de hacer el libro predicho crecía dentro de él.

7. Pero de nuevo considerando que aunque Dios nuestro Señor le concediese con el tiempo escribir el predicho libro, poco o nada, no obstante, podría hacer él solo, en especial por ignorar del todo la lengua arábiga, propia de los sarracenos. Pero a esto ocurrió a su mente que iría al papa y también a los reyes y príncipes cristianos para incitarles, y obtenerlo cerca de ellos, a constituir en diversos reinos y provincias a ello apropiados, monasterios en donde personas escogidas religiosas y otras para ello idóneas se acogerían a estudiar los lenguajes de los predichos sarracenos y otros infieles, a fin de que, entre las allá convenientemente instruídas, fuera siempre posible obtener y enviar a personas idóneas a predicar y a manifestar a los predichos sarracenos y otros infieles la pía verdad de la fe católica que está en Cristo.

8. Estos, pues, tres propósitos sobredichos ya firmemente en su ánimo concebidos, a saber: aceptar la muerte por Cristo, convirtiendo a su servicio a los infieles; escribir también el libro sobredicho, si Dios se lo concediera, así como impetrar la fundación de monasterios para que en ellos se aprendieran diversos lenguajes, como se señaló ya

más arriba, a la mañana siguiente subió al punto a una iglesia que de allí no distaba mucho, y con lágrimas devotas rogó en gran manera al Señor Jesucristo que se dignara llevar a un efecto a él agradable los tres citados designios que él mismo, misericordiosamente, había inspirado a su corazón.

9. Vuelto luego a sus cosas, aún en extremo imbuído de la vida y liviandad seculares, fue, durante los tres meses siguientes, es decir, hasta la próxima fiesta de San Francisco, harto tibio y remiso en la prosecución de los predichos tres proyectados negocios. Pero en la misma fiesta, mientras predicaba un obispo en el convento de los Frailes Menores, en presencia de Ramón, explicando cómo el predicho San Francisco, dejándolo y rechazándolo todo para unirse con más firmeza al solo Cristo, etc., también Ramón, incitado entonces por el ejemplo de San Francisco, vendidos pronto sus bienes, reservados, con todo, unos pocos para sustentación de su esposa y de sus hijos, confiándose todo a Cristo, partió, con intención de no regresar a su tierra, hacia Santa María de Rocamador, a Santiago y a diversos otros lugares santos, para rogar al Señor y a sus santos que lo encaminaran en aquellos tres propósitos que, como ya se dijo, el Señor había puesto en su corazón.

10. Cumplida, pues, su peregrinación predicha, se dispuso a tomar el camino de París, para aprender allá la gramática y alguna otra ciencia afín a

su propósito. Pero sus parientes y amigos, y mayormente Fray Ramón de Penyafort, de la Orden de Predicadores, que en otro tiempo compilara las decretales del señor Gregorio nono, con sus persuasiones y consejos le disuadieron de este viaje y, por así decir, le indujeron a regresar a su ciudad de Mallorca.

11. Y al llegar allá, dejando el tren de vida tan fastuoso usado hasta entonces, se vistió un hábito vil de paño, el más grosero que pudo encontrar, y así, en la misma ciudad, estudió un poco de gramática y, habiéndose comprado allí mismo un sarraceno, aprendió de él la lengua arábiga. Luego, después de nueve años, aconteció que aquel sarraceno, ausente un día Ramón, blasfemó el nombre de Cristo; cuando Ramón lo supo a su regreso por los que oyeron la blasfemia, movido de gran celo de la fe, golpeó al sarrraceno en la boca, en la frente y en el rostro. Pero habiendo concebido de ello el sarraceno un rencor extremado, comenzó desde entonces a revolver en su mente de qué manera podría matar a su dueño.

12. Y como, habiéndose procurado ocultamente una espada, viera un día sentado a solas a su señor, arremetió contra él de pronto, acometiéndole con la predicha espada y gritando con un terrible rugido: "Muerto eres." Pero aunque Ramón desvió un poco, como a Dios plugo, el brazo del que le atacaba, armado de la espada, sufrió, con

todo, sobre el estómago, al recibir el golpe, una herida grave, pero no mortal; sobreponiéndose, no obstante, por la fuerza, logró derribarle bajo su peso y le arrebató con violencia la espada. Luego, al acudir la servidumbre, impidió que dieran muerte al sarraceno; permitió, con todo, que lo pusieran, atado, en prisión hasta que él mismo deliberase consigo qué sería preferible hacer con él. Pues le pareció duro matar a aquel de quien aprendiera y por quien ya sabía lo que tanto había deseado, es decir, la lengua arábiga; pero temía perdonarle o retenerle más tiempo, sabiendo que en adelante no cesaría de maquinar su muerte.

13. Perplejo, pues, acerca de ello, subió a una abadía cercana y allí oró a Dios sobre aquello intensísimamente durante tres días; pasados los cuales, maravillado de que, perdurando en su espíritu la ya aludida perplejidad, el Señor, según a él le parecía, no atendiera en modo alguno a su oración, regresó con tristeza a su casa; y como en el camino de ella se desviara hacia la prisión para visitar a su cautivo, halló que él mismo, con la cuerda que le sujetaba, se había ahorcado. Rindió, pues, Ramón gracias a Dios, gozoso, no sólo de que le guardara las manos inocentes de la muerte del predicho sarraceno, sino de que le librase de aquella grave perplejidad por la que poco antes, lleno de congoja, le había suplicado.

14. Ocurridas estas cosas subió Ramón a una

montaña, no muy lejos de su casa, para poder allá contemplar con más sosiego a Dios; y habiendo permanecido en ella casi ocho días, ocurrió un día, mientras se hallaba absorto mirando los cielos, que de pronto el Señor ilustró su mente, concediéndole manera y forma de escribir el libro de que más arriba se habla contra los errores de los infieles. Dando Ramón infinitas gracias al Altísimo, descendió de aquella montaña y en seguida regresó a la abadía sobredicha y comenzó allí mismo a ordenar y a escribir aquel libro, llamándolo primero *Arte Mayor*, pero luego *Arte General;* bajo cuyo *Arte* hizo después muchos libros explicando con insistencia en ellos los principios generales por los más específicos, según la capacidad de los entendimientos simples, como la experiencia le había enseñado. Cuando, pues, hallándose en la predicha abadía, hubo Ramón compuesto su libro, ascendió de nuevo a la montaña y, en el mismo lugar donde se apoyaran sus pies mientras en aquel monte el Señor le mostraba el método del *Arte,* mandó construir un eremitorio y en él permaneció sin interrupción durante más de cuatro meses, rogando a Dios día y noche que por su misericordia le encaminara a prosperidad a él mismo y al *Arte* que le había dado a honor suyo y provecho de su Iglesia.

15. Mientras permanecía así en el eremitorio mencionado, vino a él un pastor de ovejas, joven,

alegre y de hermoso rostro, quien le dijo en una sola hora de Dios y de las cosas celestes, y singularmente de los ángeles, y de otras cuestiones, tantas y tales excelencias que, a su parecer, otro hombre cualquiera hubiera hablado al menos durante dos días enteros. Y viendo aquel pastor los libros de Ramón, los besó de rodillas, regándolos con sus lágrimas, y dijo a Ramón que de aquellos libros provendría gran bien a la Iglesia de Cristo. Bendijo también aquel pastor a Ramón con muchas bendiciones como proféticas, persignándole la cabeza y todo el cuerpo con la señal de la santa cruz, y partió. Ramón, no obstante, considerando todas estas cosas, se maravillaba; pues nunca había visto a aquel pastor, ni oído hablar de él a nadie.

16. Pasado un tiempo, habiendo oído el rey de Mallorca que Ramón tenía ya escritos algunos buenos libros, le envió a buscar para que acudiera a Mompeller, donde el rey mismo estaba entonces. Y como allá viniese Ramón, hizo el rey examinar sus libros por un fraile de la Orden de los Menores; y en especial unas meditaciones que había dispuesto en devoción sobre todos los días del año. señalando treinta párrafos especiales para cada día. Las cuales meditaciones halló aquel fraile, no sin admiración, llenas de profecía y devoción católica. Hizo, pues, Ramón, en aquella ciudad, sobre el *Arte* predicha a él concedida en la montaña, un libro, al que llamó *Arte demostrativa*, que, además,

leyó allá públicamente, y dio sobre el mismo una lectura suya en la que declara de qué manera la primera forma y la primera materia constituyen el caos elemental, y de qué manera los cinco universales, así como los diez predicamentos, derivan del mismo caos y se contienen en él según la católica y teológica verdad.

17. En aquel mismo tiempo obtuvo también Ramón del predicho rey de Mallorca que se construyera un monasterio en su reino, dotado de posesiones suficientes, y se instituyera en él a trece frailes menores, que aprendieran allá la lengua arábiga para convertir a los infieles, según más arriba se expresó; a los cuales, como también a cuantos les sucedieran más adelante en el mismo monasterio, se proveería perpetuamente, en las predichas posesiones, de quinientos florines todos los años para lo que les fuera necesario.

18. Más tarde fue Ramón a la Corte romana, a fin de obtener del señor Papa y de los cardenales la institución por todo el mundo de monasterios semejantes para la enseñanza de las diversas lenguas. Pero al llegar a la Corte halló al Papa entonces recién fallecido, a saber, el señor Papa Honorio. Por esta causa, dejando la Corte, dirigió sus pasos a París para comunicar allá al mundo el *Arte* que Dios le había dado.

19. Llegado Ramón a París, en tiempos del canciller Bertoldo, leyó en su aula un comentario

del *Arte general*, por mandato especial del predicho canciller. Una vez leído en París aquel comentario, y vista allá la ordenación de los escolares, regresó a Mompeller, donde de nuevo leyó en público, e hizo también un libro, al que dio el nombre de *Ars veritatis inventiva;* poniendo en el mismo libro, así como en todos los demás que hizo desde entonces, sólo cuatro figuras, recortadas o, mejor, disimuladas doce figuras de las diez y seis que antes aparecían en su *Arte*, a causa de la fragilidad del intelecto humano que había experimentado en París. Cumplido todo ello convenientemente en Mompeller, partió camino de Génova, donde, demorado poco tiempo, tradujo al arábigo el predicho libro, a saber, el *Ars inventiva*. Hecho lo cual dirigió a Roma sus pasos, deseando, como en ocasión anterior, obtener que se fundaran monasterios por el mundo para la enseñanza de diversas lenguas, según más arriba se dijo; pero en vista del escaso éxito obtenido allá entonces en su intento, a causa de las trabas de la Corte, regresó a Génova, previa deliberación, a fin de pasar desde allá a tierra de sarracenos a intentar si al menos él solo pudiera lograr algo entre ellos, disputando con sus sabios y manifestándoles, según el *Arte* recibido de Dios, la encarnación del Hijo de Dios, así como también la beatísima Trinidad de las divinas Personas en suma unidad de esencia, en la cual los sarracenos no creen, sino que, ciegos, afir-

man que nosotros, los cristianos, adoramos a tres dioses.

20. Y habiéndose presto divulgado entre los genoveses que Ramón había ya llegado con ánimo de pasar a tierra de sarracenos para convertirlos, si pudiera, a la fe de Cristo, el pueblo quedó con ello muy edificado, esperando que Dios haría por medio de él algún bien insigne entre los mismos sarracenos. Pues habían oído los genoveses que el mismo Ramón, después de su conversión a penitencia, había recibido por vía divina, en cierta montaña, cierta ciencia santa para la conversión de los infieles. Pero habiendo el Señor visitado así a Ramón, con tanto gozo del pueblo, como quien se hace presente al romper el alba, comenzó a probarle de pronto con una gravísima tribulación; pues aparejado ya el navío y todo el resto a punto para pasar el mar, según ya se dijo, introducidos en la nave sus libros con todas las demás cosas necesarias, le vino por ciertas ocasiones como algo fijo en la mente, a saber, que si pasaba a los sarracenos le darían muerte sin tardanza a su llegada, o al menos le cautivarían en prisión perpetua. Por ello Ramón, temiendo por su piel, como en otro tiempo San Pedro Apóstol en la pasión del Señor, olvidado de su propósito sobredicho por el cual decidiera morir por Cristo, convirtiendo a su culto a los infieles, permaneció en Génova detenido por cierto temor paralizante, abandonado en tanto a sí mismo, per-

mitiéndolo o disponiéndolo el Señor acaso para que no presumiera vanamente de sí. Pero partido ya de Génova el predicho navío, pronto Ramón, ante el hecho de que quedándose hubiese dado asi al pueblo enorme escándalo contra la fe, cayó en completa desesperación, estimando con toda certeza que por ello Dios le condenaría, con lo cual fue herido de tal dolor de corazón que enfermó gravísimamente de fiebres en su cuerpo; y así, languideciendo largo tiempo en Génova, sin descubrir a nadie la causa de su dolor, casi quedó reducido a nada.

21. Por fin, al llegar el día santo de la fiesta de Quincuagésima, se hizo llevar o conducir a la iglesia de los Frailes Predicadores, y mientras oía cantar a los frailes el himno *Veni Creator*, gimiendo dijo entre sí: "¡Ah! ¿Acaso este Espíritu Santo me podría salvar?" Y así, desfallecido, conducido o llevado al dormitorio de los frailes, se tumbó allá mismo sobre una de las camas, y mientras así allá tendido miraba hacia arriba, vió en lo más alto del techo de la casa una luz pequeñita, como una estrella pálida, y oyó que desde el lugar de la estrella una voz le decía tales palabras: "En esta Orden te puedes salvar." Y Ramón envió a buscar a los frailes de aquella casa, pidiéndoles que le vistiesen al punto su hábito; pero los frailes difirieron hacerlo, por ausencia del prior.

22. Vuelto, pues, Ramón a su hospedaje, trajo

a su memoria que los Frailes Menores acogían con más dilección el *Arte* que Dios le diera en la montaña, que los Predicadores ya mencionados. Por lo cual, esperando que los mismos Frailes Menores promoverían con más eficacia el *Arte* predicha a honor del Señor Jesucristo y a utilidad de su Iglesia, pensó que, dejando a los Predicadores, entraría en la Orden de los Frailes Menores. Mientras así discurría en su mente, apareció junto a él, como colgado en la pared, un cíngulo o cuerda semejante a la que se ciñen los Frailes Menores; y como con esta visión se hubiera consolado una horita, mirando de lejos vió sobre sí aquella luz o estrella pálida que, como ya se ha dicho, viera él mismo antes, tendido en el lecho, en el convento de los Predicadores, y oyó que aquella estrella, como conminándole, le decía así: "¿Acaso no te dije que sólo en la Orden de los Frailes Predicadores te podrías salvar? Ve, pues, lo que haces."

23. Ramón, pues, considerando de una parte su condenación, si no moraba con los Predicadores, de la otra, la perdición de su *Arte* y de sus libros, si no entraba en la Orden de los Frailes Menores, eligió (lo que era en extremo admirable) mejor su propia condenación eterna que la pérdida del *Arte* predicha, que sabía haber recibido de Dios para la salvación de muchos y, singularmente, a honor del mismo Dios. Y así, pese a la reprobación de la estrella predicha, envió a buscar al Guardián de los

Frailes Menores, a quien pidió que le diera el hábito de ellos; y el Guardián le concedió dárselo cuando estuviera más cerca de la muerte.

24. Ramón, pues, aunque desesperando de que Dios quisiera salvarle, quiso, no obstante, para no pasar por herético a los ojos de los frailes o del pueblo, confesarse superficialmente y otorgar testamento, lo cual hizo también. Como el sacerdote llevara a su presencia el cuerpo de Cristo y en pie, frente a él, se lo presentara, sintió el propio Ramón como si, a impulso de la mano de algún hombre, su rostro, que hasta entonces mantuviera recto, se torciese hacia su hombro derecho, y le parecía que en el mismo punto y hora el cuerpo de Cristo, que entonces el sacerdote le ofrecía, pasando a la parte contraria, es decir, a su hombro izquierdo, le decía tales palabras: "¿Sufrirás el castigo condigno si así ahora me recibes?". Pero Ramón, firme en lo que en sí mismo había ya resuelto, es decir, mejor querer condenarse eternamente antes que por mala fama suya pereciera el Arte revelada a honor de Dios y salvación de muchos, sintió de nuevo como si una mano de hombre le torciese hasta dejarle recta la cara que aún tenía vuelta; y aun de frente, viendo entonces el cuerpo del Señor en manos del sacerdote, se precipitó presto al suelo desde su yacija y besó el pie del propio sacerdote; y así recibió entonces el cuerpo de Cristo para que él mismo, al menos, bajo tal devoción fingida, salvara el Arte

predicha. ¡Oh, admirable tentación, o más bien, como parece, dispensación de la divina prueba! El patriarca Abraham, en otro tiempo, contra esperanza fió en la esperanza; éste, empero, prefiriendo obstinadamente a la propia salvación el Arte o doctrina por la que muchos se convertirían à conocer y amar y rendir culto a Dios, como sol cubierto de nube, mientras, con todo, ardía en sí mismo, desesperando de Dios de modo maravilloso bajo un cierto oscurecimiento de su mente, dió prueba de amar a Dios, y al prójimo a causa de Dios, infinitamente más que a sí mismo, como se deduce evidentemente de lo predicho.

25. Mientras, pues, todavía Ramón quedaba así detenido por una grave dolencia de cuerpo y de alma, llegó a él el rumor de que una galera surta en el puerto se disponía a pasar a Túnez. Oído lo cual, como despertando de un pesado sueño, se hizo presto llevar junto con sus libros a la misma nave; pero sus amigos, viéndole a las puertas de la muerte, compadecidos de él, aun contra su voluntad le sacaron de la nave, de lo que mucho se dolió. No obstante, habiendo sabido de nuevo Ramón largo tiempo después que otra nave de las que los genoveses llaman comúnmente barcas se había aparejado para ir a la predicha ciudad o reino de los sarracenos, es decir, a Túnez, se hizo llevar a aquella barca, con los libros y otras cosas suyas necesarias, contra la voluntad y el consejo de sus ami-

gos, y al punto, cuando los marineros al salir del puerto comenzaron a navegar, Ramón recobró de pronto, alegre en el Señor, por una misericordiosa ilustración del Espíritu Santo, junto con la salud de su cuerpo enfermo, la esperanza de conciencia de que había creído perdida bajo la predicha obnubilación; de tal manera que en poquísimos días, con admiración de cuantos con él venían y de él mismo, se sintió en tan buen estado de mente y de cuerpo como tuviera antes en toda su vida pasada.

26. Rendidas por ello las debidas gracias a Dios, entraron seguidamente en el puerto de Túnez y, subiendo a tierra, penetraron en la ciudad. Ramón, pues, convocados poco a poco, de día en día, los más versados en la ley de Mahoma, entre otras cosas les dijo que conocía bien los fundamentos de la ley de los cristianos en todos sus artículos y que había venido con ánimo de convertirse a su secta si, oídos los fundamentos de su ley, esto es, de la ley de Mahoma, los hallaba, sostenido debate entre ellos mismos sobre éstos, más fuertes que las razones de los cristianos. Y como de día en día acudieran a él en mayor número y más versados, mostrándole los fundamentos de su ley para así convertirle a su secta, él mismo, satisfaciendo sin dificultad a sus razones, dijo así: "Aquella fe es propio de todo sabio mantener, que atribuye a Dios eterno, en el que creen todos los sabios del mundo, mayor bondad, poder, gloria, perfección y demás

atributos semejantes, y todo ello en mayor igualdad y concordancia. Es más de alabar también aquella fe en Dios que entre Dios, que es suma y primera causa, y si, en efecto, pone mayor concordancia o conveniencia. Pero yo, según cuanto me habéis propuesto, advierto ya que todos vosotros, sarracenos, sujetos a la ley de Mahoma, no entendéis que en las predichas y otras semejantes dignidades divinas haya actos propios, intrínsecos y eternos, sin los cuales ellas mismas serían ociosas también *ab aeterno*. Es decir, los actos de bondad que son: bonificativo, bonificable, bonificar, y también los actos de magnitud: magnificativo, magnificable, magnificar; y así de todas las demás divinas dignidades sobredichas y semejantes. Pero como vosotros atribuís estos actos predichos sólo a dos dignidades o razones divinas, según ya veo; es decir, a la sabiduría y a la voluntad, con ello queda manifiesto que en todas las demás sobredichas razones divinas, a saber, bondad, grandeza, etc., dejáis ociosidad y, por consiguiente, ponéis también desigualdad y discordia entre ellas; lo cual no es lícito. Pues por los actos substanciales intrínsecos y eternos de las predichas dignidades, razones o atributos, tomados en igualdad y concordancia, como es debido, prueban de modo evidente los cristianos que en una simplicísima esencia y naturaleza divina hay Trinidad de Personas, a saber, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

27. Lo cual, Dios mediante, os podré demostrar también yo con claras razones en virtud de un *Arte* a cierto ermitaño cristiano revelado hace poco divinalmente, según se cree, si vosotros quisiérais departir sobre ello conmigo unos pocos días con ánimo sosegado. Se os hará manifiesto también, si os place, de la manera más razonable, por medio de la misma *Arte*, cómo en la Encarnación del Hijo de Dios, por participación, es decir por unión del Creador y la criatura en la sola persona de Cristo, la primera y más alta causa conviene y concuerda de la manera más razonable con su efecto; y cómo también ello aparece, en su mayor y más noble grado, en la pasión de Cristo, Hijo de Dios, que él soportó en la parte que había adoptado naturaleza humana por voluntaria y misericordiosa dignación, para redimirnos a nosotros, pecadores, del pecado y corrupción de nuestro primer padre, y reconducirnos a estado de gloria y fruición divina; a causa de cuyo estado, y destinados a él, Dios bendito nos creó a nosotros hombres.

28. Como, pues, sobre tales cosas pareciera Ramón ilustrar ya las mentes de los infieles, ocurrió que alguien, no poco famoso entre los sarracenos, advertidas la intención como las palabras de Ramón, suplicara al rey exhortándole a que ordenara degollar a aquel hombre que se esforzaba por subvertir a la nación sarracena y destruir con su osadía temeraria la ley de Mahoma. Mientras se

celebraba sobre ello consejo a la instigación del sobredicho hombre famoso y de muchos otros, ya se inclinaba la voluntad del rey a la muerte de Ramón, viendo lo cual, uno de ellos, prudente y lleno de ciencia, trató de impedir un crimen tan grande, persuadiendo al rey de que no sería para él honroso dar muerte a tal varón que, aunque pretendía difundir su ley cristiana, parecía, no obstante, abundar en gran madurez de bondad y de prudencia, añadiendo que también sería reputado buen sarraceno quien osara penetrar entre los cristianos para imprimir en los corazones de otros la ley de los sarracenos. Así, pues, asintiendo a estas palabras y a otras semejantes, el rey desistió de la muerte de Ramón; pero ordenó al punto que se le expulsara del reino de Túnez. Y cuando se le sacó de la cárcel sufrió por parte de muchos innumerables oprobios, y golpes, y tribulaciones; con todo, fue conducido, al fin, a una nave de genoveses que había de partir al poco tiempo. Y mientras se dirigía a ella decretó el rey que fuera lapidado hasta morir si se le hallaba en la patria. Se dolía inmensamente, pues había dispuesto para el bautismo a varones de famosa reputación y a muchos otros a quienes confiaba con toda el alma conducir antes de su partida a la completa luz de la fe ortodoxa. Cuando el hombre de Dios se hallaba afligido por el aguijón de semejante perplejidad, ocurrió que aquella nave a la que había sido conducido, partía hacia

su tierra. Al verlo Ramón, sentía que por todas partes le amenazaban las tribulaciones: porque si se alejaba, veía recaer en el lazo de la condenación eterna a las almas que había dispuesto ya para el culto cristiano; pero si intentaba quedarse, ya conocía la locura de los sarracenos preparada para darle muerte. Ardiendo todo él, no obstante, en amor de Dios, no temía afrontar los peligros de muerte, sólo con que con ello pudiera conseguir para las almas algún efecto de salvación. Y dejando la nave que partía, entró a escondidas en otra, en el mismo puerto, pues esperaba de alguna manera poder llegar a tierra sin el impedimento de su ímpetu bestial, para consumar en los sobredichos la buena obra comenzada.

Estando, pues, así las cosas, ocurrió que un cristiano, en porte y hábito semejante a Ramón, iba por la ciudad; al cual prendieron los sarracenos, sospechando que fuera Ramón; y mientras se disponían a lapidarle clamaba aquel hombre, diciendo: "No soy yo Ramón." E indagando supieron que Ramón se había de hallar en la nave, y escapó aquél de sus manos. Así, pues, permaneció Ramón allí mismo tres semanas, y viendo que no podía allá cumplir nada en servicio de Cristo, marchó a Nápoles, donde permaneció leyendo su *Arte* hasta la elección del Señor Papa Celestino quinto.

31. Más tarde fue Ramón a la Corte romana para conseguir del señor Papa algo deseado por él

largamente, como se expresó más arriba, en favor de la fe de Cristo, y allá compuso libros. Pasado algún tiempo al señor Papa Celestino quinto sucedió el señor Papa Bonifacio octavo, a quien con todas sus fuerzas se afanó en suplicar Ramón en favor de algunas utilidades de la fe cristiana. Y aunque sufría muchas angustias siguiendo con frecuencia al Sumo Pontífice, con todo, no cejaba de ninguna manera en el intento, esperando que, sin duda, se dignaría escucharle, ya que no le suplicaba en provecho propio o por una prebenda, sino, sin cesar, por el público bien católico de la fe.

32. Por fin, no obstante, viendo Ramón que no podía obtener nada del Sumo Pontífice, marchó a la ciudad de Génova, donde compuso algunos libros. Luego acudió al rey de Mallorca y, celebrada con él una entrevista, tomó el camino de París, y allí leyó públicamente su *Arte* y compuso gran número de libros. Más tarde habló con el rey, suplicándole sobre algunas cosas extremadamente útiles a la Iglesia santa de Dios. Pero viendo que poco o nada obtenía respecto de tales cosas, regresó a Mallorca, en donde, permaneciendo por algún tiempo, se esforzó, tanto con debates como también con predicaciones, por atraer a vía de salvación a los innumerables sarracenos que allí moran. Hizo también allá mismo algunos libros.

33. Sucedió, pues, mientras Ramón se afanaba en tales trabajos, que corrieron nuevas de que el

emperador de los tártaros, Casiano, había atacado el reino de Siria y codiciaba someterlo todo a su dominio. Cuando lo oyó también Ramón, encontrando una nave aparejada, pasó el mar hasta Chipre y encontró allí que aquella nueva era del todo falsa. Viéndose, pues, Ramón frustrado en la intención con que viniera, trató de buscar otro camino en el que pudiera consumir el tiempo que Dios le había concedido, no en ocio, sino en alguna obra acepta a Dios y provechosa al prójimo. Pues había escondido en su corazón siempre vigilante aquel consejo del Apóstol, que dice: "Haciendo el bien no desfallezcamos, a su tiempo segaremos sin desfallecer", y el del Profeta, que dice: "Al ir, iban y lloraban al sembrar su simiente; al volver empero, vendrán con alborozo, llevando sus manojos."

34. Por esta causa fue Ramón al rey de Chipre, suplicándole con gran afecto que exhortara a algunos infieles y cismáticos, es decir, jacobinos, nosculinos, momminos, para que acudieran a su predicación y a debate con él. Al mismo tiempo le suplicó también que, hecho lo que pudiese en edificación de los predichos, quisiera el rey de Chipre enviarle al Sultán, que es sarraceno, y al rey de Egipto y de Siria, para instruirlos en la santa fe católica. Pero de todo ello el rey se mostró descuidado. Entonces Ramón, confiando en aquel "que predica la palabra en mucha virtud", sólo con el auxilio de Dios, por medio de predicacio-

nes y debates, comenzó a trabajar entre ellos con denuedo. Pero, al fin, persistiendo en las predicaciones y adoctrinamientos, quedó abatido por una no leve enfermedad corporal. Dos personas le servían: un clérigo y un fámulo, que, sin poner a Dios ante sus ojos, olvidados de su salvación, discurrieron arrebatar con manos criminales los bienes del varón de Dios; y, al saberse envenenado por ellos, Ramón los echó de su servicio con manso corazón.

35. Llegado a Famagusta, fue recibido con alegría por el Maestre del Temple, que se hallaba en la ciudad de Limisol, y permaneció en su casa hasta recuperar la salud de antes. Posteriormente, pasando a Génova, publicó allí gran número de libros. Luego marchó a París, donde leyó su *Arte* con éxito y compuso libros numerosos. En el tiempo, pues, del señor Papa Clemente quinto, dejando la ciudad de París, llegó a Lión, y morando allá suplicaba al sumo Pontífice en favor de algo de fecundísimo provecho para la fe, a saber, que el mismo señor Papa ordenara la fundación de monasterios donde se constituyeran varones devotos y aptos que, aprendiendo los idiomas de las diversas naciones, pudieran predicar el evangelio a todos los infieles según el mandato del Señor, que dice: "Id al universo mundo y predicad el Evangelio a toda criatura." Pero esta súplica,

tanto el señor Papa como los cardenales, la tuvieron poco en cuenta.

36. Desde aquí, regresado a Mallorca, pasó el mar hacia una tierra de sarracenos llamada Bugía, y, en la plaza principal de la ciudad, puesto en pie, clamaba Ramón en alta voz, prorrumpiendo en tales palabras. "La ley de los cristianos es verdadera, santa y acepta a Dios; la ley de los sarracenos, falsa y errónea; y dispuesto estoy a probarlo." Pero mientras decía tales cosas en lengua sarracena, exhortando a la fe de Cristo a una multitud ya asistente de paganos, se precipitaron muchos sobre él con manos nefandas, queriendo lapidarle a muerte; mientras así se ensañaban contra él, el antístite u obispo de la ciudad envía emisarios con orden de traer a su presencia a aquel hombre; cuando Ramón se halló presente ante su vista, le dijo el obispo: "¿Cómo te enzarzaste en tanta locura hasta atreverte a impugnar la ley verdadera de Mahoma? ¿No sabes que quien así se atreve a ello, está expuesto a la sentencia capital?". Respondió Ramón: "El verdadero servidor de Cristo que ha conocido la verdad de la fe católica, no debe temer los peligros de la muerte corporal cuando puede alcanzar la gracia de la vida espiritual para las almas de los infieles."

37. El obispo le dijo: "Si crees, pues, que la ley de Cristo es verdadera, y consideras falsa la ley de Mahoma, aduce una razón necesaria que

lo pruebe." Pues era aquel obispo reputado en filosofía. Y Ramón respondió: "Convengamos ambos en algo común; luego te daré la razón necesaria." Como le agradase al obispo, le interrogó Ramón, diciendo: "¿No es Dios perfectamente bueno?" Respondió el obispo que así era. Entonces Ramón, queriendo probar la Trinidad, comenzó así a argüir: "Todo Ente perfectamente bueno es en sí de tal manera perfecto, que no necesita hacer el bien fuera de sí mismo, ni mendigarlo; tú dices que Dios es perfectamente bueno desde la eternidad para toda la eternidad; luego no necesita mendigar ni hacer el bien fuera de sí mismo; porque si así fuera, no sería entonces perfectamente bueno en toda simplicidad. Y ya que tú niegas la beatísima Trinidad, suponiendo que no sea, Dios no fue perfectamente bueno desde la eternidad hasta que produjo el bien del mundo en el tiempo. Pero tú crees en la creación del mundo y, por tanto, cuando creó el mundo en el tiempo, Dios fue más perfecto que antes en bondad; ya que la bondad es mejor difundiéndose que existiendo ociosa. Esto infiero por ti. Tengo, empero, para mí que la bondad es difusiva desde la eternidad, para toda la eternidad; y es propio del principio del bien que sea difusivo de sí mismo; por lo cual Dios Padre bueno engendra al Hijo bueno de su propia bondad, y de ambos procede en su bondad el Espíritu Santo."

38. Atónito, pues, el obispo ante razón semejante, no rebatió en modo alguno la réplica; pero ordenó al punto que fuera encerrado en la cárcel; con todo, hizo público un edicto el obispo para que de ningún modo se tramara la muerte de aquel varón, pues se proponía él mismo condenar a muerte a dicho varón, con sentencia condigna. Al salir, pues, de la casa del obispo, golpeado, camino de la cárcel, aquí a palos, allí a puñetazos, o arrastrado ásperamente por la barba, que llevaba muy larga, fue recluído en la letrina de la cárcel de los ladrones, donde por algún tiempo llevó vida penosa; pero luego le pusieron en una celda de la misma prisión.

39. Al día siguiente, empero, se congregaron los clérigos de la ley ante el obispo, pidiendo que se le diera muerte. Entrados en consejo para ver cómo lo perderían, determinaba la mayor parte que fuera traído Ramón ante ellos y, si pudieran advertir que fuese varón lleno de ciencia, sería muerto sin remisión; pero si resultase ignorante o necio, como necio le perdonarían. Oyendo lo cual uno de ellos, que hiciera la travesía de Génova a Túnez con Ramón y oyera con frecuencia sus pláticas y razones, les dijo: "Ved que éste no comparezca en el pretorio, pues tales razones moverá contra nuestra ley, que nos será difícil o imposible deshacerlas." Acordando entonces que no compareciera, al

cabo de breve tiempo lo enviaron a una prisión más suave. Luego, reunidos los genoveses y catalanes que allí se hallaban, obtuvieron que fuera puesto en lugar más decente; lo cual también se hizo.

40. Estuvo, pues, Ramón encarcelado allí durante medio año, y venían a él los clérigos o enviados del obispo, prometiéndole esposas, honores, casa y dinero en abundancia para convertirlo a la ley de Mahoma; pero, fundado sobre firme roca el varón de Dios, Ramón, decía: "Si queréis creer en el Señor Jesucristo y cuidáis de renunciar a esta ley errónea, yo os ofrezco las más altas riquezas, y os prometo la vida eterna." Como insistieran con frecuencia sobre tales cosas, acordaron que cada uno de ellos hiciera un libro en el que una y otra parte confirmara su ley con las razones más eficaces que pudiera hallar; además, la ley del que se sirviera de razones más firmes sería considerada como más veraz. Y cuando Ramón ya se aplicaba con eficacia a su libro, ocurrió que, de parte del rey de Bugía, que en aquel tiempo residía en Constantina, fue enviada una carta ordenando que al punto de leerla Ramón fuera expulsado del país.

41. Subido, pues, a bordo de una nave en aquel puerto, el dueño de dicha nave recibió la orden de no permitir en adelante que aquel hombre regresara a tierra. Mientras, pues, aquella nave pasaba

a Génova, sucedió que, a la altura del puerto de los pisanos, se levantó una fuerte tempestad (pues estaban diez millas lejos del puerto predicho), y como la nave sufriera por todos lados los gravísimos embates del temporal y padecieran, por fin, naufragio, unos fueron muertos y sumergidos, pero otros se salvaron con el previo auxilio de Dios; entre los cuales, Ramón y su compañero, perdidos todos los libros y efectos, casi desnudos, alcanzaron en una barca la orilla del mar. Y llegado a la ciudad de Pisa, algunos de los ciudadanos le acogieron con honor; y aunque anciano y débil, persistiendo siempre en su labor por Cristo, terminó allí el varón de Dios su *Arte general última*. De la inmensa eficacia y del gustoso y perfecto conocimiento de esta *Arte*, así como de los demás libros suyos, es digno quien no aspira a la gloria del mundo ni a la vana filosofía, sino a la firme dilección y sabiduría de Dios como fin último y supremo bien.

42. Acabada, pues, el *Arte* predicha, y terminados allá mismo otros muchos libros, queriendo también incitar al común de Pisa al servicio de Cristo, propuso a su Consejo que sería bueno que allá mismo se constituyeran en Orden unos religiosos soldados cristianos destinados a este fin, a saber: que sostuvieran continua guerra contra los pérfidos sarracenos para la recuperación de la Tierra

Santa. Condescendiendo agradecidos a su parlamento y a su admonición, escribieron sobre tan saludable negocio al sumo Pontífice y a los cardenales. Obtenidas, pues, estas cartas en la ciudad de Pisa, tomó el camino de Génova, donde obtuvo otras semejantes y donde devotas matronas y viudas que en gran número acudían a él, nobles de la misma ciudad, le prometieron veinticinco mil florines en auxilio de la Tierra Santa. Partido, pues, de Génova, llegó al Papa, que en aquel tiempo residía en Aviñón. Viendo, no obstante, que no podía obtener allá nada en cuanto a su propósito, tomó el camino de París, donde leyó públicamente su *Arte* y otros libros muy numerosos que escribiera en tiempos pasados. Asistió a su lectura una gran multitud, tanto de maestros como también de escolares, ante los cuales no sólo exponía una doctrina corroborada por razones filosóficas, sino que profesaba una sabiduría confirmada también de manera admirable por altos principios de fe cristiana.

43. Pero como viera que a causa de las doctrinas del comentador de Aristóteles, es decir, de Averroes, muchos se desviaban no poco de la rectitud de la verdad, principalmente de la fe católica, diciendo que la fe crisitana es imposible en cuanto al modo de entender, pero opinando que es verdadera en cuanto al modo de creer, deplorado

ello en el colegio de los cristianos, esforzándose Ramón en rechazar por vía demostrativa y de hábito científico este concepto de ellos, los reducía de múltiples maneras a refutación: pues si la fe católica es improbable según el modo del entendimiento, es imposible que sea verdadera. Sobre lo cual hizo ciertamente algunos libros.

44. Más tarde, sabiendo Ramón que el santísimo padre, señor Papa Clemente quinto, había de celebrar concilio general en la ciudad de Viena, en el año del Señor MCCCXI, en las calendas de octubre, se propuso acudir a dicho concilio, a fin de impetrar allá tres cosas para reparación de la fe ortodoxa. La primera, que se constituyera lugar adecuado donde varones devotos y de fuerte inteligencia quedaran estudiando en los diferentes géneros de lenguas, a fin de saber predicar la doctrina evangélica a toda criatura. La segunda, que de todos los religiosos cristianos de condición militar, se formara una sola Orden que promoviera guerras incesantes en ultramar contra los sarracenos, hasta la recuperación de la Tierra Santa. La tercera, que el señor Papa ordenara rápidamente remedio contra las opiniones de Averroes, que en muchas se había mostrado corruptor de la verdad, tratando, por medio de varones católicos de gran entendimiento y que no fueran en busca de su propia gloria, sino del honor de Cristo, de levantar

oposición contra las predichas opiniones y contra quienes las sustentan, que parecen cerrar el paso a la verdad y sabiduría increadas, al Hijo de Dios Padre. Y a este propósito compuso Ramón un librito, que lleva el título de *Liber Natalis,* prometiendo, además, tener prevenidas contra ellos razones compulsivas, tanto filosóficas como teológicas. De las cuales usó a fondo, con la mayor claridad, en algunos de sus libros. Pues este siervo de Dios, verdadero desvelador de la suma verdad y profundísima Trinidad, compuso, entre sus cotidianos trabajos, más de ciento veintitrés volúmenes.

45. Habían transcurrido ya cuarenta años desde que dirigiera a Dios todo su corazón y toda su alma, y por entero todas sus fuerzas y todo su pensamiento; en cuyo lapso de tiempo hizo continuamente libros, cuando pudo a ello vacar, con toda diligencia. Y pudo, con razón, pronunciar la palabra del Profeta David, que dice: "Eructó mi corazón la buena palabra, digo mi obra al Rey. Mi lengua, cálamo de escriba que escribe velozmente."

En verdad que fue su lengua cálamo de aquel escriba increado, del Espíritu Santo, que da la palabra a los que predican en mucha virtud, hablando del cual dijo el Salvador a los apóstoles: "Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros." Queriendo que la utilidad de sus libros fuera común

a todos, publicó muchos en lengua arábiga, como conocedor de aquel idioma. Se divulgaron sus libros por todo el mundo, pero en tres lugares principalmente los hizo reunir, a saber: en el monasterio de Cartujos, en París; en casa de un noble de la ciudad de Génova, y en casa de un noble de la ciudad de Mallorca.

B) BLANQUERNA

El Blanquerna *es la obra más popular y conocida de Ramón Llull, por la ficción novelesca de su trama y por su contenido, más moralizante que metafísico. Por lo menos en su parte esencial, es una de las primeras obras del autor, compuesta en Montpellier en 1283/85. No es tan cierto que sea de esta misma época el libro quinto de la segunda parte, que narra la renuncia del papado por el ermitaño Blanquerna después de un pontificado breve —pues pudo ser añadido por el mismo Ramón después de la renuncia de Celestino V, en 1294—, ni tampoco es igualmente seguro que el* Llibre d'amic e d'amat *y el* Art de contemplació, *que coronan toda la obra, pertenezcan a los años 1283/85. No es una novela autobiográfica, aunque algunos detalles y alusiones tal vez lo sean.*

Los manuscritos más antiguos llevan el título de Blaquerna, *no* Blanquerna, *como más cercano al de* Blacherne *o* Notre-Dame de Blacherne, *del palacio de Constantino en Constantinopla. Pero muy pron-*

to al nombre auténtico le sucedió el más eufónico de Blanquerna, *protagonista de la novela. Esta comienza narrando, en su primera parte, la vida cristiana de sus padres, Evasto y Aloma, y, en la segunda, la de Blanquerna, que de simple eremita pasa a ser Abad, Obispo y Papa, y reforma en cada etapa de su vida el estado religioso, el de prelacía y el sumo pontificado.*

Hemos escogido el prólogo, tres capítulos de la vida de Evasto y Aloma y algunos de la vida de Blanquerna como Abad y como Papa, más la renuncia al sumo pontificado. El Llibre d'amic e d'amat *lo damos por entero entre las obras místicas.*

LIBRO DE EVASTO Y DE ALOMA Y DE BLANQUERNA

Señor Dios glorioso, uno en esencia y trino en personas, a loor y honra vuestra, con vuestra gracia, virtud y bendición, comienza el LIBRO DE EVASTO Y DE ALOMA Y DE BLANQUERNA, SU HIJO, el cual se ha escrito con el fin de que los hombres os hayan de amar, entender, recordar y servir, a vos, que sois verdadero Dios, señor y creador de toda cosa.

PRÓLOGO.

En significación de las cinco llagas que en el árbol de la vera cruz recibió nuestro señor Dios Jesucristo para redimir a su pueblo de la servidumbre del demonio y del cautiverio en que estaba, queremos distribuir este libro en cinco libros, para doctrina y regla de la manera según la cual en él se representan cinco estados de gentes a quien es provechoso seguirlo. El primero es de matrimonio; el segundo, de religión; el tercero, de prelacía; el cuarto es de estado apostólico que reside en el Papa y cardenales; el quinto es de vida eremítica.

LIBRO I. DE MATRIMONIO

CAPITULO PRIMERO

Comienza el primer libro, que trata de matrimonio.

DEL MATRIMONIO DE EVASTO Y ALOMA.

En una ciudad ocurrió que un bien dispuesto joven, gentil hombre, hijo de un noble burgués, quedó, muerto su padre, muy abundado de tem-

porales riquezas, criado y puesto por su padre en muy buenas costumbres. Este joven se llamaba Evasto, y era muy hermoso en su persona y noble de corazón, y muy bien prevenido; y con tal saber en letras y ciencias, que entendía suficientemente la Santa Escritura. Muy codiciado fue Evasto en la ciudad por hombres de religión y por algunos otros hombres seculares que deseaban quedar allegados a él por vía de matrimonio. Mientras Evasto era así requerido a orden por los religiosos y a matrimonio por los buenos hombres seculares, consideró una noche sobre el orden de religión y sobre el orden de matrimonio, y vínole en voluntad tomar estado de religión para huir de los vanos afanes de este mundo. Pero recordó las grandes riquezas temporales que su padre le había legado y cómo le tocaba mantener la gran casa y la gran limosna que su padre hacía mientras vivió en esta presente vida. Por todas estas razones y por ser también cabeza de su linaje, se inclinó a entrar en orden de matrimonio. Y se propuso, mientras se hallara en él, dar buena doctrina y ejemplo a cuantos viven en estado de matrimonio. Y deseó tener hijos que fueran servidores de Dios, a quien pudiera dejar los bienes temporales que tenía, y, antes de su muerte, servir a Dios en alguna Orden de religión.

Cuando Evasto hubo concebido y deliberado en su voluntad preferir el estado de matrimonio, dijo

a algunos de sus parientes y mayormente a aquellos en quien mucho fiaba que le buscasen en la ciudad una doncella de noble linaje, pues por nobleza de linaje queda ennoblecido el corazón contra estrago y engaño. Y quiso tener esposa saludable y bien conformada en su persona, para que la naturaleza pudiera dar en ella buena disposición a los hijos. Y, ante todo, rogó Evasto a sus parientes que le buscaran mujer bien criada y humilde, y que sus deudos y ella se tuvieran por contentos y honrados de emparentar con él.

Vivía en aquella ciudad una mujer honrada y de buenas costumbres, viuda hacía largo tiempo, que tenía una hija llamada Aloma. Y era fama en toda la ciudad que aquella doncella regía y gobernaba toda la casa de su madre y era de gran bondad. Y la buena mujer, su madre, le daba así en ello potestad para que supiera mantener y regir su casa cuando estuviera casada, y le imponía trabajos para que en su pensamiento no entrasen por ociosidad malvadas y locas cavilaciones que la inclinaran a viles obras.

Las condiciones todas que Evasto deseaba en su mujer estaban en Aloma, y los que buscaban esposa para Evasto, según su voluntad, quedaron con certeza de las buenas costumbres de Aloma. Y por voluntad de Dios se llevó a efecto el casamiento entre Evasto y Aloma.

Muy celebrado fue en toda la ciudad el día de

las bodas de Evasto y de Aloma, y muchos fueron los hombres y mujeres que querían hacerles grande honra aquel día. Pero Evasto no lo quiso; antes, quiso dar señal de humildad a todos los que en el día de las bodas son enemigos de ella y pretenden soberbia, viento y vanagloria. Y por ello, Evasto y Aloma, el día de sus bodas, acudieron a la iglesia acompañados de pocas personas, en significación de humildad; y, para no turbar el sacramento de la misa, Evasto y Aloma se vistieron con humildes vestiduras. Tenían en su compañía a personas santas y devotas, para que su oración fuera escuchada de manera más favorable y recibiera Dios con más agrado la oblación que le hacían de sus personas y de los bienes que les había encomendado.

Aquel día celebró la misa un hombre santo para que por su santidad pusiera Dios su gracia sobre Evasto y Aloma. El santo hombre que les dijo la misa predicó y les mostró a qué intención está ordenado el matrimonio y dio buena doctrina a Evasto y a Aloma, y les señaló cómo debían vivir y cumplir el sacramento del matrimonio y la promesa que se hacían el uno al otro, para que en ellos fuera Dios servido y su gracia fuera en ellos manifiesta a todos.

Todo aquel día fue de oración y de devoción, y de gran fiesta para los pobres de Jesucristo, que alaban y bendicen a Dios cuando se les hace li-

mosna; y por ellos se representa a Jesucristo en las bodas donde son llamados los pobres y ahuyentados los ricos, que no tienen en memoria la pasión del Hijo de Dios, y gastan y retienen los bienes temporales de que están faltos los pobres, y ellos los disipan sirviendo a los hombres llenos de vanidades mundanales, semejantes a ellos mismos.

Evasto y Aloma sirvieron aquel día de sus bodas a los pobres de Jesucristo, y en memoria de la humildad de nuestro Señor Jesucristo lavaron las manos y los pies a trece pobres, a los cuales besaron manos y pies y vistieron los cuerpos desnudos de nuevos vestidos. Y se pregonó por toda la ciudad que todo pobre que quisiera recibir limosna por amor de Dios acudiese a comer a aquellas bodas.

Los parientes y amigos de Evasto y de Aloma sirvieron aquel día en las bodas a los pobres de Jesucristo, y luego fueron a comer cada uno a su casa, para no usurpar a los pobres sus viandas; y Evasto y Aloma comieron juntos en la mesa de los trece pobres. Y, acabada la comida, Evasto marchó para quedar en oración y en contemplación todo aquel día en un honrado monasterio de hombres religiosos, y Aloma se fue a otro monasterio de mujeres de orden, a alabar y a rezar a nuestro señor Dios; a los cuales dos monasterios y a todos los demás de la ciudad Evasto hizo refacción y mandó dar de comer aquel día de sus bodas con mucha abundancia.

Evasto honraba como es debido a su mujer, de manera que de ello se sustentase amor y temor, pues cuadran ambos en el corazón de la esposa. Evasto dió facultad a su mujer para regir y administrar los bienes de su casa, y él quiso ejercer de mercader para humillarse a tener algún oficio y no estar ocioso, y para conservación de los bienes temporales y manutención de su casa, pues por ociosidad viene el hombre a ser pobre, soberbio y perezoso, y muchas veces por harta confianza en sí mismo y en su burguesía y riqueza algunos hombres de ciudad van a dar en declinación y en pobreza y en otros vicios.

No había en la casa de Evasto y de Aloma sirviente alguno descomedido para que su impertinencia no diera lugar a suscitar en Aloma algún mal pensamiento. Evasto y Aloma iban todos los días a ver y oír el santo sacramento de la misa y, vueltos a su casa, hacían limosna de los bienes que Dios les había encomendado. Después cuidaban del mantenimiento de su casa, y entre semana y en las fiestas holgaban de ir a los sermones y a los hombres religiosos, a oír la palabra de Dios y a tomar doctrina con que permanecer en estado de santa vida.

Subía en valor toda la ciudad merced a la bondad de su vida y de su estado y ejemplo, pues los que vivían en religión y en matrimonio tomaban de ellos buen ejemplo y buena edificación. Y les

amaban y honraban todos los hombres de la ciudad. Tanta gracia alcanzaron Evasto y Aloma en aquella ciudad, que los hombres y las mujeres hallaban en ellos consejo, y favor y consuelo en sus necesidades.

Mucho tiempo vivieron sin tener hijos Evasto y Aloma. Y ocurrió un día que considerando Aloma el tránsito de esta presente vida, recordó que su propósito al entrar en orden de matrimonio fue de tener hijos que sirvieran a Dios. Entonces sus ojos se anegaron en llanto y su corazón en tristeza y dolor porque no tenía hijos. Y entrando en un florido vergel que tenía en su casa, junto a una hermosa fuente, lloró largo tiempo, rogando al soberano Dios y Señor de cuanto existe que por su soberana piedad quisiera darle un hijo para su servicio, y arrojara de su corazón la cavilación y tristeza en que había entrado por no tener hijos.

Mientras así lloraba Aloma y rogaba a Dios del cielo y de la tierra que la oyera, en sus plegarias, Evasto entró, como solía, en el vergel, y viendo llorar a Aloma tan en extremo, se maravilló de aquel llanto y dijo estas palabras: "Aloma —dijo Evasto—, de qué lloráis y por qué estáis triste? ¿Puedo hacer algo para consolaros? Mucho me maravillo de veros llorar así y de que vuestro rostro indique a mis ojos tanta pesadumbre de corazón, porque jamás conocí en vos hasta ahora señal de tristeza ni de desagrado. Aloma, amiga mía, de-

cidme qué es esto. Yo creía saber todo vuestro deseo pero parece haber entrado ahora en vuestro pensamiento algo que no me habéis descubierto."

Aloma consideró lo que le decía Evasto, su marido, y se avergonzaba de descubrirle su corazón, porque mucho le temía y amaba. Mas para que Evasto no entrase en sospecha ni en algún dudoso pensamiento contra ella, resolvió Aloma decir a su marido la razón de su llanto, y dijo: ¡Mi señor, Evasto! Nunca en tiempo alguno de mi vida, desde que estoy bajo vuestra potestad, tuve en mi corazón pensamiento ni deseo que me acuciase tanto como el de tener hijos, pues gran quebranto sería si heredara nuestra hacienda quien no fuera hijo nuestro. Y grande merced y honor hace Dios al hombre al darle hijos para su servicio, en los cuales se conserve su nombre y su linaje. Por esto, cuando pienso en la muerte y me veo sin hijos a los que quede esta casa, y que el bien y limosna que de ella sale no hay quien los mantenga, no me puedo abstener de llorar, ni quiere mi corazón en cosa alguna consolarse."

Evasto contestó a Aloma, y le dijo: "Por la virtud de Dios han sido creadas todas las cosas al servicio del hombre. Y Dios no quiere dar al hombre muchas cosas deseadas para que el hombre conozca su gran poder y querer, para que el hombre tenga paciencia y someta su voluntad a querer lo

que la divina voluntad quiere. Todas estas cosas y muchas otras hace Dios para multiplicar ocasión y manera de que el hombre alcance gran mérito, por el cual la divina justicia deba dar al hombre en la gloria del Paraíso gran bienaventuranza. Siendo esto así, desatinada es, pues, la persona y el alma que no toma en consideración estas cosas. Y es indicio de soberbia querer alcanzar todo lo deseable. De donde se infiere que es mejor y mayor virtud la paciencia cuando no se puede lograr lo que se desea, que el bien que se sigue de la posesión de lo amable en el cumplimiento del deseo. Y si fuera cierto que cuantos hombres hay, aman y sirven a Dios, tener hijos sería cosa buena y a mi alma deseable, pero siendo dudoso que le fueran obedientes, por esto vacilo tanto en desear hijos."

Muchas otras razones y hermosos ejemplos dio Evasto a Aloma para consolarla y arrojar de su alma la tristeza. Y por el gran amor de ambos, Aloma se consoló con las palabras de Evasto, su marido. Y dijo ella estas palabras: "Bendigo y adoro a aquel soberano Señor que tiene en su poder todas las cosas, y bendito sea quien me da a conocer mi propia vileza, pues ya no soy digna de alcanzar cuanto deseo, ni los bienes que Dios me ha dado los he merecido, ni se los sé agradecer como debiera. A su voluntad debe someterse mi deseo y vo-

luntad. Ahora conozco que me conviene todo el tiempo de mi vida querer sólo lo que a Dios sea placentero y agradable. Y por la gran culpa de mi loco deseo la gran misericordia de Dios quiero amar en todo tiempo y en ella esperar."

CAPITULO II

Del nacimiento y de la buena crianza de Blanquerna.

En caridad, y paciencia, y en humildad vivían de continuo Evasto y Aloma; y los domingos y grandes fiestas iba Evasto a los monasterios de religiosos a cantar y alabar con ellos a su creador. Lo mismo hacía Aloma en los monasterios de mujeres de religión. Iban también a servir a los enfermos en los hospitales y visitaban a los pobres vergonzantes, a quienes hacían secretamente limosna. Y daban oficio a los niños huérfanos para que, ya mayores, no les fuese la pobreza ocasión de pecar.

Mientras Evasto y Aloma hacían estas y otras buenas obras, Dios, que es cumplimiento de todo bien y gracia, recordó el deseo de Aloma y su humildad y paciencia, y le dio un hermoso hijo, que llevó el nombre de Blanquerna. Grande fue el placer y el gozo y la alegría de Evasto y de Aloma en

el nacimiento de Blanquerna. Y al punto, en efecto, fue Evasto a la iglesia a dar gracias a Dios por el hijo que le había dado, y rogó a Dios que su hijo Blanquerna fuese su sirviente todos los días de su vida. Aquel día en que nació Blanquerna hizo Evasto gran limosna a los pobres de Jesucristo. Y al octavo día recibió Blanquerna el bautismo y tuvo padrinos y madrinas de santa vida, para que por su santidad Dios beneficiase en su gracia a Blanquerna. En aquel día hizo Evasto cantar misa solemne a un santo capellán, que dio el sacramento del bautismo a Blanquerna, pues no debe conferirlo ningún malvado pecador, indigno de tal sacramento, que es principio y carrera por donde se va al perdurable reposo.

Blanquerna tuvo nodriza sana en su persona para que de sana leche se criara, pues por la leche mala quedan los niños enfermos y desmedrados en su persona. Y era la nodriza honesta y de buena vida, pues cosa es que debe evitarse, en la crianza de los niños, que el ama sea de salud endeble, o esté en pecado, o que tenga en sí malos vicios, o sea de mala complexión o de corrompida condición o aliento.

En todo el año en que nació Blanquerna no dio Aloma a su hijo otro alimento más que sólo leche, pues por falta de fuerte digestion no pueden los niños en el primer año cocer ni digerir los demás

alimentos, como sopas de pan mojado con leche o con aceite que les dan, u otras viandas semejantes que les fuerzan a comer. Y por esta causa son los niños sarnosos y con bubas y padecen tumores y úlceras, y les ascienden los humores a la parte superior y les destruyen el cerebro y la vista, y les causan asimismo otras enfermedades.

Este niño Blanquerna fue criado con gran diligencia, y Aloma, su madre, lo vestía de tal manera que en invierno tuviera algún sentimiento de frío y en verano de calor, para que los elementos de que está compuesto el cuerpo humano concordasen con el tiempo en que tienen sus operaciones, a fin de dar al cuerpo templada calidad, de manera que no se habituaran los malos humores a ascender a la parte superior. Así tuvo Aloma consigo a su hijo Blanquerna hasta que pudo ir a jugar con los demás niños y no le compelió a cosa alguna contraria a las que requiere la naturaleza en los niños a tal edad, sino que le tuvo hasta los ocho años dejado al curso de la naturaleza.

Cuando Blanquerna tuvo ocho años, su padre Evasto lo puso en la escuela y le hizo dar enseñanza, según se contiene en el *Libro de Doctrina pueril,* donde se advierte que al principio debe el padre enseñar a su hijo en vulgar y le debe dar doctrina y conocimiento de los artículos de la fe, y de los diez mandamientos de la ley, y de los siete sa-

cramentos de la santa madre Iglesia, y de las siete virtudes, y de los siete pecados mortales, y de lo demás que contiene en dicho libro.

Ocurrió un día que Aloma, antes de que fuera a la escuela por la mañana su hijo Blanquerna, le dio a almorzar carne asada, y luego le dio un flaón para que lo comiese en la escuela si le venía en gana. Cuando lo supo Evasto, su padre, reprendió en gran manera a Aloma, y díjole que no se debe dar de almuerzo a los niños por la mañana, sino sólo pan para que no se acostumbren a ser glotones ni golosos y porque no pierdan el gusto de comer en la mesa a su hora; pues al pan sólo no le hallan tanto sabor los muchachos que fuercen las operaciones de la naturaleza por mucho comer; y aun el pan no se les debe dar si no lo piden.

De todas las viandas se le dio costumbre y prohibición de comer, para que la naturaleza no se habituara en él a una más que a la otra, y le fue vedado el vino demasiado fuerte y el muy aguado, y las fuertes salsas, que destruyen el calor natural. Fue dado a Blanquerna un estudiante como guardián y maestro, y éste, temprano por la mañana, lo llevaba todos los días a la iglesia y le enseñaba a rezar a Dios y a oír misa devotamente y con atención. Y después de la misa lo llevaba a la escuela de música para que aprendiese a servir bien la misa cantada.

Blanquerna aprendió tanta gramática, que sabía hablar y entender bien el latín. Y luego aprendió lógica y retórica, y filosofía natural, para que con mayor facilidad pudiera saber la ciencia de medicina, a fin de conservar su cuerpo en salud, y la ciencia de teología, a fin de conocer, amar y servir a Dios y saber regir su alma para la vida perdurable del paraíso.

Cuando Blanquerna hubo aprendido el *Libro de los Principios y grados de medicina,* y adquirido por él suficiente conocimiento para saber gobernar la salud de su cuerpo, le envió entonces su padre a la escuela de teología, en la cual oía continuamente la santa Escritura y respondía algunas veces a las cuestiones de teología.

Mientras así aprendía Blanquerna, criábale Evasto con temor y amor, porque en estas dos maneras y virtudes se deben criar y educar los muchachos y jóvenes a su edad, con ayunos, oración, confesión, limosna y con humildad de palabra y vestir, y compañía de hombres buenos. Y otras cosas semejantes a ésta enseñaba Evasto a su hijo Blanquerna, para que cuando fuera mayor y de perfecta edad, por buen hábito y por naturaleza alcanzara tal estado que a Dios y a las gentes fuese muy agradable, sin resistirse a recibir las costumbres que convienen a buena crianza, que han de tener, en primer término, los ciudadanos y hombres de linaje.

CAPITULO IV

De cómo la doncella Natana tentó a Blanquerna

Terminadas sus razones, Aloma salió de la capilla y se fue a casa de una viuda llamada Nastasia. Aquella mujer tenía una hija, muy bella y graciosa, llamada Natana. Y tenía gran amistad Aloma con Nastasia y con Natana. Cuando se halló Aloma con Nastasia y con Natana, su hija, en un gran aposento muy secretamente ella comenzó a llorar en gran manera, diciendo estas palabras: "¡Ay, triste de mí, cuitada! ¡Y qué desconsuelo me viene para siempre de lo que más creí que me había de alegrar todos los días de mi vida! He perdido a mi hijo Blanquerna a quien, después de Dios, amaba sobre todo lo del mundo. Si no hallo consuelo y ayuda en vosotras para recobrar a mi hijo, mi alma estará todos los días de mi vida en dolor y en tristeza."

En gran manera se maravillaron Nastasia y Natana, y a mucha piedad fueron movidas por el llanto y las palabras de Aloma. "Hermana y amiga —dijo Nastasia—, no lloréis, que si en algo nosotras os podemos valer, lo haremos con mucha voluntad y gusto y con todo nuestro empeño, siempre de manera que no sea vergüenza para nosotras ni toma-

do a mal por la gente." Aloma contestó a Nastasia y refirióle todas las palabras que habían mediado entre ella y Evasto y Blanquerna, su hijo; y contóle cómo Blanquerna no había querido obedecer a sus palabras ni a sus ruegos. y cómo tenía el propósito de partir al día siguiente; y quería irse solo a los desiertos para hacer penitencia todos los días de su vida. "Y por esto, la ayuda y el consejo que yo ahora os pido es, que si deseáis complacerme, vuestra hija Natana hable con mi hijo Blanquerna para tratar de trocarle la voluntad que tiene e inclinarse a entrar en estado de matrimonio y a ser su marido. Todos los bienes que Evasto y yo tenemos los daríamos para que fuesen de Natana y de Blanquerna."

Acuerdo y deliberación se tomó entre ellas de que Aloma llevara en su compañía a Blanquerna después de comer y, cuando se hallaran en la casa, Aloma y Nastasia dejaran a solas en la estancia a Blanquerna y a Natana; y que Natana le diría amorosas palabras por las que Blanquerna entendiera que Natana quería ser su mujer, y que de un hondo amor de corazón largo tiempo le había amado, y por este medio retraer a Blanquerna de su inclinación, e inducirle a estado de matrimonio. Aloma regresó a su casa y entró en la capilla donde halló a Evasto con su hijo Blanquerna, llorando por la separación que había de hacerse entre ambos. Y díjoles Aloma estas palabras: "Hora es ya

de comer. Venid y comamos, pues que tiempo habrá después para llorar cuanto nos apetezca."

Muchas fueron las viandas que se sirvieron en la mesa, mas poca la cantidad que de ellas comieron Evasto, Aloma y Blanquerna. Acabada la comida, tomó Aloma su manto y dijo a Blanquerna que la acompañara, pues quería ir a casa de una mujer conocida suya con quien tenía que hablar. Blanquerna acompañó a Aloma, su madre, hasta la casa de Nastasia. Y entró Aloma con su hijo Blanquerna en la estancia, donde encontraron a Nastasia y a Natana, que se hallaban las dos a solas. Natana iba muy ricamente vestida, y de ricas vestiduras, y estaba naturalmente adornada de muy gran belleza. Dijo Aloma a Natana: "Haced compañía, si os place, a mi hijo Blanquerna, mientras yo hablo con vuestra madre Nastasia." Blanquerna y Natana quedaron los dos solos en la estancia, y Aloma y Nastasia entraron a hablar en otra cámara.

Mientras Blanquerna y Natana estaban sentados el uno junto al otro y Blanquerna discurría sobre su viaje, Natana comenzó a decir a Blanquerna estas palabras: "Señor Blanquerna, mucho tiempo ha que he deseado poder abriros mi corazón. Os he amado de intrínseco amor, con todo mi corazón, hace mucho tiempo, y deseo sobre todas las cosas ser vuestra mujer. Fuerte amor me obliga ahora a deciros estas palabras. Si vos, por linaje y por riqueza, sois digno de tener más honrada o más rica

esposa, váleme amor, que me hace amaros cordialmente, y váleme buena intención, que me hace amaros para ser vuestra esposa y no por algún otro desordenado pensamiento; y cumpla Dios la voluntad que me hace de desear tener hijos de vos, que sean servidores de él y que a vos se asemejen en la santa vida, a la que habéis llegado por la gracia de Dios y por doctrina y buen ejemplo de vuestro padre Evasto y de vuestra madre Aloma, que son de mayor santidad que otras personas algunas de esta ciudad."

Bella era Natana y con prudencia y con muestras de gran amor dijo a Blanquerna estas palabras y muchas otras. Blanquerna no olvidó ni arrojó de su corazón, por todas estas razones, el deseo santo que tenía; y el fuego del Espíritu Santo, que había inflamado su corazón, no tardó en venir en su auxilio. Y cuando hubo pensado un poco en las palabras que le dijera Natana, le dijo él estas palabras: "Aquel Rey de todos los reyes, esperanza y consuelo de los pecadores, que no olvida a sus siervos en las necesidades, aquel Señor adoro y bendigo, porque comienzan desde hoy a suscitarse en mí tentaciones y me vale la divinal virtud contra falsos consejos. Alegre está mi corazón en el comienzo de mis tentaciones; esperanza me hace esperar la fuerza que siento en esta tentación contra las otras que me han de sobrevenir." Mucho alabó

y bendijo así Blanquerna a nuestro señor Dios antes de responder a las palabras de Natana.

Natana veía alegrarse a Blanquerna y bendecir a Dios sin responder a sus palabras; y por esto, sobreponiéndose un poco, díjole de esta manera: "Blanquerna, señor, ¿cómo no contestáis a mis palabras? ¿Qué decís? ¿Qué es lo que alegra vuestra alma? Blanquerna respondió a Natana, y dijo: "Con luz de gracia ha iluminado mi corazón el Espíritu Santo y me hace desear vida eremítica en la cual tenga sólo a Dios en mi corazón. Cuando vos, Natana, me dijísteis vuestro corazón, la carnal inclinación comenzó a tentar mi alma, por la naturaleza corporal y por obra del espíritu maligno. Pero al punto mi alma se volvió a recordar a su amador, y entonces la divina luz la iluminó de divino amor. Y por esta luz conozco que Dios no olvida a su siervo: antes me hace con tal fuerza desdeñar vuestras palabras que me maravilla, según vuestras razones, que en tan bella persona como vos quepa tan loco pensamiento, cuando me aconsejáis que deje por el vuestro el amor del soberano Señor. He dudado algunas veces si Dios querría ayudarme contra las tentaciones que me han de asaltar en el desierto, pero ahora conozco y no dudo en lo que solía dudar; y venga cualquier tentación, pues el buen principio con que he comenzado hará que la desdeñe."

Mucho se maravilló Natana de la santidad y

constante valor de Blanquerna, diciendo: "Amigo Blanquerna, ¿cómo no contestais a mis palabras?" Blanquerna respondió: "Si queréis hablarme de Dios y darme doctrina para poderle amar, honrar y servir, muy agradables me serán vuestras palabras. Pero cesad desde ahora de decirme palabras vanas y dejadme pensar en mi viaje mientras mi madre Aloma habla con vuestra madre Nastasia."

"Blanquerna —dijo Natana—, ¿cómo podréis soportar tanto tiempo vida tan áspera en lugares salvajes?, ¿cómo os proponéis soportar lo que no estáis seguro de poder sufrir?" Blanquerna respondió que quien hizo soportar los trabajos y los tormentos y la muerte a Santa Catalina, y a Santa Eulalia y a Santa Margarita y a las demás doncellas y mártires: "Las cuales, por amor de mi amado Jesucristo, se dejaban atormentar, ahorcar, quemar y matar. Y si ellas, siendo doncellas jóvenes y de poca edad, y mujeres frágiles, por la gracia de Dios, padecían tanto y aun deseaban padecer más, yo, pues, que soy hombre, ¿no podré soportar en el eremitorio, hambre, sed, frío, calor y miedo, por el amor de Dios? Y no es en mí mayor virtud, sin comparación, confiarme a la ayuda de Dios en el yermo que si en esta ciudad me confiara a la ayuda de Evasto, mi padre, y de mi madre Aloma, y a las riquezas de este mundo?"

"Muchas veces ocurre —dijo Natana a Blanquerna—, que hallándose uno entre sus parientes y amigos se propone con gran valor acometer y soportar alguna gran empresa o hazaña que le reporte alabanza o premio; y cuando siente después el trabajo, recházalo entonces y le enoja lo que se ha propuesto, y huye de la fatiga que creía poder soportar. Y así, cuando vos, Blanquerna, estéis en el yermo y sintáis la áspera vida, y veáis las extrañas y ruines viandas y os doláis de la ausencia de Evasto y de Aloma y de los demás amigos vuestros, y estéis solo entre las fieras, entonces mudaréis de parecer y temeréis lo que no teméis ahora."

"Natana —dijo Blanquerna—, voy a los bosques a contemplar a mi señor Jesucristo y a su madre, Virgen gloriosa, Señora Nuestra Santa María, y llevo en mi compañía fe, esperanza y caridad, justicia, prudencia, fortaleza, templanza. La fe necesito para creer los artículos de la santa fe católica según la Iglesia romana y para que me ayude en las tentaciones que vienen por ignorancia. Esperanza llevo en mi compañía para esperar y confiar en la ayuda y en la misericordia de aquel que sólo me puede valer. Caridad lleva mi corazón y me lleva a los lugares agrestes, y háceme considerar esta ciudad y los demás parajes habitados como despoblados y desiertos; con caridad domina el hombre y vence todas las cosas. Justi-

cia me hace restituir a Dios el cuerpo y el alma, porque él es el creador y benefactor mío y de cuanto tiene ser. Prudencia me da a conocer y menospreciar este mundo lleno de engaños y de errores, que poco dura, y me hace desear la eternal bienaventuranza. Fortaleza fortalece mi corazón con la fuerza del Altísimo para soportar, por su amor, todo trabajo. Templanza llevo conmigo para que sea señora de mi boca y de mi apetito y vientre. Y si en los desiertos no puedo usar de estas virtudes, convendrá entonces que regrese. Y si en aquel lugar yo no pudiera soportar hambre, sed, frío, calor, desnudez y miedo, pobreza y tentaciones, ¿dónde estarían las virtudes y sus obras, sin las cuales ya no podría ni querría vivir en aquellos parajes ni en otros? Y así, Natana, dijo Blanquerna, ¿vos queríais atemorizarme con todo aquello que yo deseo soportar por amor de aquel que, por amor a mí, soportó trabajos mayores que éstos que me decís? Y el deseo de soportar estos trabajos y muchos otros me induce a partir de mi tierra y me lleva a los lugares donde los pueda hallar y tener, y donde no pueda encontrarlos, no me agrada habitar ni quedarme."

"Blanquerna —dijo Natana—, mucho me placen vuestras palabras; quisiera siempre estar con vos, y plega a vos llevarme en vuestra compañía y que juntos hagamos penitencia en el lugar que

a vos más agrade." Blanquerna respondió: "No es cosa conveniente que vos ni otro cualquiera esté en mi compañía, pues no quiero tener compañía más que de Dios y de los árboles, hierbas, pájaros, fieras, aguas, fuentes, prados y riberas, sol, luna, estrellas; pues ninguna de estas cosas embarga el alma y la aparta de la contemplación de Dios."

"Blanquerna —dijo Natana—, si yo estoy en vuestra compañía y sois movido alguna vez a carnal inclinación, tendréis mayor mérito si podéis mantener abstinencia, y seréis más contrario a lujuria, vicio a Dios muy aborrecible. Fortaleza tendréis mayor si vencéis vuestra carne; si me lleváis con vos y tenéis esperanza de vencer vuestra carne, mayor esperanza tendréis; cuanto mayor mérito podáis ganar, mayor será vuestra sabiduría; cuanto más fuertemente os venzáis a vos mismo, mayor será en Dios vuestra caridad. Por todas estas razones y por muchas otras, bueno es que me llevéis en vuestra compañía." Blanquerna respondió: "Prohibido está en la ley tentar a Dios, ni a sí mismo debe nadie tentarse, como vos decís; pues manera es de orgullo y vanagloria, y hay en ello riesgo por razón de la fragilidad puesta en el hombre a causa de la corrupción del pecado. Mas cuando por ventura cae el hombre por algún accidente en estado en que se le ofrece ocasión de pecar, conviene entonces que use de las virtudes

tal como vos decís. Por lo cual no os llevaría por nada en mi compañía. Pero os aconsejo que, abandonando el mundo, entréis en una de las Ordenes, con las mujeres de religión, a contemplar, en compañía de ellas, y a recordar, entender, querer, la santa virtud de Dios, y la vileza de este mundo, y la gloria en todo tiempo perdurable."

"Blanquerna —dijo Natana—, al comienzo de vuestras palabras, amor me hacía amar vuestro cuerpo y vuestras bellas facciones; pero ahora se ha levantado mi alma a amar las virtudes de la vuestra. Por la virtud de vuestras palabras me habéis trocado en mi entendimiento; habéis iluminado mi alma con la divinal virtud; mi corazón habéis dado a Dios; a Jesucristo me habéis dado por esposo, mientras yo deseaba ser vuestra mujer."

Mientras Natana hablaba con Blanquerna, Aloma y Nastasia escuchaban y oían sus palabras; pero Nastasia se enojó mucho con las palabras de Natana, y dijo a Aloma: "Comadre Aloma, yo no sufriré en adelante que Blanquerna hable con mi hija." Así, pues, Aloma y Nastasia entraron en la habitación, y cesaron las palabras de Blanquerna y Natana.

Blanquerna se despidió de Natana. Amor, que no guarda manera, llorando hizo decir a Natana, en presencia de Aloma y de Nastasia, estas palabras: "Blanquerna, no me olvidéis en vuestras oraciones, pues vuestras palabras me hacen semejante

esta estancia donde estoy, a los parajes a donde deseáis ir." Blanquerna adoctrinó a Natana para que las siete virtudes guardasen su virginidad todo el tiempo de su vida. Aloma y Blanquerna salieron de la casa de Nastasia y regresaron a su albergue. Aloma refirió a Evasto lo que había ocurrido con Blanquerna y Natana, y por qué había llevado a Blanquerna a casa de Nastasia. Evasto dijo a Aloma que en adelante no pusieran obstáculo al viaje de Blanquerna, pues obra era de Dios, y arriesgada cosa es poner trabas a los que se proponen servir a Dios.

Toda aquella noche pasaron en la capilla Evasto y Aloma con su hijo Blanquerna. El llanto y las devotas pláticas que entre ellos tuvieron, ¿quién os los podría referir? Y las buenas palabras con que habló Blanquerna aquella noche de Dios y de su gloria, ¿quién las podría decir? Y las bendiciones que Evasto y Aloma dieron a su hijo, ¿quién os las podría escribir? ¿Y quién podría abstenerse de llorar al oír sus palabras?

CAPITULO VII

De cómo Evasto y Aloma acompañaron a su hijo Blanquerna.

Al día siguiente, después de la misa, mandó llamar Evasto a sus parientes y amigos para que vi-

nieran a honrarle acompañando a su hijo Blanquerna.

Llegados todos, Evasto les refirió la divinal bendición que había enamorado a su hijo Blanquerna, induciéndole a hacerse ermitaño y contemplar la divina virtud en lugares agrestes e inhabitables. Mucho se maravillaron todos de estas palabras, y juntos rogaron a Blanquerna que se quedara y no desconsolara a Evasto y a Aloma con su ausencia, y que ellos, a la muerte de Evasto, le harían jefe y gobernador, como habían hecho con Evasto. Pero Evasto les dijo que no convenía hablar más de aquella materia, pues con tal fuerza había concebido Blanquena la divinal inspiración, que por nada del mundo dejaría su viaje.

"Señor Evasto —dijo Blanquerna—, para evitar vanagloria y para que la gente no atribuya a presunción el honor que vos y estos señores me queréis hacer, y porque yo no soy digno de tal honor, bueno sería, si os place, que yo en vuestro albergue me despidiera de vos y de Aloma y de estos otros señores, y que secretamente emprendiera mi viaje con la bendición de Dios." "Blanquerna —dijo Evasto—, por el decir vano de la gente no debemos dejar de dar buen ejemplo, como vos lo dáis a todos nosotros en amar y servir a Dios y menospreciar esta vida mundana; pues más provechoso será el buen ejemplo que la gente tomará de vos, que nocivo lo que de ello diga; y vos que-

daréis más fortalecido y más opuesto a vanagloria, y más tarde no consentiréis en salir de vuestro eremitorio por alguna diabólica tentación."

Evasto y Aloma y gran número de gente acompañó a Blanquerna, y grande fue la fama de Blanquerna en toda la ciudad. Muchas bendiciones tuvo Blanquerna entre todo el pueblo, y mucho pecador tuvo conciencia de su pecado, y mucho hombre virtuoso se alentó a multiplicar sus buenas obras y a servir a Dios; y muchos fueron los que tuvieron gran piedad de Evasto y de Aloma, que no habían de ver nunca más a Blanquerna; y muy compadecido fue Blanquerna por los trabajos y la áspera vida que habrá de soportar en lugares solitarios, donde no podrá obtener lo necesario para sustento de su vida corporal.

Blanco y colorado y rubio era Blanquerna. Era muy hermoso de ver, pues la Naturaleza le había dado todos los rasgos que son halago de los ojos y agradables en cuerpo humano. Era joven de edad, su alma era cumplida de virtudes; en su corazón habitaban día y noche remembranza y amor del divinal señorío. El santo propósito que con tanto fervor deseaba su voluntad, encendía y enamoraba en Dios a cuantos le veían; el agua de su corazón les subía a los ojos por piedad y devoción; de sus ojos corrían las lágrimas.

Cuando Blanquerna y los que le seguían estuvieron fuera de la ciudad, Blanquerna rogó a su pa-

dre y a su madre y a los demás señores que regresaran. Pero Aloma respondió y dijo que ella no se separaría de Blanquerna en manera alguna hasta llegar al bosque donde debía entrar. Evasto y los demás tuvieron la misma voluntad, y todos siguieron a Blanquerna.

Mientras todos le seguían, Evasto le pidió que le dijese cuál era la principal razón por la que había concebido voluntad de ser ermitaño y abandonar el mundo. "Señor —dijo Blanquerna—, por voluntad de Dios ha ocurrido que me habéis hecho enseñar teología y otras ciencias que me dieron conocimiento de Dios, a quien es dable conocer por lo que de su obra y de su virtud está representado en las criaturas. Y ya que este mundo es estorbo para contemplar a Dios y considerar su alta virtud, por esto abandono el mundo. Conmigo llevo a los montes lo que he aprendido, y quiero vivir solitario, a fin de no tener estorbo alguno para amar, conocer, alabar y bendecir a Dios con lo que he aprendido en el mundo. Esta es, señor, la principal razón por la que dejo el mundo. Otras hay bastantes, entre las cuales está ésta, a saber: que casi apenas veo hombre alguno en el mundo que haga lo que debe en cuanto a honrar, amar y conocer a Dios, ni que le agradezca el bien que de él ha recibido, y casi todo el mundo anda convertido en vanidades y en estragos, y engaños, y errores. Y por esto prefiero estar entre las fieras, y los árboles, y

los pájaros, que son sin culpa, que entre tantos hombres culpables y sin reconocimiento del beneficio que han recibido de Dios."

Cuando Blanquerna terminó estas palabras, Aloma le rogó que le concediera un don. Respondióle Blanquerna que qué don le pedía. "Hijo —dijo Aloma—, no te pido en don que renuncies a tu viaje; un don te pido que me puedes conceder." "Oh, Aloma, que sois madre y dueña mía —dijo Blanquerna—, bien podéis pensar que nada ha quedado a mi arbitrio sino es seguir la voluntad de quien me ha enamorado para discurrir la manera de honrarle. Por donde, si el don que pedís conviene con la voluntad de Dios, concedido os sea cuanto yo os pueda conceder." "Hijo —dijo Aloma—, pídote que me prometas que antes de tu muerte y de la mía, tú regreses a quedarte algún tiempo conmigo y luego vuelvas a tu ermita; o si tú no quieres venir a mí, sepa yo tu habitación por mensaje tuyo, y yo iré a morar contigo tanto tiempo como sea de tu gusto y agrado mi compañía." Respondió Blanquerna: "Bien sabéis, Aloma, que no conozco a ciencia cierta el tiempo de mi vida ni el de la vuestra. Por donde si os prometiera venir a veros y hubiese muerto, podríais opinar que no os he sido veraz; y si volviese a vos se renovarían los trabajos que padecéis por mi partida. Mensaje yo no os podría enviar, pues toda mi vida será solitaria, sin compañía de hombre alguno; y por esto, de cuan-

to me pedís, no tengo facultad, según la divinal voluntad me ha guiado a ser obediente a sus mandatos." "Hijo —dijo Aloma—, ¿en qué lugar edificaréis vuestra habitación? ¿Y hacia qué parte andaréis?" "Madre —respondió Blanquerna—, no os puedo dar certeza de lo que no sé. He de recorrer los bosques y los altos montes buscando un lugar en donde halle agua y algunas hierbas salvajes con que dar sustento a mi cuerpo. Cuál sea la tierra y el lugar y las regiones, quede en la mano de Dios, pues en él está mi esperanza y en él confío para que me encamine a encontrar lugar conveniente donde le pueda amar y conocer todos los días de mi vida, y donde le pueda rogar por vos y por mi señor padre Evasto."

CAPITULO LX

De cómo Blanquerna fue elegido Abad.

Envejeció el señor abad y no pudo satisfacer en su persona a las necesidades del monasterio. Entrado en capítulo el abad con toda la comunidad, pidió misericordia, diciendo estas palabras: "Largo tiempo me habéis honrado, señores, teniéndome por superior. Indigno he sido de recibir honra tan grande. A tiempo he llegado en que me hallo desvalido de mi persona, por el cual desvalimiento soy harto

más indigno de ser vuestro pastor. Al término estoy de mis días y quisiera quedar sometido a uno de vosotros con el fin de ser más obediente. Os ruego que elijáis abad y tengáis piedad de mí."

Por consejo y acuerdo de Blanquerna, y de todo el capítulo, fue resuelto otorgar gracia al señor abad en significación de caridad y justicia que exigían que le fuese rendido galardón por el trabajo en que largamente había perseverado para guardar y servir a sus ovejas. Quiso caridad que se concediera el señor abad un lugar conveniente en alguna granja donde quedara a vivir, y que un monje cuidara de él y se diese a su cuerpo algún trato de alivio para que viviera más largamente. Agradeció el abad a todo el capítulo la misericordia que le habían hecho, y rindió el sello y renunció a la abadía.

Y los monjes ordenaron la elección de abad. Según el arte de elección por el que fue elegida la abadesa Natana, se acordó que fuera elegido el abad. Por lo cual, cuando los electores preguntaron a Blanquerna quién le parecía que había de ser abad, dijo Blanquerna estas palabras: "Común fraternidad es caridad entre nosotros. De donde, para significar que caridad sea virtud común y para dar buen ejemplo, conveniente cosa sería que eligiéramos como pastor a algún obispo de estos contornos, de más santa vida que otros obispos." Respondieron los electores diciéndole que no era costumbre en su

Orden elegir abad a un hombre que no fuera de su observancia y, mayormente, que no creían que ningún obispo dejara su obispado y entrara en su Orden para ser abad, como sea que obispo tenga más amplia regla que abad.

Blanquerna dijo a los electores que muchas veces ocurría que se eligiera obispo a un abad, y por esto era razón que pudiera ser elegido abad un obispo, siendo así que abad concuerda más que obispo con vida contemplativa, y obispo con vida activa más que abad. De donde, como vida contemplativa sea mucho mejor y más cercana a Dios que vida activa, si de vida contemplativa pasan los abades a vida activa, ¡cuánto más de vida activa deben venir los obispos a ser abades en vida contemplativa! "Por lo cual, para que pase a costumbre que un obispo sea elegido abad y que la vida contemplativa sea ensalzada y amada por encima de la activa, según mi sentir y voluntad, bueno es que elijamos abad a algún obispo."

Uno de los siete electores era el despensero, el cual dijo a Blanquerna que si elegían abad a un obispo u otra persona extraña a su Orden y a su monasterio, sería dar a entender que hubiera falta en él de buenas personas, dignas de que entre ellas se eligiera abad; y por ello no era cosa conveniente que eligieran a un obispo para que fuera abad, y mayormente cuando él creía que no se podría hallar obispo que dejara su obispado para ser abad.

Respondió Blanquerna: "Orgullo y vanagloria, desesperanza, propiedad, significan las palabras del despensero, contra justicia, caridad y esperanza; y pues prudencia quiere que la mejor persona sea elegida, caridad hace comunidad en diversidad de órdenes y justicia condena a propiedad en lo que ha de ser común caridad y hermandad; y esperanza lleva a recordar que si nuestro señor y pastor Jesucristo soportó la muerte para salvar a los hombres que poseen obispado, síguese de ello que algún obispo hallaremos que para honrar a Cristo quiera dejar obispado por abadía."

Dejó el despensero la razón que usara contra Blanquerna y adujo otra, diciendo estas palabras: "Conviene que el abad esté habituado a comer de nuestras viandas y a seguir a la comunidad, y que tenga nuestras costumbres, a fin de ser luz y ejemplo ante nosotros para que perseveremos en ellas; y por esto otro hombre extraño a nuestra Orden no es tan adecuado para ser abad como quien pertenece a ella y ha perseverado por mucho tiempo, ordenadamente, en la regla de nuestra Orden." "Despensero —dijo Blanquerna—, sigue aún vuestra voluntad al esclavo y al camino de desesperanza; pues Dios, que os ha sometido a regla en vuestra Orden, puede someter a regla, y habituarle a ella, a otro religioso que proceda de otra Orden, si entra en la nuestra." Mientras Blanquerna y el despensero debatían así, el obispo a quien Blan-

querna reprendiera, como se refirió más arriba, llegó al monasterio, y cesaron las palabras de Blanquerna y del despensero y toda la comunidad salió a recibir al obispo para honrarle a él y a sus acompañantes.

El obispo quiso hacer honra al monje que renunciara a la abadía según honor que corresponde a todo abad; pero aquel monje refirió al obispo la gracia que le concediera el capítulo, y cómo había renunciado a la abadía, y cómo se le había señalado un lugar muy deleitoso en donde morar fuera del monasterio y dar allá trato de alivio a su cuerpo, mejor de lo que podría hacer en el convento. El obispo y el monje, fueron a morar en aquella granja. El obispo despidió a todos sus acompañantes y sólo retuvo consigo a un escudero. Largamente hizo penitencia el obispo con aquel monje, y hablaban todos los días de Dios y de su gloria, y menospreciaban la vanidad de este mundo.

El despensero y los demás electores volvieron a sus palabras acostumbradas y buscaron, por arte y por necesidad, qué persona, entre todos los monjes de aquel monasterio, tenía más capacidad para ser abad. Manifiesto fue a todos los electores que Blanquerna había de ser abad según cuantas condiciones convienen a abad, excepto una sola, a saber: que Blanquerna era más fuertemente amador de vida contemplativa que de vida activa, y a

oficio de abad conviene vida activa, para mejor proveer a las necesidades del monasterio.

Se debatió entre los electores si por la condición ya mencionada se dejaría de elegir abad a Blanquerna, pero uno de los electores dijo a los demás: "Así como Blanquerna, nuestro maestro, nos ha mostrado de qué modo hemos de valernos de las virtudes en nuestras necesidades, conviene que en este caso recurramos a esperanza y a justicia, y nos confiemos a la santa vida de Blanquerna, la cual en vida contemplativa satisfaga por justicia a todos nosotros tanto o más que si prevaleciera en él la vida activa sobre la contemplativa, y por esto no dudemos en elegir abad a Blanquerna, y sea nuestro pastor, ya que ha sido nuestro maestro."

Blanquerna fue elegido abad. Mucho pesó a Blanquerna la elección y muchas razones adujo para poder excusarse de ser abad. Ninguna de sus razones quisieron admitir los monjes, y con toda insistencia quisieron todos que fuera abad. Blanquerna fue abad y día tras día había de perseverar en su cargo, según el cual tenía que recordar y tratar las cosas temporales, que le embargaban la consideración de las cosas celestiales.

Lloraba Blanquerna por la servidumbre en que había parado. Deseó Blanquerna libertad para contemplar a Dios y meditar sobre la pasión de su Redentor, y por ello dijo estas palabras: "Oh, virtudes amigas que solíais ayudarme y que me li-

brásteis y guardásteis de la servidumbre en que quisieron ponerme Evasto y Aloma: ¿dónde habéis ido? ¿Por qué no me habéis valido contra la servidumbre en que he venido a dar?"

Mientras Blanquerna decía estas palabras, en su meditación halló a fortaleza y a prudencia, que le decían así, mentalmente: "Fuerte es el ánimo que no se enorgullece por honor de abadía ni por ser señor de muchos hombres. Obediente es el abad por fortaleza de ánimo cuando cumple lo que le señala su entendimiento en seguir a la comunidad y entrar tarde en enfermería." Mientras fortaleza hablaba así, respondía prudencia, y dijo que en los méritos de todos los monjes tiene parte el abad que ordena su voluntad a ser servidor y súbdito de sus monjes. "Grande soy —dijo prudencia—, en gobernar a una persona, pero mucho mayor en gobernar a muchas; y por esto justicia y mérito concuerdan mejor en mí de lo que solían."

Alegrarse quiso Blanquerna de que prudencia le significara aumento de gloria. Pero caridad le trajo a la memoria que no podía contemplar a Dios tan bien como solía; y porque amaba más a Dios que a mérito de gloria, caridad y añoranza le hicieron llorar largamente. En esta disposición se hallaba Blanquerna, y permaneció largamente en el cargo de abad; y por deseo de consuelo y de contemplación iba a veces a la granja donde estaban

el obispo y el monje que solía ser abad, y con ellos recreaba su persona y consolaba su alma contemplando a nuestro señor Dios.

CAPITULO LXI

De qué manera el abad Blanquerna hizo el libro "de Ave María".

Blanquerna fue abad de una abadía muy honrada, que tenía gran multitud de monjes y poseía grandes rentas. Siempre discurría Blanquerna cómo podría honrar a nuestra Señora de alguna nueva manera. Un día meditó Blanquerna sobre el honor de nuestra Señora y, por divinal virtud, vínole en voluntad edificar en el monasterio una cámara apartada donde morase un monje que en ella saludara cada día a nuestra Señora, y allí comiera y durmiera sin seguir a la comunidad, y estuviera dispensado de aquellas cosas por donde mejor pudiera saludar y contemplar a nuestra Señora. El abad Blanquerna mandó edificar aquella habitación y púsole este nombre: "Ave María".

Estuvo el abad en capítulo con toda la comunidad, y dijo estas palabras: "Toda la mayor honra que criatura haya podido recibir de su creador se cumplió en el vientre de nuestra Señora cuando el Hijo de Dios tomó en él naturaleza humana. Y

por esto conviene que nuestra Orden, que ha puesto a su cabeza a nuestra Señora, la honre con todo su poder. Y por esto, ¿cuál de vosotros quiere saludar a nuestra Señora todos los días y estar en la estancia que lleva por nombre "Ave María"? Muchos fueron los monjes que mostraron voluntad de morar en la habitación y servir aquel oficio. Pero dijo el abad que el monje que sirviera aquel oficio convenía que fuese gran clérigo en diversas ciencias, para que por ellas supiera elevar su entendimiento a contemplar y a saludar a nuestra Señora; y convenía que aquel monje fuera devoto y hombre de santa vida; y por esto fue elegido entre los demás el monje en quien mejor se juntaban las referidas condiciones.

Quedó aquel monje en el "Ave María", en donde tenía sus libros y su celda y la imagen de nuestra Señora. Un fraile lego le llevaba ración del convento todos los días. Aquel monje cantaba misa en la iglesia y andaba por todo el monasterio y hablaba con quien quería, y tenía muchos otros privilegios. Un día ocurrió que el abad entró en la estancia del monje y quiso saber de qué manera el monje saludaba a nuestra Señora santa María. El monje se arrodilló ante la imagen de nuestra Señora y dijo estas palabras y muchas otras, como solía:

"¡Ave María! Te saluda tu servidor de parte de los ángeles, y los patriarcas, y los profetas, y los

confesores, y las vírgenes, y los vírgenes; y salúdote por todos los santos de la gloria. ¡Ave María! Saludos te traigo de todos los cristianos, justos y pecadores; los justos te saludan, pues eres digna de salutación y eres esperanza de su salud; los pecadores te saludan porque te piden perdón y tienen esperanza de que tus ojos misericordiosos miren a tu Hijo y le inclinen a tener piedad y misericordia de sus culpas, recordando la grave pasión que soportó para dar salvación y para perdonar culpas y pecados.

¡Ave María! Saludos te traigo de los sarracenos, judíos, griegos, mogoles, tártaros, búlgaros, hongros de Hongaria la Menor, romanos, nestorinos, rusos, guinovinos: todos estos y muchos otros infieles te saludan por mí, su procurador. En tu salutación los pongo para que tu Hijo los quiera recordar y por obra tuya les envíe mensajes que les encaminen a conocer y a amar a ti y a tu Hijo, de manera que se puedan salvar y en este mundo sepan y quieran a ti y a tu Hijo, con todo su poder, servir y honrar.

¡Ave María! Estos infieles por quien te saludo están en ignorancia de tu salud y de la honra que Dios te ha dado. Hombres son. Naturaleza tienen y figura semejante a tu Hijo, a quien tanto amas y de quien tanto eres amada y honrada. Al fuego perdurable van por ignorancia. Pierden la gloria perdurable de tu Hijo, pues no hay quien lo pre-

dique ni quien les muestre la verdad de la santa fe católica. Bocas tienen con que te sabrían alabar si te conocieran; corazón tienen con que te podrían amar; manos tienen con que te podrían servir; pies tienen con que podrían andar por tus caminos. Eres digna de ser por todas las gentes y en todas las tierras conocida, servida, amada, alabada. Salúdante. Ayuda, y gracia, y bendición te piden por mí.

¡Ave María! Llorar me conviene, y hacer penitencia, y soportar me conviene áspera vida, y a ti alabar, amar, conocer, servir, para que mis saludos te sean más agradables."

Lloraba muy fuertemente el monje mientras saludaba a nuestra Señora. Lloraba Blanquerna por la gran devoción del monje y por la devota salutación que hacía a nuestra Señora. La dulzura y la virtud que había en el abad y en el monje mientras lloraban y saludaban a nuestra Señora, ¿quién os la podría referir?

"Amable hijo —dijo el abad—, saluda a nuestra Señora, salud y bendición nuestra. En su salud se salvan los que sin su salud se condenarían. En nuestra madre Eva fue nuestra condenación y en nuestra Señora está nuestra salvación. María es luz y resplandor iluminado e iluminante. Ave es ser sin mal y sin falta. Saludemos y amemos. Señora tenemos con la cual guardar las virtudes y vencer los vicios. Recuerda, hijo, cuántos son los que sa-

ludan a nuestra Señora y qué bienaventurados los amados y recordados por nuestra Señora, que tiene tan noble recuerdo y tan piadosa voluntad. Mira el cielo, qué grande y qué bellamente iluminado por el sol, y la luna, y las estrellas. Mar, tierra, hombres, pájaros, bestias, peces, plantas, hierbas y todas las cosas vivientes, y todo cuanto es, está al servicio de nuestra Señora, y todo es de su Hijo, que lo ha creado. Saluda y llora, pues de tal salutación gusta nuestra Señora. Saluda recordando a nuestra Señora, que no cesa de amar, recordar, ayudar a cuantos la saludan con exaltado entendimiento y con afectuosa voluntad. Hijo, busca todos los poderes de tu alma y mira si los pones todos en saludar a nuestra Señora."

Mientras el abad cuanto podía esforzaba y alentaba al monje de "Ave María", el monje dijo al abad estas palabras: "Vencido está mi poder, exaltada la honra de nuestra Señora. No puedo ya amar ni considerar más arriba; acá abajo me conviene quedarme, en mis imperfecciones. Si hacerse pudiera, con más fuerza quisiera llorar, y amar, y acordarme de saludar a la reina del cielo y de toda la tierra y el mar. Consolado, alegrado me tiene nuestra Señora cuantas veces la saludo. Su salutación es mi compañía, y mi consuelo, y mi confortación."

A gran maravilla tuvo el abad, y a gran placer, que el monje de "Ave María" tan bien supiese sa-

ludar y contemplar a nuestra Señora, y muchas veces en la semana iba a saludar a nuestra Señora con el monje, para honrarla y para que ayudara a llorar el uno al otro, y que pudiera exaltar el uno por el otro con más fuerza su alma a contemplar a nuestra Señora. Hombre de tan buena vida fue el monje de "Ave María", que muchos monjes de aquel monasterio servían por él más ordenadamente a nuestra Señora; y cuando sufrían tentaciones o desagrado en algo, venían al monje para ser, por sus palabras, consolados y adoctrinados en servir a nuestra Señora.

LIBRO IV. DEL ESTADO APOSTOLICO

CAPITULO LXXVIII

Comienza el cuarto libro, que trata del estado apostólico.

De qué manera el obispo Blanquerna fue Papa.

Mucho desagradó a Blanquerna la muerte del Papa, por muchas razones, y mayormente por razón de las cuestiones que había propuesto. Mientras los cardenales trataban de la elección del papa, acudió el obispo a un cardenal para decirle que si por algún motivo la elección se dilatase, le rogaba procurar que se diera respuesta a las diez

cuestiones que había propuesto, pues mucho deseaba conocer la intención de los cardenales respecto de la determinación de aquellas cuestiones. Respondió el cardenal al obispo diciendo que creía que en breve tiempo tendrían papa, por ser inconveniente cosa que el papado vacase largo tiempo. Mas él, en cuanto le parecía, respondía a una de las diez cuestiones, pero sin darle determinación resolutoria, y dijo que si los artículos de la fe pudiesen entenderse por razones necesarias, ello menguaría el valor de la fe, pues no supondría tanto mérito.

Respondió el obispo, y dijo que hay dos maneras de demostración: una es cuando la cosa se demuestra sin que quepa impugnación, como en el cuadrángulo, donde hay más ángulos que en el triángulo; la otra es cuando cabe argüir en contra, como probar la causa por el efecto, y por esto tiene la fe su sujeto en aquello en que la demostración puede ser calumniada de falsedad. Por donde no entendía decir que los artículos pudieran demostrarse sin riesgo de calumnia, como en el primer modo de demostración, pues si así pudieran ser demostrados imposible sería que los artículos estuvieran fundados en fe; pero según el segundo modo de demostración, preguntaba si los artículos podían o no ser entendidos; y entendía ser demostración la que no se pudiera destruir por razones necesarias, mientras su contrario pudiera ser des-

truído por razones necesarias. Y dijo que si pueden entenderse los artículos por razones necesarias, entiende el probar por necesarias razones que la fe será con ello más noble, y mayor, y más meritoria, y entendimiento y caridad quedarán en más noble disposición, según se ha señalado en el libro de *Demostraciones de los artículos*. Y si ello no fuera así, ha de inferirse que fe y entendimiento serían uno en destrucción del otro, y ello es imposible, según las condiciones de los árboles del libro llamado *Del gentil y de los tres sabios*.

Mucho agradó al cardenal la respuesta de Blanquerna, y cuando se halló en el consistorio con los cardenales, sus compañeros, alabó mucho al obispo por su ciencia, según la respuesta que le había dado. Mientras el cardenal elogiaba así al obispo Blanquerna, ocurrió que el clérigo que solía ser obispo del obispado donde lo era Blanquerna, llegó a la Corte con dos frailes religiosos y un hombre seglar; y los cuatro habían aprendido muy bien el arábigo y venían a la Corte para pedir bendición y cartas que fueran enviadas a alguna tierra, a fin de predicar en ella y convertirla, y para recibir martirio para alabanza de Dios. Mientras se hallaban en el consistorio haciendo la petición llegó entre ellos el obispo Blanquerna, y los cardenales preguntaron acerca de Blanquerna y ellos les dijeron sobre Blanquerna mucho bien, y contaron

el bien que hiciera en la abadía y en el obispado, según ya hemos referido.

Ocurrió un día que, mientras estaba comiendo un cardenal, llegó a su Corte un juglar muy bien vestido y ataviado, hombre de placenteras palabras y hermoso en su persona, que cantaba y tañía instrumentos muy bien. Aquel juglar tenía por nombre Juglar de Valor, y era el juglar que Blanquerna halló en el bosque cuando halló a Valor y al emperador, según se cuenta en el capítulo "De valor".

Cuando el cardenal hubo comido, cantó el juglar canciones y coplas que el emperador había compuesto acerca de nuestra Señora Santa María, y de Valor, y se puso a tañer instrumentos en los que hacía sonar las danzas y las notas que el emperador hiciera a honor de nuestra Señora. Muy placentera cosa fue oír y escuchar al juglar y a sus instrumentos, y el cardenal le preguntó sobre algunas nuevas y sobre su estado.

"Señor —dijo el juglar—, por disposición de Dios ocurrió que mi señor el emperador y yo nos encontramos con un santo hombre llamado Blanquerna, que por un gran bosque iba buscando donde hacer su ermita para adorar en ella y contemplar a Dios todos los días de su vida. En aquel bosque estaba la virtud de Valor, que se lamentaba de los que le han trocado el nombre y la persiguen en el mundo; y por esto el emperador ha enviado

a diversos juglares para que vayan por el mundo y sean procuradores de Valor, y entre los demás me ha enviado a mí en corte para hacer alabanzas de Valor y para reprobar a cuantos le son contrarios y alaban desvalor en lugar de Valor."

Agradables fueron las palabras y las razones del juglar al cardenal y a todos los de su Corte; y el cardenal ordenó que le dieran una hermosa copa de plata en que él bebía; pero el juglar no quiso aceptarla, y dijo estas palabras: "Mandato he recibido del emperador, mi señor, y lo he jurado corporalmente sobre los santos Evangelios, de no aceptar nada de hombre alguno sino tan sólo del emperador, mi señor, que me da renta todos los años, la cual me basta abundantemente, y por este motivo estoy excusado de aceptar vuestro don. Y como por dádivas se corrompen los juglares a alabar a quienes deben ser censurados, y a censurar a quienes deben ser alabados, y como por tales falsas alabanzas y censuras sea deshonrado Valor, por esto el señor emperador no quiere que tome don de vos, ni se atreve a aceptar don juglar alguno de su Corte."

"Buen amigo —dijo el cardenal—, ¿conoceríais vos, si lo viérais, al hombre a quien llamáis Blanquerna?" "Señor —dijo el juglar—, bien creo que le conocería si le viera; mas no cuido verle en tal lugar, pues en los parajes inhabitables y desiertos creo que tiene su habitación; y en aquel lugar se

propuso mi señor el emperador ser su compañero, cuando hubiera ordenado su imperio y cuando su hijo fuera tan crecido que pudiera y supiera reinar.” El cardenal hizo advertir al obispo Blanquerna que viniera a él; y el juglar de Valor le vió y le conoció, y tuvo gran placer en verle; pero mucho se maravilló de verle vestido tan noblemente y llevando anillo de oro en el dedo. El obispo preguntó por el emperador y refirió al juglar cuál era su estado, pues el jugar lo quiso conocer para hacerle reproche si se hubiera enfriado la devoción que solía tener de ser ermitaño.

Muy gran placer tuvo el uno del otro, y el juglar rogó al obispo que le ayudara en aquella Corte a mantener Valor mientras permaneciese en ella, y el obispo se lo prometió. Al día siguiente por la mañana, después de la misa, el juglar se presentó en el consistorio, donde los cardenales se esperaban unos a otros para tratar de elección. Y el juglar dijo estas palabras: “Valor tiene puesta mayor esperanza en los que son mayores y más honrados en este mundo que en los demás, y le hacen más deshonor los que por ella están en más honor, y por esto, culpa y vituperio les viene de ello mayor, por lo cual tendrán en el otro siglo pena mayor, por el mayor deshonor que hacen a Valor en este mundo, que aquellos que Valor no tiene en este mundo tan honrados.”

Cada uno de los cardenales consideró muy fuer-

temente las palabras que decía el juglar; y el cardenal refirió a sus compañeros lo que el juglar le había dicho de Blanquerna. Por las palabras que el cardenal les dijo de Blanquerna y por las que acerca de él ya habían oído, vino en voluntad a los cardenales que el obispo Blanquerna fuese creado papa, y todos pronunciaron y quisieron que fuese papa. Y dijeron *Veni Creator Spiritus* y *Te Deum laudamus* y quisieron sentar a Blanquerna en la silla apostólica. Pero Blanquerna no lo quiso, y dijo estas palabras:

"Fama es por todo el mundo que el papa podrá, con sus compañeros, ordenar, si quisiera, el mundo entero; y pues el mundo está en tan gran discordia y desorden, temible cosa es ser papa, y se significa en el papa gran culpa si no usa de su poder para ordenar el mundo siguiendo su voluntad todo el poder que Dios le ha dado para ordenar el mundo. Por donde, como sea yo indigno de tener tan gran poder, por flaqueza de saber y querer, por esto tan noble y tan grande poder apostólico no debe confiarse a frágil saber y querer; y por este motivo renuncio al apostólico poder y pido que me sea dada respuesta a las cuestiones que he propuesto a esta corte."

Cuanto más fuertemente el obispo Blanquerna renunciaba al papado, tanto más ardían y se inflamaban los cardenales, movidos a hacerlo papa, como sea condición de elección que los que más

fuertemente se excusan de ello y renuncian, deben ser antes elegidos, siempre que ello concuerde con las otras condiciones que convienen a hombre digno de elección. Mientras así permanecían y de ninguna manera quería Blanquerna ser elegido papa, un cardenal que deseaba serlo dijo que quería hablar aparte con sus compañeros, a los cuales dijo estas palabras: "Muchas veces ocurre que por astucia los hombres hacen que se les ruegue y fuerce en lo que desean conseguir, y por esto parece que el obispo Blanquerna se haga rogar para admitir el papado, con el fin de incitar mayor voluntad de elegirle papa. Por donde, si hay en él esta voluntad, es por ella indigno de ser papa."

Mucho cavilaron todos sobre lo que el cardenal les dijera; pero por cuanto las palabras de Blanquerna no daban señal de artificio alguno, y por la buena fama que tenía, y porque el cardenal pretendía ser papa, según conocían por algunas presunciones, por todo ello conocieron que lo que decía el cardenal era todo artificio, y quisieron con gran empeño que Blanquerna fuera papa. Y Blanquerna no lo quería otorgar, hasta que un cardenal le dijo que si él era papa podría ordenar lo que deseaba que se cumpliera para la solución de las cuestiones ya mencionadas. Y por este motivo el obispo Blanquerna, con gran temor y con esperanza de que Dios le ayudara, y con intención de poder promover a mayor fruto y provecho la ordenación

que las cuestiones suponían, consintió en recibir el oficio apostólico, y dijo estas palabras:

"Fáltame saber y querer para ser digno del poder apostólico. Si por vosotros soy elegido papa, ayuda os pido para que con igual saber y querer usemos del poder que me es otorgado en procurar que sea Dios amado y conocido, y que sea su pueblo, por él, venturoso. Si no lo cumplís, entuerto me hacéis y pecado." Todos los cardenales le prometieron de buen grado que le ayudarían en todo lo que era su voluntad, según la libertad del saber y el poder que Dios les había dado y según el cargo a que Dios había sujetado su voluntad para su servicio. Después el obispo Blanquerna fue creado papa.

CAPITULO LXXIX

De la ordenación que el papa Blanquerna hizo en su Corte.

Según hemos referido, Blanquerna es elegido papa. ¡Bendito sea Dios por ello! Blanquerna, papa, antes de querer ordenar nada en su Corte, esperó un tiempo para ver cuál era el estado de ella, y escribió cada día en unas tablas que llevaba aquellas cosas que era posible mejorar en su Corte.

Ocurrió un día que el papa estaba en su ventana y vio venir a un cardenal con gran séquito de gente

de su casa, que cabalgaba y vestía muy noblemente. Y en aquel séquito había gran número de hombres parientes del cardenal. En seguida vio venir el papa Blanquerna a otro cardenal con poca compañía y no tan bien vestida ni ataviada. Mucho caviló el papa sobre lo que había visto de los dos cardenales; y cuando estuvo en el consistorio, dijo estas palabras al cardenal que había venido con poco séquito y con humildes vestiduras: "Saber quiero de ti por qué no has venido a mi Corte con tanta compañía y con tan nobles vestiduras como el otro cardenal que venía antes que tú, como sea que debas honrar mi Corte tanto como el otro, y tengas tanta renta como él." "Señor —dijo el cardenal—, yo gasto en mi séquito y en limosna toda la renta que tengo del cardenalato, y he jurado no aceptar dádiva por servicio a ningún hombre. Y pues la renta no alcanza a más, por esto no he podido traer mayor compañía." El papa preguntó al otro cardenal por qué había venido con tan grande séquito y tan bien ataviado. Y el cardenal respondió diciendo que para honrar su Corte. El papa mandó espiar su modo de vivir y halló que aquel cardenal aceptaba soborno y había roto el juramento y la promesa prestada al ser elegido cardenal. Y las gentes que le ponían en soborno para que les despachara sus negocios le acompañaban siempre que iba a la Corte, y por esto llevaba mayor compañía que los demás.

Ocurrió una vez que el papa convidó a todos los cardenales y mantuvo gran Corte aquel día. Cuando hubieron comido, se presentó en la Corte un hombre vestido como loco, con la cabeza rapada. Traía en su mano un gavilán y en la otra una cuerda con que sujetaba a un perro que llevaba. Saludó al señor papa y a los cardenales y a toda la Corte de parte del señor emperador, y dijo estas palabras: "Yo soy Ramón, el loco, y vengo a esta Corte por mandato del emperador para usar de mi oficio y buscar a mis compañeros." Habiendo dicho estas palabras dio de comer al gavilán y lo hizo volver a su puño dos o tres veces. Después hirió y golpeó al gavilán con la cuerda con que sujetaba a su perro, y de nuevo lo llamó para que volviera a su puño, y el gavilán, porque el loco lo había ahuyentado y lo había herido, se escapó volando fuera del palacio en donde estaba el papa y se hizo silvestre. Cuando Ramón el loco hubo perdido su gavilán, hirió muy fuertemente a su perro dos o tres veces, y siempre que le llamaba volvía a él el perro de buen grado.

"Ramón el loco —dijo el papa—, ¿cuál es tu oficio? ¿Y por qué dices que has venido a esta Corte a buscar a tus compañeros? ¿Y qué significa lo que has hecho con el gavilán y con el perro delante de nosotros?" "Señor —dijo Ramón el loco—, yo estaba en la Corte del emperador y me daba por loco para lograr dinero; y tanto me ha-

dicho el emperador de la pasión de Jesucristo y de la nobleza de Dios, que quiero ser loco para dar de él honranza y honor, y no quiero guardar manera en mis palabras por fuerza de gran amor. Y porque vuestra Corte hace más honor a la pasión de mi amado y a la encarnación que ninguna otra Corte, pienso hallar en ella a muchos compañeros que sean de mi oficio. El gavilán representa a los hombres que no ayudan a los demás, ni a sostener el honor y la ordenación de vuestra Corte sin paga ni servicios; y cuando se les ruega y no se les da nada, se les hiere el corazón con pereza y trabajo; y por esto son al hombre extraños y esquivos. El perro representa a los hombres que viven tan inflamados de amor y tan allegados al honor y ordenación de la Corte, para que Dios sea en ella honrado, que sin satisfacción de sus fatigas soportan trabajos y afanes por quien ha de procurar algo en la Corte, y son los hombres placenteros y agradables."

Cuando Ramón el loco hubo usado de su oficio y dado respuesta al papa, el juglar de Valor cantó y tocó instrumentos muy dulcemente a honra de Valor. Dijo después estas palabras: "A honra del señor se hace honor al caballo con hermosa silla y hermoso arnés, y si el señor tiene en su corazón amor a virtudes y desamor a vicios, entonces Valor recibe honra en su corazón y en su arnés, y si es honrado el señor que ama vicios y

desama virtudes, se deshonra Valor en el honor de su enemigo, que ama deshonor de Valor." "Juglar de Valor —dijo el papa—, ¿qué significan tus palabras?" "Significan las preguntas que vos hicísteis a los dos cardenales: el uno que honraba Valor con injuria, perjurio, vanagloria; el otro, que le honraba con justicia, verdad, humildad, fortaleza."

Cuando el juglar hubo dicho las anteriores palabras, dijo el papa, llorando: "¡Ah, canónigo de llanto! Quisiera que estuvieras en esta Corte para ayudarme a llorar el deshonor que Valor sufre en ella, por el cual deshonor cesa el honor que a mi señor es debido." Mucho lloró el apostólico, diciendo que si el deshonor que Valor sufre en la Corte, de su Corte no es arrojado, y no se honra en ella a Valor, todos los cardenales faltarán contra Valor y mayormente su señor, el papa, al cual prometieron que con todo su saber y querer ayudarían a mantener el poder que tenían para honrar a Valor. Excepto el camarlengo, todos los cardenales dijeron al papa que estaban prontos a disponer y a ordenar cuanto fuera necesario para que se restituyese a Valor en el honor en que solía estar.

Llorando y con gran devoción, y recordando la obligación tan grande en que estaba de honrar la pasión del Hijo de Dios, dijo el papa estas palabras: "Quince son los cardenales que me son dados por compañeros para poderme conservar y asis-

tir en ser en la tierra procurador de Jesucristo. Dividamos el *Gloria in exclesis Deo* en quince partes, y la primera séame dada a mí, por ser yo el primero en dignidad de cargo. A cada uno de los cardenales sea dada su parte, según fuese anterior en la dignidad del oficio y según el orden con que se siguen unas partes a otras, y cada parte sea el propio oficio en el cual se tenga cada uno por obligado a honrar y a mantener la Corte, para que en ella se honre a Jesucristo, y por la Corte sea honrado en todas las tierras del mundo." Todos los cardenales tuvieron por bueno lo que el papa les decía; y el papa tomó por oficio *Gloria in excelsis Deo*, y el cardenal más antiguo *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis*, y después tomaron los cardenales las otras partes, según venían por orden, y a cada parte asignaron oficio propio, y cada cardenal era designado con la parte que le correspondía, siguiendo el orden de *Gloria in excelsis Deo*.

Habiendo instituído el papa y los cardenales la ordenación sobredicha, ordenaron que todos los cardenales tuviesen igual renta, que deberían gastar para sus necesidades, y que dispusieran de cierto número de personas y de cabalgaduras según convenía a justicia, templanza y humildad, y, aparte su gasto, que tuviesen igualmente alguna merced de renta para dispendios extraordinarios, que bastara tan perfectamente que no necesitaran aceptar

de nadie servicio alguno, a menos que fuere de alimentos; y el cardenal que aceptara servicio de alguna persona, perdería el cardenalato; y si no lo hiciera que el papa y los cardenales ayunaran a pan y agua todos los viernes hasta que lo hubiera perdido.

Este establecimiento fue confirmado por el papa y por los cardenales, y estipuló sobre ello promesa y juramento, y se instituyeron oficiales y espías que indagaran si algún cardenal contravenía el referido establecimiento; a los espías se asignaron otros espías para velar por que usaran bien de su oficio, y si no lo hicieran, deberían perderlo sin poder alcanzar jamás prebenda alguna. Muy bien se ordenó el establecimiento predicho, pues es muy necesaria su conservación para que los cardenales, por ocasión de mayor poder, no mantengan discusión ni orgullo uno contra otro, ni los que van a la Corte regresen de ella robados, y en pobreza y mal ejemplo, ni hablen mal del papa y de sus compañeros, antes alcancen mayor devoción en alabar y servir a Dios por la santa vida y hermandad y caridad del papa y de sus compañeros.

Después de las ordenaciones y establecimientos sobredichos, se ordenó que de los bienes de la santa Iglesia y de la superfluidad que queda en sobra a los obispos, arzobispos y otros prelados, al gastar los bienes de la Santa Iglesia, se mantuvieran los oficios que los cardenales han tomado de *Gloria in*

excelsis Deo. Y que uno de los cardenales debiera responder del gasto de todos los oficios, y que todos los obispos, arzobispos, prelados y sus súbditos hubieran de abastecer al cardenal para que pudiera proveer a los oficios.

Fue ordenado por el papa y por los cardenales que una vez por semana el papa tuviese capítulo, sólo con los cardenales, y que cada uno acusara al otro según hacen los religiosos, y que cada cardenal pidiese venia por sus faltas en presencia de los demás. Este mismo establecimiento fue ordenado por ellos de manera que cada cardenal mantuviese capítulo un día por semana a sus oficiales. Después fue ordenado que un cardenal mantuviese capítulo a los escribanos un día por semana, y después otro, y asimismo de los jueces y abogados de la Corte, según se siguiera por orden.

Otro establecimiento ordenaron el papa y los cardenales, muy necesario, a saber: que tuvieran por todo el mundo procuradores que les hicieran saber por cartas o por mensajes el estado de los países, para que si ocurriera en ellos alguna extrañeza o mudanza, o si necesitaran enmienda, que al punto pudieran proveer a utilidad y mejora de aquellas tierras.

Así ordenó y enderezó el papa Blanquerna su Corte. Por donde el bien y el orden que puso en su Corte nadie os los podría contar. Y el mérito que alcanzará con ello, ¿quién os lo podría decir?

LIBRO V. DE LA VIDA EREMITICA

CAPITULO XCVI

Comienza el quinto libro, de vida eremítica.

De qué manera Blanquerna renunció al papado.

Blanquerna papa envejeció, y recordó el deseo que solía tener de ponerse en vida eremítica; y estuvo secretamente en consistorio con todos los cardenales, a los cuales dijo estas palabras: "Por divina bendición se hallan en prosperidad al papado y la Corte de Roma, y de esta ordenación se sigue gran ensanchamiento de la fe católica. Y así, por la gracia que Dios ha concedido a la Corte y para que Dios la mantenga en el buen orden en que está, bueno sería que instituyéramos a un oficial que hiciera en todo tiempo oración y llevara vida contemplativa, rogando a Dios que mantuviera esta ordenación para que ello redundara en su honor y a provecho de la Corte." Todos los cardenales lo tuvieron por bueno y buscaron a un hombre santo, y devoto, y de gran perfección, para que su oración fuese por ello a Dios más agradable.

Cuando el papa hubo entendido la voluntad de los cardenales, hincóseles de rodillas, rogándoles tener a bien que renunciase al papado y que se le encomendara aquel oficio de oración. Todos los car-

denales se arrodillaron ante el papa y juntos se opusieron a ello, diciendo que no era conveniente que renunciara a la dignidad apostólica, porque con su renuncia, sobre todo, se correría el riesgo de que la corte dejara de mantenerse en la tan grande ordenación en que estaba por Dios y por la santa vida de Blanquerna. Respondió el papa Blanquerna que a tan grande perfección habían llegado los cardenales por merced de los oficios de *Gloria in excelsis Deo*, que en adelante no podía destruirse aquella ordenación, y mayormente si los regía otro papa elegido según el arte con que lo fue la abadesa Natana. Tanto se mantuvo de rodillas el papa y tanto lloró ante los cardenales, y con tal devoción y efecto pidió misericordia, que todos ellos obedecieron a su mandato.

Cuando Blanquerna quedó absuelto del papado y se sintió libre de ir a servir a Dios en vida de ermitaño, su gozo y alegría, ¿quién os la pudiera decir? Hallándose Blanquerna en estas consideraciones y en estos goces, dijo a los cardenales estas palabras: "Señores, largamente he deseado ser siervo contemplador de Dios en vida eremítica para que en mi corazón no estuviera sino Dios. Mañana, después de la misa, conviéneme partir a buscar mi eremitorio y conviéneme, en despedida, tomar gracia y bendición de vosotros, señores, a quien tendré en memoria y en mis oraciones todos los días de mi vida; y a Dios y a vosotros rin-

do gracias en gran manera porque tan bien me habéis asistido en mantener largamente el pontificado."

Mucho desagradó a los cardenales oír que él quería marchar a los bosques a vivir como ermitaño, y le rogaron que quisiera quedar y permanecer en la ciudad de Roma o en otra ciudad, la que más le agradara, donde podía estar en contemplación y en oración. Mas el bienaventurado Blanquerna no cedió a sus ruegos, tan inflamado estaba de la divina inspiración, y al día siguiente, después de la misa, quiso marchar a su eremitorio y despedirse de sus compañeros.

"Señor Blanquerna —dijeron los cardenales—, todos nosotros os hemos obedecido largamente y hemos cumplido vuestras órdenes. Vos sois ya viejo y flaco y necesitáis habitación y alimentos tales que os basten para sustentación corporal, de manera que mejor podáis trabajar en la vida contemplativa espiritual; y por esto os rogamos que permanezcáis entre nosotros hasta que hayáis buscado un eremitorio conveniente y lo hayamos dispuesto de manera que podáis habitar en él y cantar y celebrar el divinal oficio; y entre tanto, nosotros habremos, con vuestro consejo, elegido papa que os dará gracia y bendición al tiempo de despediros de nosotros, que quedaremos muy doloridos de vuestra partida." Con devoción tan grande y con tan razonables palabras suplicaban los car-

denales a Blanquerna, que él hubo de obedecer a sus ruegos.

Hallándose Blanquerna con los cardenales en la ciudad de Roma, enviaron los cardenales mensajes por las selvas y por los altos montes para buscar un lugar conveniente donde pudiera morar Blanquerna; y en una alta montaña donde había una iglesia de ermita, junto a un fuente, dispusieron que Blanquerna pudiera habitar, y ordenaron que un monasterio que estaba al pie de la montaña proveyese todos los días a las necesidades de Blanquerna, y en tanto que los cardenales hubieron buscado habitación para Blanquerna, eligieron papa al cardenal de *Laudamus te,* que pasó a ser papa, según lo señaló a los cardenales el arte de elección que usaron. Y a aquel papa fue encomendado el oficio de *Gloria in excelsis Deo,* que solía tener Blanquerna, y el oficio del cardenal fue encomendado a otro nuevamente elegido y puesto en el lugar del cardenal de *Laudamus te.*

CAPITULO XCVII

De cómo se despidió Blanquerna del papa y de los cardenales.

Se levantó de mañana Blanquerna y dijo privadamente misa del Espíritu Santo. Luego el papa cantó misa solemne y predicó y refirió el bien y

la ordenación que hiciera Blanquerna en la Corte, y cómo había renunciado al papado y marchaba a hacer penitencia a los altos montes, y cómo quería estar en compañía de los árboles, y de los pájaros, y de las bestias, y contemplar al Dios de gloria. Tan buena materia tenía el papa hablando de Blanquerna ermitaño, y hablaba con devoción tan grande, que los cardenales y el pueblo de Roma que asistían al sermón no podían abstenerse de llorar, y todos compadecían a Blanquerna en su partida, y mayormente porque era hombre viejo y quería atormentar su persona con soledad y áspera vida.

Mientras predicaba el papa y lloraba el pueblo, un ermitaño que moraba en los muros de Roma dijo al papa estas palabras: "Señor padre apostólico, gran número de ermitaños vivimos en la ciudad de Roma, recluídos en los muros, y ocurre muchas veces que estamos en tentación y no sabemos contemplar a Dios ni llorar nuestros pecados. Y habiendo Blanquerna instituído muchos oficiales para servir a Dios y ordenar el mundo, le ruego en nombre de todos los ermitaños de Roma que quiera permanecer con nosotros en la ciudad y que sea nuestro maestro y nuestro visitador, y tome sobre él este cargo; y en él hallará provecho para nosotros y para sí mismo, y podrá perseverar en vida de ermitaño."

El papa y los cardenales rogaron a Blanquerna que permaneciera en la ciudad y tomara el oficio

de que hablaba el ermitaño, pues mucho bien derivaría de ello, mayormente por el buen ejemplo que daría a las gentes; pero Blanquerna se excusó y dijo que de ninguna manera se quedaría entre las gentes; y se despidió a la vez de todos rogando, suplicando, pidiendo perdón, si había en algo faltado contra ellos, que le perdonasen y que rogasen por él al Dios glorioso. Cuando Blanquerna hubo terminado sus palabras, el ermitaño solicitó el oficio que había pedido para Blanquerna y concedióselo el papa con su gracia y su bendición.

Blanquerna tomó humildes vestidos de vida eremítica y sobre sí mismo hizo la señal por la que se representa nuestra redención, y besó los pies y las manos del padre apostólico, y llorosamente le encomendó a Dios. El papa le besó y ordenó que dos cardenales le siguieran hasta el eremitorio donde había de habitar, y que si algo allí hubiera de repararse, los dos cardenales le acompañaran y al punto hicieran todo lo necesario. Siguieron los cardenales a Blanquerna y le siguió todo el pueblo hasta la salida de la ciudad. Rogó Blanquerna a los cardenales que regresaran con todo el pueblo y que se quedaran en la ciudad. Pero los cardenales se negaron a ello, y fueron con él hasta la celda en donde habían dispuesto su vivienda.

En aquella habitación había una fuente muy bella, y una capilla antigua, y una celda muy hermosa. Luego, a una milla de aquella ermita, había

también una casa para habitación de un hombre que sirviera a Blanquerna y le preparase la comida, para que Blanquerna pudiera quedar mejor en contemplación. Aquel hombre era un diácono, en cuya compañía quiso estar Blanquerna para que le ayudara todos los días a decir el divino oficio.

Cuando estuvo Blanquerna en su ermita, provisto del ajuar que conviene a un ermitaño, los cardenales se despidieron de él muy agradablemente, encomendándose a sus oraciones, y regresaron a Roma.

CAPITULO XCVIII

De la vida que hacía Blanquerna en su ermita.

Levantábase Blanquerna a media noche y abría las ventanas de la celda para ver el cielo y las estrellas, y comenzaba a orar con la mayor devoción, para que toda su alma estuviera con Dios y sus ojos en lágrimas y en llanto. Cuando Blanquerna había contemplado y llorado largamente hasta maitines, entraba en la iglesia y tocaba maitines, y venía el diácono, que le ayudaba a rezarlos.

Después del alba, decía misa. Celebrada la misa, decía algunas palabras acerca de Dios al diácono para enamorarle de Dios, y ambos hablaban de Dios y de sus obras y lloraban juntos por la gran

devoción que había en las palabras que decían. Después el diácono entraba en el huerto y trabajaba en algunas cosas, y Blanquerna salía de la iglesia y recreaba su alma de las fatigas que había sostenido en su persona, y miraba los montes y los llanos para tomarse algún solaz.

En cuanto Blanquerna se sentía recobrado, entraba en oración y en contemplación, o leía en los libros de la divina Escritura o en el *Libro de Contemplación*, y así estaba hasta hora de tercia. Después rezaba tercia, mediodía y nona, y después de tercia el diácono se volvía y preparaba algunas hierbas o legumbres para Blanquerna. En el huerto o en algunas cosas trabajaba Blanquerna para no estar ocioso, y tener mayor salud en su persona, y comía entre mediodía y hora nona.

Después de comer regresaba solo a la iglesia, en la que daba gracias a Dios. Hecha su oración, durante una hora se iba holgando por el huerto y junto a la fuente, yendo por los lugares donde mejor pudiese alegrar su alma. Luego dormía para mejor poder sostener la fatiga de la noche.

Después de dormir lavaba sus manos y su cara y esperaba hasta tocar vísperas, a las cuales venía el diácono. Y cuando habían rezado vísperas decían las completas, y el diácono se volvía y Blanquerna entraba en consideración de aquellas cosas que más le agradaban y con las que mejor pudiera disponerse a entrar en oración.

Puesto el sol, Blanquerna subía al terrado, sobre su celda, y estaba en oración hasta el primer sueño, mirando al cielo y las estrellas con ojos llorosos y corazón devoto, considerando, pensativo, las honranzas de Dios y las faltas que los hombres cometen en este mundo contra Dios. Tan absorto y con fervor tan grande quedaba Blanquerna en contemplación desde la puesta del sol hasta el primer sueño, que, cuando se había acostado y dormía, le parecía estar con Dios, según había sido su oración.

En esta vida y en esta bienaventuranza estuvo Blanquerna hasta que la gente de aquella comarca vino a tomar gran devoción a las virtudes del altar de la Santa Trinidad que se hallaba en aquella capilla; y por la devoción que le tenían iban a aquel lugar hombres y mujeres que turbaban a Blanquerna en su oración y contemplación. Y para que no perdieran la devoción por aquel lugar, dudaba en decirles que no acudieran a él, y por este motivo mudó Blanquerna su celda a una colina, a una milla de distancia de la iglesia y a otra milla del lugar donde habitaba el diácono; y en aquel lugar yacía y moraba, y no quería ir a la iglesia si en ella había gente, ni que en aquella celda a donde había mudado su vivienda entrara hombre alguno ni mujer.

Así vivía y estaba Blanquerna ermitaño, considerando que nunca se hallara aún en tan placentera

vida ni en tal disposición de exaltar tanto su alma a Dios. Tan santa era la vida que Blanquerna llevaba, que por ella Dios bendecía y enderezaba a cuantos sentían devoción por las virtudes de aquel lugar donde se hallaba la capilla, y el papa, y los cardenales, y sus oficiales quedaban más en gracia de Dios por la santa vida de Blanquerna.

CAPITULO XCIX

De qué manera Blanquerna ermitaño hizo el "Libro de Amigo y de Amado".

Ocurrió un día que el ermitaño que moraba en Roma, según ya hemos dicho, fue a visitar a los ermitaños y a los que vivían en reclusión en la ciudad, y halló que en algunas cosas padecían muchas tentaciones por no saber conducirse de la manera que convenía a su vida; y pensó acudir al ermitaño Blanquerna para que le hiciera un libro de vida eremítica, por el cual pudiera y supiera mantener en contemplación y en devoción a los demás ermitaños. Estando un día Blanquerna en oración, llegó aquel ermitaño a su celda y le rogó acerca del referido libro. Mucho caviló Blanquerna de qué manera haría el libro y sobre qué materia.

Estando Blanquerna en este pensamiento, vínole

en voluntad darse fuertemente a adorar y a contemplar a Dios, para que en la oración Dios le mostrara de qué manera y de qué materia hacer el libro. Mientras lloraba y adoraba Blanquerna, y a la soberana extremidad de sus fuerzas había Dios levantado su alma que le contemplaba, sintióse Blanquerna fuera de manera por el gran fervor y devoción en que estaba, y discurrió que fuerza de amor no sigue manera cuando el amigo ama muy fuertemente a su amado. Por lo que vino en voluntad a Blanquerna hacer un *Libro de amigo y de amado,* en el que el amigo fuese fiel y devoto cristiano, y el amado fuese Dios.

Mientras estaba en esta consideración recordó Blanquerna que una vez, siendo papa, le refirió un sarraceno que tienen los sarracenos algunos hombres religiosos, y entre éstos son de ellos más preciados los llamados "sufíes", que con palabras de amor y ejemplos abreviados dan al hombre gran devoción, y son palabras que necesitan exposición, y por la exposición sube más alto el entendimiento, por cuya elevación aumenta y se levanta a devoción la voluntad. Y así ello considerado, se propuso hacer el libro de la referida manera, y dijo al ermitaño que regresara a Roma y que en breve tiempo le enviaría por el diácono el *Libro de amigo y de amado,* con el que podría multiplicar fervor y devoción en los ermitaños a quien querría enamorar de Dios.

C) FELIX

Así como el Blanquerna *era una novela moralizante, el* Félix *es una novela metafísica, compuesta ciertamente entre 1286 y 1294, muy probablemente hacia 1288/89, en París, "tierra extranjera", donde Ramón, lamentándose de cuán pocos conocen y aman a Dios, envía a su protagonista Félix por todo el mundo para que se maraville de las maravillas de Dios y de la creación, y excite la caridad en los corazones tibios y entorpecidos.*

El título más auténtico de esa obra es el de Llibre de meravelles, *pero ya desde muy pronto comenzó a conocérsele con el nombre de su protagonista,* Félix, *que en ese su continuo vagar por el mundo se encuentra con el ermitaño Blanquerna, de quien aprende graves conocimientos para maravillarse de Dios, los ángeles, el cielo; de los elementos, las plantas, los metales; los animales y el hombre, el paraíso y el infierno.*

El libro VII, de los animales, es de distinta estructura que los restantes: una fábula, más que un bestiario, inspirada a la vez en el Calila y Dimna *oriental y en el* Roman du Renard.

Esta antología recoge el prólogo a toda la obra, y el entero Llibre de les bèsties, *uno de los escritos más deliciosos de toda la producción luliana.*

LIBRO DE MARAVILLAS

Oh, Dios, con la fuerza de tu volunad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría y voluntad, comienza este *Libro de maravillas.*

PRÓLOGO.

En tristeza y angustia vivía un hombre en tierra extraña, sorprendido en gran manera de que las gentes de este mundo conocieran y amaran tan poco a Dios, que ha creado este mundo y lo ha dado a los hombres, en muestra de nobleza y bondad, para ser por ellos muy amado y conocido. Este varón lloraba y se lamentaba de que Dios tuviera en este mundo tan pocos amantes, servidores y loadores. Y, para que fuera conocido, amado y servido, escribe este *Libro de maravillas,* que divide en diez partes, a saber: Dios, Angeles, Cielo, Elementos, Plantas, Metales, Animales, Hombre, Paraíso, Infierno.

Este varón tenía un hijo, a quien mucho quería, que tenía por nombre Félix; y a él dijo estas palabras:

—Hijo querido, la sabiduría, la caridad y la devoción han muerto ya casi; y son pocos los hombres que viven el fin para el que nuestro señor Dios los ha creado. No hay el fervor y la devoción que solía haber en tiempo de los apóstoles y los mártires, que, por conocer y amar a Dios, languidecían y morían. Debes maravillarte de dónde han ido a parar la caridad y la devoción. Vete por el mundo y sorpréndete de por qué los hombres cesan de amar, conocer y alabar a Dios. Toda tu vida vaya encaminada a amar y conocer a Dios, y llora por los pecados de los hombres, que ignoran a Dios y lo desaman.

Obediente fue Félix a su padre, de quien se despidió, con gracia y bendición de Dios. Y, con la doctrina que su padre le dio, andaba por los bosques, por las montañas y los llanos, por desiertos y por poblados, por principados, castillos y ciudades; y se sorprendía de las maravillas que hay en el mundo, y preguntaba lo que no sabía y explicaba lo que ya conocía; y se exponía a trabajos y peligros, con tal de lograr que se hiciese a Dios reverencia y honor.

LIBRO VII. DE LOS ANIMALES

Comienza la séptima parte del *Libro de las Maravillas*, que trata de los animales.

Proemio.

Cuando Félix se hubo despedido del filósofo, y se fué muy agradecido de él, anduvo por un valle, lleno de árboles y fuentes. A la salida del valle halló dos hombres, de barba larga y cabellos crecidos, vestidos pobremente. Félix los saludó y ellos le correspondieron.

—Venerables señores —dijo Félix—, ¿de dónde venís? Y ¿de qué Orden sois? Pues vuestro vestido y vuestro aspecto hacen pensar que pertenecéis a alguna Orden.

—Señor, venimos de lejanas tierras y hemos pasado por una llanura que hay cerca de aquí, donde hay gran cantidad de animales salvajes, que quieren elegir rey. Nosotros somos llamados de la Orden de los Apóstoles. Nuestras vestiduras y nuestra pobreza significan la apariencia en que vivieron los Apóstoles mientras vivían en este mundo.

Mucho se sorprendió Félix de aquellos dos hombres, porque habían llegado a tan alta Orden como es la de los Apóstoles, y les dijo:

—La Orden de los Apóstoles es la mayor de todas; y quien pertenece a ella no debe vacilar ante la muerte, y debe ir a enseñar a los infieles que están en el error la senda de la salvación, y con su propia vida y su predicación debe dar doctrina de santa vida a los cristianos que están en pecado.

Un tal hombre que sea de esta Orden de Apóstol, no puede dejar de orar y hacer buenas obras con todas sus fuerzas.

Tales palabras y muchas otras dijo Félix a los dos hombres que se llamaban de la Orden de los Apóstoles.

—Señor —dijeron aquellos dos hombres—, nosotros no merecemos estar en tan alta vida como estaban los Apóstoles, pero somos figura de la conversación de los apóstoles, la cual figura se representa en nuestros vestidos, en nuestra pobreza y en la peregrinación que hacemos por el mundo de tierra en tierra. Nosotros esperamos en Dios que El enviará al mundo hombres de santa vida que sean de la Orden de los Apóstoles, y que aquéllos sepan ciencia y lenguas con que sepan predicar y convertir a los infieles, con la ayuda de Dios, y den a los cristianos buen ejemplo por la vida y santas palabras. Y para que Dios se apiade de ellos y los cristianos deseen el advenimiento de tales hombres, representamos nosotros en figura a los Apóstoles.

Agradó mucho a Félix lo que le decían aquellos dos varones y lloró junto con ellos largamente, y dijo estas palabras:

—¡Ah, Señor Dios Jesucristo! ¿Dónde está aquel santo fervor y devoción que solía haber en los Apóstoles, que por conoceros y amaros no dudaban en afrontar penalidades y muerte? Buen Señor Dios: plázcaos que en breve llegue tiempo en que

se haga realidad la santa vida que se significa en la figura de la vida de estos hombres.

Luego de estas palabras, Félix encomendó a Dios a los santos varones y se dirigió al lugar aquel donde los animales querían elegir rey.

CAPITULO XXXVII

De la elección del rey.

En una hermosa llanura, por donde corría un agua bella, había gran número de animales salvajes que querían elegir rey. Acordó la mayoría que el león debía ser rey. Pero el buey se oponía muy enérgicamente a aquella elección, y dijo estas palabras:

—Señores, a la nobleza del rey le conviene la belleza de la persona, y que sea grande y humilde, y que no cause daño a sus gentes. El león no es un animal grande, ni es animal que viva de hierba; antes come los animales. El león tiene una habla y una voz que nos hace estremecer a todos cuando ruge. Pero, por mi consejo, vosotros elegiréis para rey al caballo, pues el caballo es un animal grande, bello y humilde; el caballo es animal ligero, no tiene orgullo en el rostro y no come carne.

Mucho agradó al ciervo, al rebeco, al carnero y a los demás animales que viven de hierba lo que el

buey decía. Pero el zorro se adelantó a hablar ante todos, y dijo estas palabras:

—Señores, cuando Dios creó el mundo no lo creó por la intención de que el hombre fuera conocido y amado, antes lo hizo para que El fuese amado y conocido por el hombre, y, según tal intención, Dios quiso que el hombre fuese servido por los animales, aunque el hombre viva de carne y de hierba. Y vosotros, señores, no debéis mirar la intención del buey, que aborrece al león porque come carne; antes, debéis seguir la regla y ordenanza que Dios ha dado y ha puesto en las creaturas.

Por la otra parte alegó el buey, con sus compañeros, contra las palabras del zorro, y dijo que aquello porque él decía que el caballo fuese rey, pues el caballo come hierba, aparecía que él y sus compañeros tenían verdadera intención en la elección del rey; pues, si tuvieran en ellos intención falsa, no dirían que el caballo, que come la hierba que ellos comen, fuese rey. Y ellos no debían creer al zorro en la elección del rey, pues el zorro prefiere y quiere que el león sea rey porque vive de los desperdicios que le sobran al león cuando ha comido la caza que ha cogido, que no hace por la nobleza del león.

Tantas palabras hubo por una parte y otra, que toda la corte se turbó y la elección fue impedida; y el oso, el leopardo y el lince, que tenían esperanza de ser elegidos para rey, dijeron que la corte se

alargara hasta otro tiempo en que hubiesen determinado qué animal es más digno de ser rey. El zorro conoció que el oso, el leopardo y el lince diferían la elección, porque cada uno tenía esperanza de ser rey, y dijo, en presencia de todos, estas palabras:

—En una iglesia catedral se hacía elección, y había disensión en el capítulo sobre la elección del obispo, pues unos canónigos querían que fuera obispo el sacristán de aquella iglesia, el cual era hombre muy sabio en letras y estaba lleno de virtudes. El arcediano procuraba ser elegido obispo y el capiscol otro tanto, y se oponían a la elección del sacristán, y consentían que fuera obispo un canónigo simple, que era de bella presencia y no tenía ningún saber. Aquel canónigo era flaco de espíritu y era muy lujurioso. Mucho se maravilló todo el capítulo de lo que el arcediano y el capiscol decían. Y en aquel capítulo había un canónigo que dijo estas palabras: "Si el león es rey y el oso, el lince y el leopardo han estorbado su elección, estarán siempre en desfavor del rey; y si el caballo es rey, y el león comete alguna ofensa contra el rey, ¿cómo podrá tomar venganza de él el caballo, que no es animal tan fuerte como el león?"

Cuando el oso, el lince y el leopardo hubieron oído el ejemplo que había dicho el zorro, temieron fuertemente al león, y consintieron en la elección y quisieron que el león fuera rey. Por la fuerza del oso y de los demás animales que comen carne, a

pesar de los animales que comen hierba, fuė elegido el león para ser rey; el cual león dio licencia a todos los animales que comen y viven de carne para que comiesen y viviesen de los animales que comen hierba.

Sucedió un día que el rey estaba en parlamento y trataba de la ordenación de su Corte. Todo aquel día, hasta cerca de la noche, estuvieron en parlamento el rey y sus magnates, que no habían comido ni bebido. Y cuando hubieron tenido parlamento, el león y sus compañeros tuvieron hambre y preguntaron al lobo y al zorro qué podrían comer; y ellos respondieron y dijeron que era tarde para poder buscar comida; pero que cerca de aquel lugar había un ternerillo, hijo del buey, y un potro, hijo del caballo, de que podría comer abundantemente. El león envió por ellos a aquel lugar e hizo venir al ternerillo y al potro, y se los comieron.

Mucho se indignó el buey por la muerte de su hijo, y lo mismo el caballo; y juntos se vinieron al hombre para servirle y para que los vengara del agravio que su señor había cometido contra ellos. Cuando el buey y el caballo se hubieron presentado al hombre para servir, el hombre montó el caballo e hizo arar al buey.

Un día se encontraron el caballo y el buey, y cada uno preguntó al otro por su estado. El caballo dijo que estaba muy fatigado de servir a su señor, pues todo el día lo montaba y lo hacía correr de

arriba a abajo y de noche y de día lo tenía sujeto. Mucho deseó el caballo salir del servicio de su señor y volviera gustosamente a ser súbdito del león; pero, porque el león come su carne y él tuvo algún voto para la elección de rey, vaciló en volverse a la tierra en que reinaba el león y prefirió estar en trabajo bajo el señorío del hombre, que no come carne de caballo, que en compañía del león, que come carne de caballo.

Cuando el caballo hubo contado su vida al buey, le dijo el buey que él estaba todo el día en gran trabajo de arar y que el trigo que germinaba la tierra que él araba no se lo dejaba su señor comer, sino que, cuando le desuncía del arado, debía ir a pacer las hierbas que habían ya pastado las ovejas y las cabras mientras él araba. Mucho se quejó el buey de su señorío y el caballo le consolaba cuanto podía.

Mientras el buey y el caballo hablaban así, vino un carnicero a ver si el buey estaba cebado, pues su señor lo había puesto en venta. Con lo que el buey explicó al caballo que su señor lo quería vender y quería hacerlo matar y comer a los hombres. Dijo el caballo que mal galardón le daba por el servicio que le había hecho. Largamente lloraron el caballo y el buey; y el caballo aconsejó al buey que huyese y que se volviese a su tierra, pues más le valía estar reposadamente en peligro de muerte,

entre sus parientes, que en trabajo y con un señor desagradecido.

CAPITULO XXXVIII

Del consejo del rey.

Cuando el león fuè elegido rey, tuvo ante todo su pueblo un bello discurso, y dijo estas palabras:

—Señores, ha sido vuestro querer que yo fuera rey. Sabed todos que el oficio de rey es muy peligroso y es de gran trabajo. Es peligroso, pues por los pecados del rey sucede muchas veces que Dios envía a la tierra hambre, enfermedades, guerras y muertes. Y lo mismo hace por los pecados del pueblo. Y por eso es cosa expuesta para el rey el gobernar y su reinado es cosa expuesta para todo su pueblo. Y porque es una gran carga para el rey gobernarse a sí mismo y a su pueblo, os ruego a todos juntos que me déis consejeros que me ayuden y asesoren, de manera que haya salvación para mí y para mi pueblo. Y os pido que los consejeros que me diéreis sean hombres sabios y leales, y tales que merezcan ser consejeros y estar en compañía del rey.

A todos los magnates y al pueblo de aquella Corte pluguieron las palabras que había dicho el rey y se consideraron bien avenidos en la elección del

rey. Se acordó que el oso, el leopardo, el lince, la serpiente y el lobo fuesen consejeros del rey. Todos éstos, en presencia de la Corte, juraron dar al rey leal consejo en todo cuanto pudieran. Pero desagradó mucho al zorro no haber sido elegido consejero del rey. Y en presencia de la Corte dijo estas palabras:

—Según se halla escrito en el Evangelio, Jesucristo, que es rey del Cielo y de la Tierra, quiso tener amistad y compañía, en este mundo, de hombres sencillos y humildes; y por eso eligió a los Apóstoles, que eran hombres sencillos y pobres, con el significado de que su virtud los levantara y que ellos no fuesen más humildes. Por lo cual, corrigiéndoos a todos vosotros, digo que me parece que el rey debería tener en su consejo animales sencillos y humildes, porque no se enorgullecieran de su poder o su linaje y no quisieran igualarse con el rey, y que a los animales sencillos y que se alimentan de hierbas sirviera de ejemplo, de esperanza y de humildad.

Al elefante, al jabalí, al macho cabrío, al carnero y a los demás animales que comen hierba les pareció bien lo que decía el zorro. Y todos ellos aconsejaron al rey que el zorro, que hablaba bien y tenía gran sabiduría, fuera del consejo del rey. Y el zorro a su vez aconsejó y tuvo por bueno que el elefante, el jabalí, el macho cabrío y el carnero fueran asimismo del consejo del rey.

Muy pensativos quedaron el oso, el leopardo y el lince al oír que el zorro fuera del consejo del rey, pues concibieron mucho miedo de que el zorro, con su verborrea y su astucia, los hiciera incurrir en la ira del rey, y tanto más cuanto que el zorro había apoyado, más que ningún otro animal, la elección del rey.

—Señor —dijo el leopardo al rey—, está en vuestra Corte el gallo, que es bello personaje y es sabio y sabe ser señor de muchas gallinas. El canta limpia y hermosamente en la aurora, por lo cual más conviene sea él de vuestro consejo que el zorro.

Dijo el elefante que era bueno que el gallo fuera del consejo del rey, para que le diera ejemplo de cómo debía regir y reducir a sujeción a sí a la reina, y para que lo despertara al amanecer, y para que rogara a Dios. Y que también el zorro era bueno para consejero del rey, pues es animal sabio y conoce muchas cosas.

Replicó el leopardo que no conviene que en el consejo del rey haya dos personas que por naturaleza estén mal avenidas, pues por la malevolencia que se tienen podría turbarse el consejo del rey. Por su parte, habló el zorro y dijo que tocaba al consejo del rey que hubiese en él animales hermosos y grandes, como el elefante, el jabalí, el macho cabrío, el carnero y el ciervo, pues en presencia del rey es conveniente la belleza de la persona.

Estuvo en la voluntad del rey que el zorro y sus

compañeros fueran de su Corte y su consejo. Y se hubiera hecho, pero el leopardo dijo secretamente al rey estas palabras:

—Señor, un conde estaba en guerra con un rey; y pues el conde no era tan poderoso como el rey, se servía astutamente de la guerra del rey; es, a saber, que el conde aquel dio secretamente grandes regalos al secretario del rey, para que le hiciera saber todos los planes y acciones que seguiría el rey en su guerra contra el conde. Y por eso aquel secretario estorbaba el poder del rey, que no podía poner término a la guerra del conde.

Cuando el leopardo hubo acabado sus palabras y el león hubo comprendido la semejanza, decidió que el gallo fuera de su Corte y no quiso que el zorro fuese de su Corte, para que no hiciese saber al elefante y a los demás animales que comen hierba los planes del soberano y de sus compañeros que comen carne.

CAPITULO XXXIX

De la traición que el zorro tramó contra el rey.

Mucho desagradó al zorro y a sus compañeros no haber sido del consejo del rey; y en aquel instante concibió el zorro en su corazón traición y

deseó la muerte del rey. Y dijo al elefante estas palabras:

—Desde hoy habrá gran enemistad entre los animales que comen carne y los que comen hierba. Pues el rey y sus consejeros se alimentan de carne y vosotros no tendréis en su consejo ningún animal que sea de vuestra naturaleza y defienda vuestro derecho.

Respondió el elefante y dijo que tenía esperanza en la serpiente y el gallo, que razonasen su derecho en la Corte del rey, por ser animales que no vivían de carne. Replicó el zorro y dijo que en cierto país sucedió que un cristiano tenía un esclavo musulmán de quien mucho se fiaba y a quien daba muchos gustos; y el musulmán, por ser por ley contrario a él, no le podía profesar simpatía, antes, pensaba cada día cómo matarle.

—Y por eso, señor elefante —dijo el zorro—, la serpiente y el gallo son de linaje tan extraño a vos y a vuestros compañeros que, aunque no coman carne, por todo eso no debéis confiar en ellos; antes, tened por cierto que consentirán en todo lo que sea en perjuicio vuestro y de vuestros compañeros.

En gran preocupación quedó el elefante por las palabras que le había dicho el zorro, y meditó largamente el daño que a él y a sus compañeros les podría sobrevenir de la elección del rey que habían hecho y por sus consejeros. Mientras así pensaba el elefante, le dijo el zorro que no debía temer al

rey ni a sus compañeros, pues si él quería ser rey, él planearía por qué podría ser rey.

Pero el elefante desconfió del zorro que no lo traicionase, pues por naturaleza debía amar más a los animales que comen carne que a los animales que comen hierba. Y dijo al zorro estas palabras:

—Sucedió en cierto lugar que un milano se llevaba una rata, y un ermitaño rogó a Dios que aquella rata cayera sobre sus rodillas. Por las oraciones del santo varón Dios hizo caer la rata en las rodillas de aquel ermitaño, el cual rogó a Dios que hiciese de ella una bella doncella. Dios escuchó las preces del ermitaño e hizo de la rata una doncella. "Hermosa doncella", dijo el ermitaño, "¿queréis vos al sol por marido?" "No, señor —dijo ella—, pues al sol le quitan las nubes su claridad." Y el ermitaño le preguntó si quería por marido la luna, y ella dijo que la luna no tenía la luz por sí misma, sino la tenía por el sol. "Hermosa doncella —dijo el ermitaño— ¿queréis por esposo la nube?" Respondió que no, pues el viento llevaba las nubes donde él quería. La doncella no quiso al viento por esposo porque las montañas le impedían sus movimientos; ni quiso las montañas porque los hombres las perforaban; ni quiso por marido al hombre porque mataba las ratas. Al fin, la doncella rogó al ermitaño que pidiera a Dios que la convirtiera en rata, como era antes, y que le diera por marido un hermoso ratón.

Cuando el zorro hubo oído el ejemplo, conoció que el elefante tuvo sospecha de él y se temió no lo descubriera. Y dijera con gusto al jabalí que fuera rey, igual que lo había dicho al elefante; pero para que no conocieran muchos su corazón quiso lograr a toda costa que el elefante fuera rey, y dijo estas palabras:

—En una tierra sucedió que un caballero tenía un hermoso hijo de una dama. Sucedió que la mujer de aquel caballero murió y el caballero tomó otra mujer, la cual aborreció mucho al muchacho, a quien su marido mucho quería. Cuando aquel muchacho tuvo veinte años, la dama pensó la manera por la cual hiciera a su marido desterrar a su hijo de su casa, y dijo a su marido que el muchacho la había solicitado ilícitamente. Tan fuertemente amaba el caballero a su mujer, que inmediatamente le creyó todo esto que le había dicho y echó à su hijo de su casa y le mandó que nunca más estuviera en su presencia. El muchacho se sintió muy movido a ira contra su padre, porque sin razón lo había echado de su casa y le había quitado su gracia.

Según el ejemplo que el zorro había dicho, se consoló en parte el elefante, y tuvo esperanza en lo que el zorro le había dicho de que sería rey; y dijo al zorro cómo podría tramar que el rey muriese, siendo así que el rey era persona tan

fuerte y tenía tan sabio consejo, y el zorro animal tan insignificante y con poder tan baladí.

El zorro contestó y dijo este ejemplo:

—En una tierra sucedió que todos los animales acordaron dar todos los días un animal al león para que no los castigara en su cazar, y el león les dejó libres. Todos los días aquellos animales echaban suertes, y aquel animal sobre quien caía la suerte iba al león y lo comía. Un día sucedió que cayó la suerte sobre una liebre y aquella liebre tardó en ir al león hasta la hora de mediodía, porque temía morir. Mucho se indignó el león porque había tardado tanto la liebre, pues tenía gran hambre, y dijo a la liebre por qué había tardado tanto. Y la liebre se excusó y dijo que cerca de aquel lugar había un león que decía que era rey de aquella tierra y que había intentado cogerla. El león se indignó mucho y quiso cerciorarse de que era verdad lo que la liebre le hubo dicho, y dijo que le mostrara el león. La liebre se puso primera y el león la siguió; y la liebre vino a un gran estanque de agua, que estaba en una balsa que estaba rodeada por todas partes de un gran muro. Cuando la liebre estuvo sobre el agua, y la sombra de ella y del león aparecieron en el agua, dijo la liebre al león: "Señor, ved el león que está aquí en el agua, y quiere comer una liebre." El león imaginó que su sombra era león y saltó al agua para combatir con aquel león. El león se

ahogó y murió en el agua, y la liebre, con su astucia, permaneció porque había hecho morir al león.

Cuando el elefante hubo oído el ejemplo, dijo él al zorro este ejemplo:

—Un rey tenía dos donceles que cuidaban de su persona. Un día sucedió que el rey estaba sentado en su trono y había ante él un gran número de otros magnates y caballeros. Uno de aquellos donceles estaba delante de él y vio, en una vestidura de jamete blanco que vestía el rey, una pulga. El muchacho dijo al rey que le plugiera que él se acercara y cogiera una pulga que había en su manto; el rey concedió permiso al doncel para que se acercara y el muchacho cogió la pulga, y el rey quiso ver la pulga y mostróla a sus caballeros; y dijo que era muy sorprendente que un tan insignificante animal osara acercarse al rey. El rey hizo dar al muchacho cien besantes. Y el otro doncel tenía envidia de su compañero y al día siguiente puso un gran piojo en el manto del rey, y dijo al rey palabras semejantes a las que había dicho su compañero. El muchacho dio el piojo al rey y el rey se espantó fuertemente y le dijo que él era digno de muerte, porque no preservaba de los piojos sus vestiduras; e hizo dar a aquel doncel cien azotes.

El zorro comprendió que el elefante tenía miedo de ser rey y se sorprendió porque en una persona

tan grande como la suya podía caber tanto miedo. Y dijo al elefante estas palabras:

—Se cuenta que la serpiente, con Eva, que era una sola mujer, hizo incurrir en la ira de Dios a Adán y a todos sus descendientes. Por tanto, si la serpiente, con Eva, tramó tanto daño, bien puede suceder que yo, con mi tino y mi astucia, pueda tramar que el rey incurra en la ira de su pueblo.

En aquella hora en que el zorro le hubo contado el ejemplo de Eva, consintió el elefante en la traición del rey, y dijo al zorro que él sería gustosamente rey, siempre que el zorro hubiera hecho morir al rey. El zorro dijo al elefante que él haría que el rey muriese, y el elefante prometió al zorro grandes recompensas y grandes honores si él procuraba que fuera rey.

CAPITULO XL

DE CÓMO EL ZORRO FUE ELEGIDO PORTERO DEL REY.

En la Corte del rey se decidió que el gato fuera ayuda de cámara del rey y el perro fuera portero. El gato fuė ayuda de cámara para que se comiera las ratas, que destruían las ropas, y porque se asemejaba al rey en su porte. El perro fuė portero porque sentía a distancia y ladraba, y hacía conocer al rey aquellos que venían a él. Estando

el gato y el perro en sus oficios, el zorro fue a buscar al buey y al caballo, que se habían marchado de la Corte del rey, y encontró al buey en el camino, que se volvía a la Corte.

En una hermosa llanura se encontraron el zorro y el buey. Cada uno saludó al otro muy agradablemente y el buey contó al zorro su estado, es, a saber: cómo había ido completamente libre al hombre y cómo el hombre le había tenido largo tiempo en servidumbre y, al fin, cómo le quiso vender a un carnicero que lo quería matar. Por otra parte, el zorro expuso al buey la situación de la Corte del rey, según arriba se ha explicado.

—Señor buey —dijo el zorro—, ¿cuáles son ahora vuestros proyectos?

Y el buey dijo al zorro que él iba a estar en la Corte del rey, y huía del hombre, que lo había querido vender y hacer matar. El zorro dijo al buey estas palabras:

—En un reino sucedió que hubo un rey de muy malas costumbres y tuvo muy mal consejo, y por la malicia del soberano y su consejo estaba todo aquel reino en penalidad y en ira de Dios, pues era inimaginable el daño que el rey y su consejo cometían contra la gente que estaba en aquel reino. Tan largo tiempo duró el mal que el rey y su consejo hacían en aquella tierra, que la gente no lo pudo aguantar más, y por la mala vida y el

mal ejemplo del rey y de su consejo, la gente deseaba la muerte del rey y de su consejo.

El buey entendió lo que le había dicho el zorro, que el rey y su consejo era malvado, y vaciló en ir a vivir bajo un mal gobierno. Y habló al zorro estas palabras:

—En una ciudad hubo un obispo que era muy contrario a su oficio, y por la malicia y la deshonestidad del obispo y por el mal ejemplo que daba a su capítulo y a las gentes de aquella ciudad, se seguía mucho daño y se perdía mucho bien que se hiciera en aquella ciudad si el obispo fuera el que debía ser, según la regla y la doctrina que Jesucristo dió de ello a los apóstoles y a sus sucesores. Ocurrió un día que el obispo cometió una grave falta y luego se fuė a celebrar misa. En tan grande abominación tuvo un clérigo la falta que cometía el obispo, que abandonó aquella ciudad y fuė a convivir con los pastores en los bosques, y dijo que era mejor estar con los pastores que guardan sus ovejas de los lobos, que con un pastor que mata a sus ovejas y las entrega a los lobos.

Cuando el buey hubo contado el ejemplo, dijo al zorro que se desterraría de toda aquella tierra y que no quería someterse al rey ni a su consejo, pues era malo en su gobierno.

—Señor buey —dijo el zorro—, ¿habéis oído la petición que un ermitaño hizo a un rey?

—Y ¿qué petición fue aquélla?—, preguntó el buey.

Contó el zorro que, en un monte muy elevado, vivía un santo eremita.

—Aquel eremita era varón de muy santa vida y oía a diario muchas quejas del rey de aquella tierra, que era hombre pecador de mal gobierno, y las gentes decían de él mucho mal al santo varón. El santo varón se compungió mucho de la mala vida que había en el rey y tuvo devoción de poderlo inducir a buena vida. El buen hombre descendió de su ermita y fuése a una hermosa ciudad, en que vivía el rey. "Señor —dijo el buen hombre al rey—, ¿qué cosa os parece que es más agradable a Dios en este mundo: la vida de un eremita o la vida de un rey que tenga buenas costumbres en gobernar a su pueblo?" Largamente meditó el rey en la pregunta antes de responder; y, por fin, dijo que la vida de un rey en buenas obras es ocasión de mayor bien que la vida eremítica. "Señor —dijo el ermitaño—, me doy por muy satisfecho de vuestra respuesta, según la cual se significa que un mal rey causa más daño en su reino, que no es el bien que puede hacer ningún eremita en su ermita. Y por eso he venido hasta vos y he descendido de mi ermita, y propuse estar con vos tan largo tiempo, hasta que vos y vuestro reino estéis en buen estado, hablándoos palabras de Dios, por las cuales tengáis amor

a Dios y tengáis de El conocimiento y temor." Aquel eremita estuvo largo tiempo en la Corte del rey hablando buenas palabras de Dios, por las que el rey se convirtió a buena vida y todo su reino estuvo en buen gobierno.

Cuando el zorro hubo dicho el ejemplo, dijo el zorro estas palabras:

—Señor buey, vos sois un animal semejante al eremita y, si vos aceptáis, yo os daré consejo por el cual podréis inducir al rey, mi señor y vuestro, a buena vida, y se seguirá mucho bien de lo que vos haréis.

Prometió el buey al zorro que él haría todo el bien que podría hacer para que el rey y su pueblo estuviesen por ello en buen estado. Entonces el zorro aconsejó al buey que estuviese en una hermosa pradera que estaba cerca del lugar donde estaba el rey y sus magnates, y que comiese y descansase, para que fuera hermoso de ver y que estuviese fuerte para bramar.

—Apenas —dijo el zorro— vos, señor buey, estéis repuesto y fuerte, bramáis lo más fuerte que podáis, tres veces al día y tres por la noche, y, mientras, yo habré hablado al rey de vuestro estado.

El buey se atuvo al consejo del zorro, y el zorro se volvió a la Corte del rey. Cuando el buey hubo descansado mucho y estuvo fuerte, comenzó a bramar fuertemente. Y entonces, cuando el zorro oyó que el buey bramaba, se presentó ante el rey y es-

túvose ante él, mientras el buey bramaba. En tanto miedo estuvo el rey mientras el buey bramaba, que no podía evitar ni asegurarse de estremecerse; y tuvo vergüenza de sus magnates, pues temió que le tuvieran por cobarde.

Mientras el león estaba así atemorizado, y ninguno de los magnates sabía advertir el miedo que el rey pasaba, el zorro se acercó al monarca, y cantó el gallo y el perro ladró, porque el zorro se había acercado al rey. Pero al rey le agradó que el zorro estuviese cerca de él y le preguntó si sabía de qué animal era aquella voz que oía, pues mucho le parecía debía ser bestia muy grande y fuerte, según la voz que tenía.

—Señor —dijo el zorro—, en un valle había un juglar colgado su tambor de un árbol y lo hacía golpear en las ramas del árbol. Por el golpeteo que el tambor hacía de sí mismo en el árbol salía del tambor una gran voz, que hacía resonar todo aquel valle. Había una mona en aquel valle que oyó el ruido, y se vino al tambor. Aquella mona imaginó que porque la voz era grande, que así estaría lleno el tambor de manteca o de alguna cosa que fuese buena para comer. La mona desgarró el tambor, y lo halló todo vacío. De la misma manera, señor —dijo el zorro al león—, podéis pensar que esta voz que oís es de un animal que está vacío, y no tiene la fuerza que la voz significa; por lo cual sois vos fuerte y valiente de espíritu, pues no le está bien

a un rey ser miedoso ni que tenga miedo de lo que no sabe qué es.

Mientras el zorro decía estas palabras al rey, el buey gritó y bramó muy fuertemente; y de tal manera gritó, que hizo retemblar todo aquel lugar en que estaba el león y a éste y a sus compañeros hizo estremecer. No pudo evitar el rey dar muestras de pavor, y dijo que si la fuerza de aquella bestia era proporcionada a su voz, mal lo harían permanecer en aquel lugar. El buey bramó otra vez y el león y todo su consejo se llenaron de pánico; pero el zorro no diò muestra alguna de miedo, antes estuvo alegremente ante el rey y su consejo.

Mucho se sorprendió el rey del zorro que no tuviera miedo, y lo mismo hicieron todos los demás. Y el rey dijo al zorro estas palabras:

—Zorro, ¿cómo es posible que tú no tengas miedo de esta voz tan fuerte y tan extraña? Ya ves tú que yo, que soy tan poderoso, y el oso, y el leopardo, y muchos otros animales, que son más fuertes que tú, sentimos pánico de esta voz.

Respondió el zorro al rey, y dijo estas palabras:

—Un cuervo tenía su nido en una roca y todos los años una serpiente se comía sus polluelos. El cuervo sentía gran aversión a aquella serpiente que le devoraba sus hijos, y no se atrevía a pelear con la serpiente porque no era tan poderoso que pudiese vencerla por fuerza de armas. Aquel cuervo pensó valerse de la astucia contra la serpiente, pues

que la fuerza le faltaba. Sucedió que un día la hija de un rey jugaba con sus doncellas en un jardín y había colgado su diadema de oro, plata y piedras preciosas en la rama de un árbol. El cuervo cogió aquella diadema y voló lentamente por el aire, hasta que muchos hombres le siguieron para ver dónde dejaría la diadema que tanto amaba la hija del rey, y que lloraba muy fuertemente, porque el cuervo se llevaba la diadema. El cuervo dejó la diadema en el sitio donde estaba la serpiente, y los hombres, cuando llegaron a coger la diadema, vieron la serpiente y la mataron; y de esta manera el cuervo, por arte y astucia, se valió de otros contra la serpiente. Del mismo modo, señor —dijo el zorro al león—, yo tengo tanta arte y astucia que, si sucedía que no podía vencer por fuerza de armas a esta bestia que tiene voz tan fuerte y un bramido tan terrible, me valdría de arte y astucia, de modo que la haría morir de mala muerte.

Cuando el zorro hubo dicho su ejemplo, la serpiente, que era uno de los consejeros del rey, contó este otro:

—En un estanque había un pato salvaje, acostumbrado tiempo hacía a pescar. Aquel pato envejeció, y por vejez perdía muchas veces su caza. El pato excogitó arte y manera de valerse de arte y astucia, por la cual arte fuè el pato ocasión de su muerte.

El león suplicó a la serpiente que contara de qué manera el pato ocasionó su propia muerte.

—Señor rey —dijo la serpiente—, aquel pato estuvo un día hasta la noche sin querer pescar, y se estaba a la orilla del estanque muy triste. Un cangrejo se maravilló del pato, porque no pescaba como solía, y le preguntó por qué estaba tan meditativo. El pato se lamentaba y dijo que sentía muy grande lástima de los peces de aquel estanque, con quienes había convivido largo tiempo, y sentía mucho su muerte y su daño, pues dos pescadores pescaban en un estanque y proponían venirse a éste cuando lo hubieran hecho en el otro. "Aquellos pescadores son sabios maestros de pescar, pues ningún pez les puede escapar, y cogerán todo el pescado de este estanque." El cangrejo, que oyó estas palabras, cobró gran miedo, y lo dijo a los peces que había en aquel estanque. Se unieron todos los peces que había en aquel estanque y acudieron al pato, a quien rogaron les aconsejara. "No hay otro consejo —dijo el pato— que uno, a saber: que yo os lleve a todos, de uno en uno, a un estanque que hay cerca de aquí, a una legua. En aquel estanque hay muchos juncos, y hay mucho cieno, por lo que los pescadores no os podrán hacer daño allí." A todos los peces les pareció bien y cada día el pato cogía tantos peces como quería y hacía ver que los llevaba a un estanque, y se detenía en una loma, y se comía el pez que llevaba y luego volvía por otro.

Eso lo hizo el pato mucho tiempo y así vivía sin el trabajo de pescar. Sucedió un día que el cangrejo le pidió que le llevara a aquel estanque. El pato extendió su cuello y el cangrejo se cogió al cuello del pato con sus dos manos. Mientras el pato así volaba con el cangrejo que llevaba en su cuello, el cangrejo se sorprendía porque no veía el estanque al cual imaginaba que le llevaba el pato. Y cuando el pato estuvo cerca de aquel lugar en que solía comerse los peces, el cangrejo viō las espinas de los peces que el pato había comido y comprendió el engaño que hacía el pato. Dijo el cangrejo: "Mientras estás a tiempo, te es necesario que te valgas contra este traidor, que tiene intención de comerte." Entonces el cangrejo apretó tan fuertemente el cuello del pato, que se lo rompió, y el pato cayó muerto en tierra y el cangrejo se volvió a sus compañeros, a quienes contó la traición que les hacía el pato, por la cual traición el pato fue ocasión de su muerte.

—Señor —dijo el zorro—, en aquel tiempo, cuando Dios echó a Adán del Paraíso, maldijo Dios a la serpiente, que había aconsejado a Eva que comiese del fruto que Dios había vedado a Adán, y de estonces acá todas las serpientes son horribles a la vista y son venenosas. Y por la serpiente han venido todos los males que hay en el mundo. Y por esto, un hombre sabio hizo echar una serpiente

del consejo del rey, a la cual serpiente el rey mucho quería.

El león dijo al zorro que contara aquel ejemplo.

—Señor —dijo el zorro—, un rey había oído hablar de un santo varón que poseía muy gran sabiduría y envióle a buscar. Aquel santo varón vino al rey y el rey le rogó que se estuviera con él y que le aconsejara cómo pudiese gobernar su reino, y que lo reprendiera de algunos vicios, por poco que los advirtiera. El santo varón estuvo con el rey, por intención de aconsejarlo a hacer buenas obras y a evitar el mal. Un día sucedió que el rey tenía consejo sobre un asunto importante que había acaecido en su reino. Cerca de aquel rey había una gran serpiente, con la cual se aconsejaba más el rey que con todos los demás. Aquel santo varón, cuando vio la serpiente, preguntó al rey qué cosa significaba el rey en este mundo; el rey dijo que estaba puesto en este mundo en representación de Dios, es decir, que el rey conserve en la tierra la justicia y que gobierne el pueblo que Dios le ha confiado. "Señor —dijo el sabio—, ¿qué animal fué el más opuesto y contrario a Dios entonces cuando hubo creado el mundo?" Y el rey dijo que la serpiente. "Señor rey —dijo el sabio—, de la respuesta que me habéis dado se deduce que vos debéis dar muerte a la serpiente. Y cometéis gran pecado por tenerla en vuestra Corte, pues si vos representáis la imagen de Dios en cuanto hay, debéis aborrecer cuanto

Dios aborrece, mayormente lo que Dios más aborrece." Por las palabras que el santo varón dijo al rey, el rey dio muerte a la serpiente, sin que ésta pudiese valerse de arte o astucia contra la muerte.

Cuando el zorro hubo contado su ejemplo, el buey bramó, gritó, y tan fuertemente, que hizo retemblar todo aquel lugar, y el león y todos los demás tuvieron gran miedo. Así que el zorro dijo al rey que si él lo quería, que iría al animal de quien la voz tan extraña salía, y vería si podía llevarlo al rey para que formara parte de su séquito. Al rey y a todos los demás les agradó que el zorro fuese a ver a aquel animal que voceaba. El zorro rogó al rey que si a tanto llegaba que sucediese que pudiese llevar a la Corte del rey a aquel animal, a quien él iba, que estuviese en la Corte salvo y seguro, y que nadie hiciera daño a su persona ni cometiera contra él villanía. Y el león, ante todo su consejo, otorgó al zorro todo lo que le había pedido.

Con esto, el zorro vino a aquella pradera donde estaba el buey en descanso. Y el buey, cuando le vió, alegróse de su llegada. Los dos se saludaron cordialmente, y el zorro le contó todo lo que había pasado desde que él se marchara de allí.

—Buen amigo —dijo el zorro—, vos iréis ahora a la presencia del rey, y estaréis con rostro humilde, y adoptaréis en vuestros ademanes aires de gran sabiduría; yo diré que vos habéis tenido gran contrición porque habéis estado tanto tiempo fuera

del dominio del rey, y vos, delante de todos, pedís perdón al rey porque os fuisteis a estar con el hombre y os pusísteis bajo el señorío de otro. De tal manera, buen amigo —dijo el zorro—, habláis y estáis en presencia del rey y su Corte, que el rey y todo su consejo se alegren de vuestras palabras y vuestros gestos. Y le dáis noticias al rey del estado de los hombres y le aconsejáis que tenga amistad con el rey de los hombres.

El buey y el zorro se vinieron a la Corte del rey; y cuando el rey y sus magnates vieron venir al buey y al zorro, reconocieron el rey y todos los demás al buey, y se avergonzaron del miedo que le habían tenido. El rey se sorprendió porque el buey podía tener una voz tan grande, tan alta y tan terrible. El buey hizo a su señor la reverencia que se le debe a un soberano, y el rey le preguntó por su estado y el buey le contó todo lo que le había acontecido mientras estuvo en la servidumbre del hombre. El rey le dijo que se maravillaba porque él había cambiado tanto su voz, y el buey dijo que él voceaba con temor y contrición porque se consideraba mal visto por el rey y toda su Corte, por cuanto tan largo tiempo lo había abandonado por otro señorío. Y porque el temor y la contrición hacían temblar su espíritu, por eso había cambiado su voz, que significaba temor, terror y espanto, pues brotaba de un cuerpo en que había un corazón atemorizado

y penitente. El buey pidió perdón al rey y el rey lo perdonó en presencia de toda su Corte.

Luego de esto, el rey preguntó al buey por el estado del rey de los hombres; y el buey le dijo que verdad había dicho una serpiente que la peor bestia y la más falsa que hay en este mundo es el hombre. El león rogó al buey que le contase la razón por la que la serpiente había dicho que el hombre es la peor bestia y la más falsa que haya en este mundo.

—Señor —dijo el buey—, una vez sucedió que un oso, un cuervo, un hombre y una serpiente cayeron en un silo. Por aquel lugar donde estaba el silo pasaba un santo varón que era eremita, y miró a aquel silo y los viò a los cuatro dentro, y no podían salir ninguno. Todos a una le rogaron les sacase de allí y cada uno le prometió por ello una buena recompensa. Aquel varón sacó del silo al oso, al cuervo y a la serpiente, y cuando quiso sacar de él al hombre le dijo la serpiente que no lo hiciera, pues, de hacerlo, recibiría de ello mal galardón. El ermitaño no quiso hacer caso a la serpiente del consejo que le daba, y sacó a aquel hombre del silo. Al poco tiempo el oso llevó al santo varón una colmena de abejas, que estaba llena de panales. Y cuando el ermitaño hubo comido de los panales a su voluntad, encaminóse a una ciudad donde quería predicar. A la entrada de la ciudad el cuervo le llevó una muy preciosa dia-

dema de la hija del rey, a quien había quitado la diadema de la cabeza. El eremita tomó la diadema y sintió gran placer, pues valía mucho. Por aquella ciudad iba un hombre dando voces y decía que cualquiera que tuviese aquella diadema que la devolviese a la hija del rey, que ella le daría por ello una gran recompensa; y que si tenía alguien la diadema escondida y se podía descubrir, que sufriría por ello un gran castigo. El buen ermitaño vino a parar a una calle donde vivía aquel hombre que él sacara del silo, el cual era platero. El santo varón confió secretamente la diadema al platero, y el platero la llevó a la Corte y acusó al santo varón. Aquel santo varón fue cogido, apaleado y encarcelado. La serpiente que el santo varón había sacado del silo fuése a la hija del rey, que dormía, y le mordió en la mano. La hija del rey gritó y lloró, y su mano tuvo muy fuertemente inflamada. El rey se indignó mucho con la enfermedad de su hija, que tenía la mano hinchada y envenenada, e hizo pregonar por toda la ciudad que daría ricos presentes a cualquiera que pudiera sanar a su hija. La serpiente vino cuando el rey dormía, y le dijo al oído que en la cárcel de su Corte había preso un hombre que tenía una hierba con la que curaría a la hija del rey. Aquella hierba se la había dado la serpiente al buen hombre, y lo había instruído de cómo la debía poner en la mano de la hija del rey y cómo debía

pedir al rey que le hiciera justicia del platero, que tan mala paga le había devuelto. Así se hizo, como la serpiente le había ordenado; de modo que el santo varón se vió libre de la cárcel y el rey hizo justicia del platero.

Mucho agradó al león y a todo su consejo el ejemplo que el buey contó contra el hombre, y dijo al buey si le parecía que él debía tener miedo del rey de los hombres. El buey dijo al león que era muy peligroso estar en enemistad con el rey de los hombres, pues de un hombre malo, poderoso y astuto, ningún animal puede defenderse.

Quedó muy pensativo el rey con lo que le había dicho el buey, y el zorro advirtió que el león sentía miedo del rey de los hombres, y dijo al rey estas palabras:

—Señor; el animal más orgulloso y aquel en que hay más avaricia que en otro alguno animal, es el hombre; y por eso, si os pareciese bien a vos y a vuestro consejo, sería bueno que enviárais embajadores y presentes al rey de los hombres, y que de parte vuestra le hiciesen saber la buena voluntad que le profesáis, y que le hiciesen entrega de vuestros dones, y el rey albergaría en su corazón amor para amaros a vos y a vuestro pueblo.

El rey y su consejo creyeron bueno lo que proponía el zorro, pero el gallo se opuso, y dijo estas palabras:

—En cierto país sucedió que la fuerza y la as-

tucia trabaron disputa ante el rey. La fuerza decía que ella tenía por naturaleza superioridad sobre la astucia, y la astucia decía lo contrario. El rey quiso saber cuál de las dos debía tener señorío sobre la otra, y las hizo combatir, y la astucia venció y superó a la fuerza. Y por ello, señor rey —dijo el gallo—, si vos tenéis amistad con el rey de los hombres, y le enviáis embajadores, y él os envía los suyos, los que él os enviare conocerán en vuestra persona y en vuestros magnates que, por ingenio y arte, vos no os podéis defender del rey de los hombres, que combate con arte e ingenio, con que se adueña de todos los que luchan con la fuerza, sin arte y sin astucia.

Por otra parte, alegó el zorro y dijo que Dios hace lo que hace sin arte y sin astucia.

—Y por ello conviene que, según la naturaleza, sean más poderosos en la batalla todos los que combaten con armas semejantes a las de Dios, que los que combaten con armas distintas de las de Dios.

Mucho agradó al león el ejemplo del zorro, y quiso a toda costa enviar regalos y embajadores al rey de los hombres. El rey preguntó qué embajadores le aconsejaban que fueran al rey de los hombres, y qué presentes le enviaría. Y el zorro dijo al rey que el buey debía aconsejarle en ello, pues conocía las costumbres de los hombres y qué cosas eran aquellas de que más fuertemente se ale-

graban. El rey dijo al buey que él quería atenerse a su consejo sobre los embajadores y sobre los presentes que quería enviar al rey de los hombres. Y entonces el buey le dijo estas palabras:

—Señor rey —dijo el buey—, es naturaleza de los reyes de los hombres que al enviar a sus embajadores los manden de su consejo y de los más nobles que haya en su consejo. Los más nobles consejeros que vos tenéis me parece que son el lince y el leopardo. Por otra parte, el gato es una semejanza de vuestra imagen, y el rey tendrá en gran estima si le mandáis como presentes el gato y el perro; el gato porque es parecido a vos, y el perro para que cace con él, pues los hombres disfrutan mucho con la caza.

Tal como el buey lo había dicho lo hizo el león, y envió al rey como embajadores al lince y al leopardo, y el gato y el perro como presentes. Cuando los embajadores hubieron partido de la Corte, el rey nombró ayuda de cámara al buey y el zorro ocupó el cargo que solía tener el perro.

CAPITULO XLI

De los embajadores que el león envió al rey de los hombres.

Debéis saber que, antes de que los embajadores abandonaran la Corte, el león instruyó al leo-

pardo y al lince de cómo debían realizar la embajada, y les dijo estas palabras:

—La sabiduría del señor está representada en los embajadores sabios, elocuentes, que saben dar buenos consejos y están acordes entre sí. Y la nobleza del señor viene representada en embajadores que sepan hacer ordenados dispendios, y que se presenten bien vestidos, y lleven un séquito nutrido y bien enjaezado, y que los embajadores y su séquito no tengan avaricia, ni lujuria, ni soberbia, ni ira, ni cualquier otro vicio. Todas estas cosas y muchas otras son necesarias a los embajadores de un noble príncipe, para que la embajada sea agradable al príncipe y a la Corte a que son enviados los embajadores.

Cuando el león hubo instruído a sus embajadores sobre cómo debían hablar con el rey y de cómo debían comportarse, y los embajadores hubieron partido de la Corte, los embajadores anduvieron largo tiempo por muchas y diversas tierras. Tanto anduvieron los embajadores hasta que llegaron a una ciudad donde el rey tenía un gran parlamento. A la entrada de aquella ciudad sucedió que había unas insensatas hijas de burdel y, en presencia de los embajadores, pecaban con los hombres.

Mucho se sorprendieron de ello los embajadores al verlo. Y el leopardo dijo a su compañero estas palabras:

—Un burgués tenía por esposa una mujer a quien quería mucho. Aquel burgués alquilaba una hostería que había cerca de su casa a una mujer mundana. La esposa del burgués veía a menudo entrar los hombres viciosos a la casa de aquella mujer perdida y le vinieron deseos de darse a la lujuria. Aquella mujer vivió largo tiempo en pecado de lujuria. Y sucedió que un día la halló su marido con un hombre que pecaba con ella. Indignóse muchísimo el burgués de la caída de su mujer; y la mujer dijo al marido estas palabras: "En cierta ocasión combatían en una pradera dos machos cabríos salvajes y, por los fuertes testarazos que se daban, les salía sangre de la frente. La sangre goteaba en la hermosa hierba que había en el campo en que combatían. Una zorra lamía aquella sangre, y sucedió que los dos machos cabríos se embistieron y encontraron en medio la zorra y la hirieron por los costados. Fue tan grande el golpe que le dieron que la zorra murió de él; y mientras moría, dijo que ella misma era ocasión de su muerte."

—Señor leopardo —dijo el perro—, es gran maravilla cómo los hombres que creen en Dios no tengan conciencia en dejar pecar a esas mujeres perdidas en presencia de las gentes que entran y salen de esta ciudad. Verosímil es que el señor de esta ciudad y sus habitantes son lujuriosos, y que,

como los perros, se entregan a la lujuria desvergonzadamente.

Diciendo el perro estas palabras, se entraron en la ciudad y se dirigieron a la posada; y luego fueron al rey el leopardo y el lince con los presentes que llevaban. Muchos días estuvieron los embajadores en aquella ciudad antes de que pudiesen hablar con el rey, pues aquel rey tenía la costumbre de no dejarse ver sino de tarde en tarde, y se hacía cotizar mucho, para dar impresión de nobleza.

Un día sucedió que se lo pasaron los embajadores entero a la puerta del palacio, que no pudieron hablar con el rey. Los dos embajadores estaban muy disgustados del rey y se sintieron asqueados de estar en la Corte. Un hombre injuriado, que había estado largo tiempo en la Corte y que no había podido hablar con el rey, dijo, en presencia de los embajadores, estas palabras:

—Humilde es Dios, que es rey del cielo y de la tierra y de todo cuanto existe, pues todas las veces que el hombre quiere verle y quiere hablar con El, lo puede ver y puede exponerle sus necesidades. Este rey no tiene porteros a quienes haya que sobornar, ni consejeros que hagan mal y engaño por dinero. A nadie hace caso de adulaciones, ni nombra regidores, jueces, alcaldes y procuradores que sean orgullosos, llenos de vanagloria, avaros, lujuriosos e injustos. ¡Bendito sea tal rey! ¡Y todos

aquellos que lo aman, lo conocen, le honran y le sirven, sean benditos!

En las palabras que aquel hombre decía comprendieron los embajadores que el rey era un hombre injusto; y dijo el lince al leopardo estas palabras:

—Un rey quiso darle su hija por mujer a otro rey, y secretamente envió un caballero al país de aquel rey para preguntar por las condiciones del rey. Aquel caballero preguntó a los campesinos y al pueblo por la vida del rey, y todos le hablaron mal de ella. Un día sucedió que aquel caballero se topó con dos juglares, que venían de la Corte del rey, quien había regalado con dinero y vestidos a aquellos juglares. El caballero les preguntó por las costumbres del rey y ellos le dijeron que el rey era magnánimo, cazador y mujeriego; y alabaron al rey por muchas otras cosas, en las cuales alabanzas y por la infamia que el rey recibía de su pueblo comprendió el caballero que el rey era hombre malo y de costumbres viles. El caballero refirió a su señor lo que había oído decir del rey; y el rey no quiso, por eso, conceder su hija por esposa a aquel rey, pues tuvo conciencia de entregar su hija a un hombre de malas costumbres.

Luego de estas palabras, al poco tiempo los embajadores entraron a presencia del rey y le ofrecieron los presentes que el león le mandaba; y le dieron una carta de parte de su señor, en que se contenían estas palabras: "En una provincia había

un rey que tenía muchos honrados magnates que eran hombres de gran poder. El rey, para inspirar temor a sus magnates y para poder mantener la paz y la justicia en su tierra, procuró estar en gran amistad con el emperador. El emperador amaba mucho a aquel rey, por los gustos que el rey le daba y por las buenas costumbres que tenía; y los magnates del rey, por temor del emperador, no osaban desobedecer a su señor en nada de lo que les mandaba; y de esta manera estaban todos sujetos y el rey tenía paz en su tierra." Y cuando el rey hubo oído las cartas que el león le mandaba, y hubo tomado los presentes, dió el gato a un trapero que tenía delante y el perro a un caballero que gustosamente cazaba. Mucho desagradó a los embajadores que el rey diera el gato al trapero, que era hombre sin honra, el cual gato el león le había enviado como símbolo de su figura.

Cuando los embajadores habían vuelto a su posada y habían hablado largo tiempo con el rey de la embajada por la que habían venido, fué a la posada el perro y les dijo que él estaba muy disgustado porque el rey lo había dado a aquel caballero, pues él se proponía cazar con él contra el pequeño pueblo del león, y por ello tenía escrúpulo de hacer cosa que fuera contra el señor de quien había sido.

El rey invitó un día a los embajadores, y tuvo aquel día gran corte. En una hermosa sala comió el rey y la reina con gran número de caballeros y

damas, y ante el rey comieron los embajadores. Mientras el rey y la reina comían, unos juglares iban cantando y tañendo instrumentos por la sala, arriba y abajo, y decían cantares deshonestos y contrarios a buenas costumbres. Aquellos juglares alababan lo vituperable y ridiculizaban lo que merecía alabanza; y el rey, la reina y todos los demás reían, y se complacían en lo que hacían los juglares.

Mientras el rey y todos los demás se solazaban de lo que los juglares hacían, entró en la sala un hombre pobremente vestido, con una larga barba, y dijo, en presencia del rey, de la reina y de todos los demás estas palabras:

—No se olvide el rey, ni la reina, ni sus magnates, ni todos los demás, grandes y pequeños, que comen en esta sala, de que Dios ha creado tantas creaturas que hay en la mesa del rey y de todos los demás; las cuales ha creado diversas y deleitables para comer, y las ha hecho venir de lejanas tierras para que estén al servicio del hombre y que el hombre sirva a Dios. No imaginen el rey y la reina que Dios olvida la deshonestidad y el desorden que hay en esta sala, en la que Dios es deshonrado, porque no hay quien reprenda lo que hay que reprender, ni que alabe lo que merece ser alabado, ni hay quien a Dios dé gracias por el honor que El ha concedido en este mundo al rey, y a la reina, y a todos los demás.

Cuando el buen hombre hubo dicho estas pala-

bras, un sabio escudero se arrodilló delante del rey y le rogó le diese en su Corte el cargo de alabar lo que merecía alabarse y recriminar lo que merecía reprobarse. No quiso el rey acceder al deseo del escudero, pues temía que el escudero le echara en cara las faltas que acostumbraba a cometer, en las cuales se deleitaba y se proponía vivir hasta el fin de sus días, en el cual fin proponía hacer penitencia de sus pecados.

Mientras el escudero suplicaba al rey le concediese el cargo, y el rey se lo negaba, el regidor de aquella ciudad entró ante el monarca, a quien presentó un hombre que había dado muerte a un caballero con gran injusticia. Aquel rey mandó colgar al hombre que había dado muerte al caballero, y el hombre dijo al rey estas palabras:

—Señor rey, es costumbre de Dios que perdone, luego que el hombre le pide misericordia; por lo cual a vos, que sois en la tierra lugarteniente de Dios, os pido perdón, y vos debéis perdonar, pues Dios perdona.

Replicó el rey:

—Dios es justo y es misericordioso. Hace justicia si perdona a quien no comete una falta conscientemente y porque ha errado por algún accidente o por alguna casualidad, y entonces se arrepiente y pide perdón, entonces la misericordia de Dios lo perdona. Pero la justicia de Dios no tendría concordancia con la misericordia si ésta per-

donaba a quien propuso pecar y luego tiene la esperanza en pedir perdón. Y pues tú propusiste matar al caballero, y luego tuviste en mí la esperanza de que yo te perdonara, por eso no eres digno de que te perdone.

En las palabras que el rey había dicho comprendieron los embajadores que el rey hablaba contra las palabras que le había dicho el escudero, en aquello que no le quiso dar el cargo que pedía.

Cuando el rey y los demás hubieron comido y hubieron abandonado la sala, los embajadores se vinieron a su posada, y el uno decía al otro que era grande la nobleza de la Corte, y que tenía gran poder en gentes y tesoro, con lo que el rey fuese hombre sabio y temeroso de Dios. Ambos embajadores vinieron a su posada, donde hallaron al posadero que lloraba muy fuertemente y llevaba gran duelo.

—Señor hospedero —dijeron los embajadores—, ¿por qué lloráis y qué os pasa?

—Señores embajadores —dijo el hospedero—, en esta ciudad ha tenido el rey gran parlamento, al que ha hecho concurrir gentes que han venido de lejanas tierras. Los gastos que el rey ha hecho son muy grandes, y por ello ha ordenado poner una gran contribución a esta ciudad, que será muy grande y me costará a mí mil sueldos, que tendré que pedir prestados a los judíos.

—Señor hospedero —dijeron los embajadores—, ¿y el rey no posee tesoro?

Y respondió el hospedero que el rey no tenía tesoro, sino que lo tomaba de su gente y que, cuando convocaba Cortes, ponía contribuciones; las cuales Cortes las reunía todos los años dos veces. Y de esta manera destruía a sus gentes, que hacían grandes gastos con ocasión de las Cortes, y toda su tierra se empobrecía con el gran dispendio que hacía.

—Buen amigo —dijo el lince—, ¿qué provecho se sigue de las Cortes que reúne el rey todos los años?

El hospedero respondió y dijo que ninguno; antes de ellas se seguía mucho mal, pues la gente se empobrecía; y por la miseria que tenían cometían muchos engaños y fraudes, y todo el pueblo ardía en ira contra el rey, pues tanto daba y gastaba en las Cortes que no le llegaba a ello su renta, y quitaba a unos y daba a otros; y cuando uno se imaginaba que el rey iba a decir algo nuevo o tenía algún asunto importante que tratar, él no decía nada y todos se marchaban del rey malhumorados, y todos, por ello, se burlaban del rey y lo menospreciaban.

Cuando los embajadores hubieron oído tales palabras del rey, entonces menospreciaban mucho al rey, ellos y todos sus compañeros, ya que todos los

hombres de la Tierra lo menospreciaban. Y el leopardo dijo al hospedero estas palabras:

—Gran calamidad hay en esta tierra, pues no tiene señor de buenas costumbres que tenga paz y justicia en su tierra.

—Señor —dijo el hospedero—, no se puede ponderar el daño que se sigue por un príncipe malvado. Una razón es por el daño que hace; la otra es por el bien que podría hacer, el cual no hace. Y así, por un mal príncipe se sigue mal de dos maneras, como habéis oído. Este rey a quien se os ha enviado es hombre que se confía demasiado a su consejo y tiene un consejo alevoso, malvado y de hombres viles; y todos los de su consejo procuran mejor ser rey que el rey mismo, y todos juntos gastan su reino, y el rey no se preocupa de ello, ni tiene más deseo que cazar, pasear, darse a la lujuria y obrar vanidades.

Cuando el rey hubo dormido, los embajadores acudieron al palacio del rey y no pudieron entrar hasta que hubieron sobornado a los porteros. Cuando los embajadores estuvieron delante del rey, el rey honró más al leopardo que al lince, en que le mostró semblante más complaciente, y lo hizo sentar más cerca de sí que al lince, y de esto tuvo envidia el lince y sintió aversión hacia el rey, pues el lince creía que el rey lo debía honrar tanto o más que al leopardo.

Mientras el rey estaba con los embajadores, cua-

tro ciudades enviaron ocho prohombres al rey, a quien presentaron quejas contra los oficiales que tenía en aquellas ciudades, los cuales eran hombres malos y pecadores. Y asolaban toda su tierra. Los prohombres pidieron al rey en nombre de la comunidad entera de las ciudades que les diera buenos oficiales, y el rey les remitió a su consejo y dijo que su consejo proveería a sus demandas. Cuando los ocho prohombres estuvieron ante el consejo del rey y hubieron presentado su querella, el consejo del rey les reprendió fuertemente, pues en aquel consejo había amigos de los oficiales de las cuatro ciudades, que con su anuencia hacían el mal que hacían y quienes les hacían partícipes del dinero que ilícitamente lucraban. Aquellos ocho prohombres se volvieron sin haber acabado nada con el rey.

Entonces el leopardo dijo al rey:

—Señor rey, ¿qué queréis vos decir a mi señor el rey?

El monarca dijo al leopardo que le saludara al rey y que le dijera de su parte que le enviara un hermoso oso y un lobo, pues él tenía un jabalí muy fuerte, que quería que luchara con un oso lo más fuerte que pudiera hallarse y tenía un alano con quien quería que luchara un lobo, el peor que hubiera en la Corte del león.

Ambos embajadores se despidieron del rey y partieron disgustados de su Corte, porque les había retenido largamente en ella y no les había dado nada,

ni había enviado al rey, su señor, ningún presente; antes, produjo la impresión a los embajadores de que el rey quería someter a sí a su señor el león.

En el camino por el que los embajadores se volvían a su tierra se encontraron con los ocho prohombres, que se volvían de allí llenos de ira y disgustados del rey y de todo su consejo. Tanto como los embajadores anduvieron junto con los dichos prohombres, estuvieron comentando las palabras del rey y de su consejo y de su actitud; y unos y otros hablaron mal del rey y de su consejo. Y el leopardo hizo a los prohombres esta pregunta:

—Señores, ¿os parece que el rey tiene culpa del daño que se sigue por su malvado gobierno?

Uno de los ocho prohombres respondió, y dijo estas palabras:

—En una ciudad vivía un noble ciudadano muy rico, y cuando murió dejó todo cuanto tenía a su hijo. Aquel hijo del ciudadano fue requerido por muchas personas, pues unos querían darle esposa y otros le rogaban que ingresase en una Orden. Aquel muchacho prefirió vender cuanto tenía y hacer con ello un hospital y un puente. Propuso hacer el hospital para albergar en él a los peregrinos que por aquella ciudad pasaban cuando venían de Ultramar; y el puente propuso hacerlo para que pasaran por él los peregrinos y otras gentes, y que no se ahogasen en el agua, porque aquella corriente estaba a la entrada de la ciudad y había ahogado

a muchos peregrinos que iban y volvían de Jerusalén. Cuando el hijo del ciudadano hubo construído el hospital y el puente, una noche, cuando se hubo dormido, soñaba que de todo el bien que se hiciera por el hospital y por el puente tendría mérito él ante Dios.

En las palabras que el leopardo había oído conoció que el rey tendría pena en el infierno, tan grande como era el daño que redundaría siempre de las malas costumbres que imponía en aquella tierra su malvado consejo, y dijo que el castigo que estaba preparado al rey y a su consejo era incalculable. Luego dijo entre sí que prefería ser animal irracional, aunque luego de su muerte fuera a ser nada, que no ser rey de los hombres en quien hubiera tanta culpa como había en el mal que se seguía por un rey o un príncipe malvados.

Los embajadores y los prohombres se separaron agradablemente y se despidieron unos de otros. El leopardo dijo a los prohombres que se confiasen a Dios para que en breve les diera un buen señor que tuviese consejo y buenos oficiales y que no desesperaran de Dios, pues Dios no soporta que un mal príncipe pueda vivir largamente, para que no se haga tanto daño como se haría si viviera largamente.

Debéis saber ahora que al comienzo, cuando el león había enviado a sus embajadores y sus presentes al rey de los hombres, el zorro, que era portero

del rey, dijo al rey que el leopardo tenía por mujer el más bello animal que había en todo el mundo. Tanto alabó el zorro a la leoparda ante el rey, que el rey se enamoró de la leoparda y la tomó por mujer, a pesar de la reina y de todo su consejo, el cual consejo tuvo gran temor del zorro, cuando vieron que había perpetrado con el rey tan gran cosa como fue la falta que el rey había hecho contra su buena esposa y contra el leopardo, que era su leal servidor.

—Buen amigo —dijo el buey—, mucho temo no os vaya a matar el leopardo, cuando sepa que habéis impelido al rey a que forzara a su mujer.

Replicó el zorro:

—Sucedió una vez que una doncella hizo traición a su reina, con quien vivía, y aquella doncella tenía gran entrada con el rey, por lo cual la reina la temía y, por miedo del rey, no osaba vengarse de la doncella.

Luego de esto llegaron los embajadores a la Corte del león, su señor y, una vez llegados e informado el soberano de su embajada, el leopardo se dirigió a su guarida, donde imaginaba hallar a su mujer, a quien mucho quería. La ardilla y todos los demás que formaban en la servidumbre del leopardo se entristecieron mucho al ver a su señor, y contaron al leopardo la deshonra con que el rey le había manchado, forzando a su mujer. En gran manera se indignó el leopardo contra el rey y preguntó a la ardilla si su mujer había mostrado gusto

o desagrado cuando fue tomada por el rey a su servicio.

—Señor —dijo la ardilla—: la leoparda se indignó mucho de que el rey la forzara y lloró desconsoladamente, y se lamentaba de tener que separarse de vos, pues os amaba sobre todas las cosas.

Se le acreció aún más la ira al leopardo con esto de que su mujer hubiera sido arrastrada violentamente al servicio del rey, pues, de haberse sentido halagada con ello, no se hubiera él disgustado tanto. Irritado así el leopardo, pensó cómo podría vengarse del león, que tan traidoramente lo había deshonrado.

CAPITULO XLII

De la lucha entre el leopardo y el lince.

Acudió el leopardo a la Corte del rey. El zorro, que le viò venir, dijo al rey en secreto estas palabras:

—Señor, por haber yacido juntos vos y la leoparda, he incurrido en la ira del leopardo. Si vos no me honráis ante él y no me concedéis el honor de estar más cerca de vos que cualquier otro, creo que el leopardo me matará.

En aquella hora el león hizo de su consejo al zorro y le hizo estar cabe sí, para que el leopardo

no osara herirlo ni matarlo, y, aconsejado por el zorro, nombró portero al pavón, porque siente mucho. A todo el consejo del rey y a todos los magnates que había en aquella plaza les desagradó el honor que el rey concedía al zorro. Y más que a todos desagradó al leopardo, al cual habían dicho que el zorro había sido la ocasión del apareamiento de su mujer y del rey.

Presentóse el leopardo ante el rey; había allí otros muchos honrados magnates, en cuya presencia el leopardo acusó al rey de traición y dijo que con falsía le había quitado su esposa; y si en su Corte había algún magnate que quisiese defender al rey de traición, que él lucharía y que le haría decir que el rey era un traidor. Y entonces el leopardo firmó el duelo, y entregó una prenda suya al rey. Porque el leopardo hubo acusado de traición al rey, se enfureció mucho el león contra el leopardo, y sintió gran vergüenza de sus gentes porque había sido llamado traidor. Dijo el rey a sus magnates:

—¿Quién de vosotros quiere tomar el duelo contra el leopardo, que me acusa de traición?

Todos los magnates callaron, hasta que el zorro dijo estas palabras:

—La traición es cosa muy desagradable a Dios, y es gran infamia para todo el pueblo que el rey, su señor, sea demandado por traición. E igual que el leopardo deshonra grandemente a su señor y por

deshonrarle se quiere exponer a peligro de muerte, igualmente honrará al rey quien lo defienda de traición; y quien por salvar su honor acepte el combate, recibirá del rey gran recompensa por ello.

Por la gran infamia que el rey recibía del leopardo y porque el rey de los hombres lo había honrado más que a él mismo, el lince tomó el duelo contra el leopardo y defendió al rey de la acusación de traición. Con todo, no podía ahogar su conciencia, pues sabía que el rey había cometido villanía y engaño contra el leopardo, que le había servido lealmente todo el tiempo de su vida.

El leopardo y el lince se situaron en el campo de lucha, y el pueblo entero dijo:

—Ahora se verá quién vence: la verdad o la mentira.

El gallo preguntó entonces a la serpiente quién le parecía debía vencer el duelo, y la serpiente dijo estas palabras:

—Se organizó un combate para que la verdad venciera y destruyese la mentira. Y Dios es verdad, por lo que toda persona que defienda la falsía combate contra Dios y la verdad.

El leopardo y el lince oyeron estas palabras que la serpiente decía en secreto al gallo, por las cuales el leopardo se sintió muy consolado y el lince sintió remordimientos de conciencia y tristeza, y temió que los pecados del rey fueran ocasión de su deshonra y de su muerte.

Todo aquel día hasta la hora de completas duró el combate entre el leopardo y el lince. El lince se defendía muy fuertemente del leopardo, a quien hubiera podido vencer y matar; pero la conciencia lo paralizaba, y al leopardo la verdad y la indignación que tenía contra el rey lo esforzaban y lo reponían cuando se sentía desfallecer. Tan fuerte era el leopardo por la esperanza que tenía en su buen derecho, que le parecía que por nada podía ser vencido. Y al fin venció al lince y le obligó a confesar ante toda la Corte que el rey, su señor, era falso y traidor. El rey quedó muy confundido y avergonzado de aquel duelo, y el leopardo mató al lince, y todo el pueblo tuvo vergüenza de la infamia de su señor.

En tan grande vergüenza y confusión estuvo el rey ante su pueblo, y se enfureció tanto contra el leopardo, que en tan gran deshonra lo había precipitado, que no pudo dominar su ira, y ante todos fuè a matar al leopardo, el cual no se pudo defender del león porque estaba agotado. Todos cuantos se hallaban en la plaza se disgustaron de la falta que el rey había cometido y cada uno deseó estar bajo el señorío de otro rey, porque es muy peligrosa la sujeción de un pueblo que esté sometido a un rey injusto, iracundo y traidor.

Toda la noche estuvo el rey en ira y displicencia, y a la mañana siguiente convocó a su consejo, y pidió consejo sobre lo que el rey de los hombres

le había mandado decir, a saber: que le enviara un lobo y un oso.

—Señor —dijo la serpiente, que era el más sabio consejero que tenía el rey—, hay en vuestra tierra muchos osos y muchos lobos. De entre ellos podéis escoger a vuestro capricho tal oso y tal lobo, que sean los que vayáis a enviar.

Por su parte, habló el zorro y dijo:

—El rey de los hombres es el más noble y el más poderoso rey que hay en el mundo, y por ello es necesario que vos, señor, le enviéis el oso y el lobo más sabios y más fuertes que tengais, pues, de no hacerlo, os podrían venir vituperio y peligro.

El rey preguntó al zorro quiénes eran el oso y el lobo más sabios y más fuertes que había en su reino, y el zorro respondió y dijo que, pues el oso y el lobo eran de su consejo, parecía que debía ser cada uno más fuerte y más sabio que ningún oso ni lobo que hubiera en su reino.

El rey tuvo por bueno enviar al oso y al lobo que eran de su consejo al rey de los hombres, y ni el oso ni el lobo quisieron renunciar, porque tenían en estima la honra y porque temían, en caso de renunciar, que se les achacara a cobardía. Con esto, el zorro dijo al rey que, igual que enviaba al rey de los hombres las personas más nobles de toda su tierra, que era también razonable que le mandara, para llevarlos y presentarlos, al más sa-

bio embajador de su Corte. Le pareció esto acertado al rey y encargó a la serpiente que hiciese la embajada.

Antes de abandonar la serpiente la Corte, y cumplir su embajada, dijo estas palabras:

—Una vez sucedió que una zorra halló en una hermosa pradera un desperdicio de carne, en la que había un anzuelo que un cazador había puesto para atrapar la zorra si comía aquella carne. La zorra, que viò aquella carne, no la quiso tocar y dijo estas palabras: "no se ha puesto esta carne en esta pradera sin ocasión de todo trabajo y peligro".

El león, luego de su pecado y de haber muerto al leopardo, había perdido su sutileza e ingenio de antaño y no comprendió lo que significaban las palabras de la serpiente; y le pidió se las explicara, pues él no las comprendía. La serpiente le dijo que, desde que el buey y el zorro formaban parte de su Corte, no estuvo ésta libre de penalidad y tribulación; y que por ello no era sin ocasión de pena y adversidad la honra que el rey había concedido al buey y al zorro.

Cuando el buey oyó que la serpiente lo había acusado al rey, se excusó al monarca en presencia de su Corte, y dijo que él por ninguna cosa le había mirado mal y no era verosímil que él debiera obrar nada malo contra el rey y su Corte, pues el rey lo había honrado y porque era animal

bueno para manjar del rey y el rey no lo quería comer; por este motivo se sentía obligado a guardar y salvar al rey toda su honra. Y entonces se excusó de todas maneras, y dijo que el zorro le había aconsejado que bramara tres veces de noche y tres de día y que viniese a la Corte para ayudar al rey a hacer mucho bien.

De tal manera se excusó el buey ante el rey, que el zorro se disgustó, y concibió en su corazón un mal deseo contra el buey.

Un día sucedió que había nevado mucho e hizo mucho frío, y el león y los de su Corte no tuvieron qué comer, y sintieron gran hambre. El león preguntó al zorro qué podrían comer, y contestó el zorro que no sabía, pero que iría al pavón y que le preguntaría si sentía algún animal, que pudiese comer el león y sus compañeros. El pavón, que vio venir al zorro, sintió gran miedo, pues le temía mucho. El zorro dijo al pavón que si el rey le preguntaba si sentía algún animal que pudiese comer, que dijera al león que no sentía ninguno que debiera comer el rey, pero que notaba que al buey le apestaba el aliento, y que sentía que el buey iba a morir pronto de enfermedad. El pavón, porque tenía miedo al zorro y porque el buey se comía el trigo que debía comer él, consintió en la muerte del buey, y dijo al león lo que le había dicho el zorro.

Cuando el león hubo preguntado al pavón qué

podría comer, y éste le hubo dicho que no lo sabía, pero que sentía que el buey iba a morir pronto, por lo que daba a entender su aliento corrompido, el león tuvo deseo de comerse al buey, pero tuvo escrúpulo de matarlo, porque le había prometido lealtad, y porque el buey le había servido mucho tiempo, y se confiaba a él. Cuando el zorro vio que el rey vacilaba en comerse al buey, se acercó al rey y le dijo que por qué no lo comía, ya que en breve iba a morir de enfermedad, según lo conocía el pavón; y con mayor razón porque es voluntad de Dios que el rey satisfaga sus necesidades en sus vasallos cuantas veces sea menester. El león respondió al zorro que por nada rompería la palabra que había dado al buey.

—Señor —dijo el zorro—, ¿comeréis vos al buey, si yo hago que él mismo os diga que le comáis y si él os desliga de la palabra que le habéis dado?

El león le prometió que sí.

Entonces el zorro se fué a un cuervo que tenía gran hambre, a quien dijo estas palabras:

—El león tiene hambre y yo voy a ver de que se coma al buey, que está muy gordo y bastará para todos, pues es bestia grande. Y si el león dice, ante tí, que tiene hambre, tú te ofreces al rey, y le dices que te coma. Pero él no te comerá, pues yo te defenderé, y él no se apartará de mi consejo, pues hace cuanto le aconsejo, y si yo me ofrezco

al rey para que me coma, tú dí que yo no soy bueno para comer, y que mi carne es malsana.

Cuando el zorro hubo así instruído al cuervo, se fué a buscar al buey y le dijo que el rey lo quería comer, porque el pavón le había dicho que sentía en su aliento que pronto iba a morir por enfermedad. Tuvo muy grande miedo el buey y dijo que era verdad aquello que un campesino había dicho a un caballero.

—Y ¿cómo fué eso? —preguntó el zorro.

Y el buey dijo estas palabras:

—Un rico campesino deseaba honra, y concedió su hija por mujer a un caballero que amó la riqueza del campesino. Y la honra se asimiló la riqueza, y la riqueza no pudo tanto en el campesino como para darle honra. Pero la honra del caballero atrajó a sí la riqueza del campesino, de manera que el campesino fue pobre y no recibió honra y el caballero fue rico y lleno de honra. Y entonces dijo el campesino al caballero que el parentesco de un campesino y un caballero supone pobreza y trabajo del campesino y honra del caballero. De igual manera —dijo el buey—, en la familiaridad entre el buey y el león va incluída la muerte del buey y la satisfacción del león.

El zorro dijo al buey que no debía temer, pues el león le había prometido fidelidad y que no le haría traición. Y aconsejó al buey que él se ofreciese al león, que lo comiese si tenía necesidad de

ello, y que entonces el león se sentiría por ello muy agradecido, y que por la gratitud que le tendría de su ofrecimiento, y por la deuda en que estaba con él, no le haría ningún daño.

—Y además —dijo el zorro—, yo os apoyaré de tal manera que el león no cometerá contra vos villanía ni engaño.

Cuando el zorro hubo planeado todas estas cosas, presentóse al león con el buey y el cuervo, y el cuervo se presentó al león y le dijo que él había advertido que el león tenía hambre y que se ofrecía a él para que le comiese. El zorro intervino y defendió al cuervo, diciendo que él no tenía carne para comida del rey. Luego de esto, dijo el zorro que le comiese a él, pues no había otro que se ofreciese a sí mismo en comida; y el cuervo dijo al león que la carne de zorro no era buena para comer y que era malsana. Entonces el buey, con palabras semejantes, se ofreció al león, y le dijo que lo comiera, pues él era grande y estaba bien cebado y su carne sí era buena para comer. Entonces el león mató al buey, y el rey, el zorro y el cuervo comieron del buey a su gusto. Cuando hubo muerto el buey, el león consultó al gallo y al zorro quién sería su ayuda de cámara. Quiso hablar primero el gallo, pero el zorro le puso rostro airado, por lo que vaciló en hablar hasta que lo hubiera hecho el zorro. El zorro habló al rey, y le dijo que el conejo tenía figura agradable, era

animal humilde y ocuparía bien el cargo que habían desempeñado el gato y el buey. El león consultó al gallo si consideraba bueno lo que proponía el zorro, y el gallo no se atrevió a decir nada contra lo que aquél había aconsejado, porque le tenía mucho miedo; y aconsejó al rey lo que había propuesto el zorro. El león nombró ayuda de cámara al conejo, y entonces el zorro alcanzó gran poderío en la Corte real, pues el gallo, el pavón y el conejo le tenían miedo, y el león se plegaba a cuanto le decía el zorro.

Un día sucedió que el rey tuvo que intervenir en un suceso importante que ocurrió en su reino, y pidió consejo al gallo y al zorro. El gallo dijo al rey que sin otros compañeros no se sentía capaz de asesorar al rey en asuntos tan grandes; y aconsejó al rey que ampliara su consejo, pues no era conforme al honor del rey que disminuyese su consejo, el cual consejo había disminuído después que estuvieron fuera la serpiente, el leopardo, el lince y el lobo. Le pareció bien al rey nombrar nuevos consejeros, y los hubiera nombrado si el zorro no le hubiese dicho estas palabras:

—En cierto país sucedió que había un hombre a quien Dios había concedido tanta sabiduría que comprendía cuanto decían los animales y las aves. Aquel saber se lo había concedido Dios a aquel hombre con esta condición: que a nadie comunicara nada de lo que entendiera y oyera que ha-

blaran entre sí los animales, y que el día que lo dijera que moriría. Aquel hombre tenía un huerto, en el que un buey sacaba agua de una noria y un asno acarreaba el estiércol con que el hombre abonaba la huerta. Sucedió que una tarde el buey estaba muy fatigado, y el asno le aconsejó que por la noche no se comiera la cebada, para que al día siguiente no lo pusiera el hombre a tirar de la noria y descansara. El buey se atuvo al consejo del asno y no se comió por la noche la cebada. El hortelano se imaginó que el buey estaba enfermo, y puso en su lugar al asno a mover la noria. Durante todo aquel día tiró el asno de la noria con muy grande fatiga. Cuando llegó la noche fue él al establo, donde halló al buey, que estaba echado y descansaba. Lloró el asno ante el buey y le dijo estas palabras: "El señor —dijo el asno— ha decidido venderte a un carnicero, pues piensa que estás enfermo, y por eso, antes no te mate, conviene que vuelvas a tu oficio y ni cara pongas de estar enfermo." Estas palabras dijo el asno al buey, para que el hombre no lo volviera a uncir a la noria, que le suponía mayor trabajo que el estiércol que acarreaba. El buey temió morir, y comió aquella noche la cebada, y puso cara de estar curado. Aquel hombre que era dueño del asno y del buey entendió el diálogo entre ambos animales, y se rió ante su mujer de lo que el asno y el buey decían. Quiso saber la mujer de qué

se reía su marido y él no se lo quiso decir, porque temía la muerte, que le sobrevendría si revelaba lo que comprendía de los animales y las aves. Insistió largamente la mujer a su marido que le dijera por qué se había reído, pero él no quiso. La mujer dijo que no comería ni bebería y se dejaría morir, si su marido no se lo decía. Todo aquel día y toda la noche se la pasó la mala mujer sin querer comer ni beber. El marido, que mucho la amaba, accedió a decírselo, e hizo su testamento; y luego del testamento, quiso decir a su mujer aquello de que se había reído. Pero oyó lo que hablaba el perro de su casa con el gallo y lo que éste le respondía.

—Y ¿cómo fué esto? —preguntó el león al zorro.

Y contóselo el zorro al león, y dijo que, mientras el hombre hacía su testamento, el gallo cantó y el perro le reprendió porque cantaba, pues su señor debía morir. Se extrañó mucho el gallo porque el perro lo había reprendido, y el perro le contó cómo su señor debía y quería morir para que su mujer viviese. Respondió el gallo que bien le estaba morir, ya que era hombre cobarde, pues no sabía imponerse a una mujer. Llamó entonces el gallo a diez gallinas que tenía, y las hizo reunir en un lugar, y hacía de ellas lo que quería. Eso lo hizo el gallo para consolar al perro de la muerte de su señor. Se consolaron ambos de la muerte de su señor y el gallo cantó, y el perro se alegró. "Compa-

ñero —dijo el perro al gallo—, qué harías tú si tuvieras una mujer tan loca como mi señor, que te pusiera en este trance de muerte en que ha puesto a mi señor?" Entonces el gallo dijo que, de estar en el sitio de su señor, cortaría cinco varas de un granado que había en el huerto, y le daría tanto de vergajazos a su mujer, hasta romperlas todas, o hacer comer y beber a su mujer, o bien la dejaba morir de hambre y de sed. El hombre, que comprendió lo que habían hablado el perro y el gallo, se levantó de la cama y siguió el consejo que le había dado el gallo. Y su mujer, cuando hubo sido bien apaleada, comió y bebió, e hizo cuanto su marido quiso.

Cuando el zorro acabó el ejemplo contado aquí ante el rey, dijo que el gallo era tan sabio, que sabría asesorarle en toda clase de asuntos, y por eso no era necesario que el rey ampliara el consejo, y con más razón porque en multitud de consejeros hay demasiada diversidad de distintas intenciones y opiniones, por la cual multitud se turba muchas veces el consejo de un príncipe.

Cuando el zorro hubo hablado, el gallo dijo estas palabras:

—Un papagayo estaba en un árbol con un cuervo, y debajo del árbol había una mona que había puesto leña sobre una luciérnaga, pues se imaginaba que era fuego, y soplaba en aquella leña para hacer fuego y calentarse. El papagayo daba voces

a la mona, y le decía que no era fuego, sino luciérnaga. El cuervo le dijo que no quisiera enseñar ni castigar al que no recibe consejo ni corrección. Muchas veces le dijo el papagayo a la mona que era luciérnaga, y que no era fuego lo que pensaba ser tal, y el cuervo todas las veces reprendía al papagayo, porque quería poner recto lo que por naturaleza está torcido. Descendió el papagayo del árbol y se acercó a la mona, para mejor darle a entender aquello de que la reprendía; y tanto se acercó a la mona, que ésta lo cogió y lo mató.

Cuando el gallo hubo dicho este ejemplo, pensó el rey que lo había dicho por él y lo miró con semblante cruel, como signo de mala voluntad. Y el zorro entonces atrapó al gallo y lo mató, y se lo comió en presencia del rey.

Cuando el zorro fuė consejero único del rey, y el conejo fue ayuda de cámara del rey y el pavón portero, entonces sintióse el zorro en gran bienestar, y hacía del rey lo que quería. Mientras el zorro estaba en esta prosperidad, recordó la traición que había concebido contra el rey, cuando dijo al elefante que él planearía que el rey muriese y que el elefante fuera rey. Con gusto se hubiera conformado el zorro con lo que tenía, pero temió que el elefante no le descubriera, y por eso decidió la muerte del rey, para conceder al elefante lo que le había prometido.

CAPITULO XLIII

De la muerte del zorro.

No se olvidó el zorro de tramar la muerte del rey, y olvidó la honra que el rey le había concedido por encima de todos los magnates de su Corte. Un día dijo el zorro al elefante que ya era hora de que el rey muriese, y mayormente porque estaba tan bien preparado, que en su Corte no había más consejero que el zorro. Largamente meditó el elefante en lo que proponía el zorro y tuvo escrúpulo de dar su consentimiento para la muerte del rey. Por otra parte, temía que, de ser desobediente al zorro, éste lo descubriese y tramara su propia muerte. Por fin, decidió el elefante no admitir la proposición del zorro, pues tenía gran escrúpulo de la muerte del rey. Por otra parte, temía que, si él llegase a ser rey, el zorro lo traicionase a él, como hacía ahora con el rey; y el elefante prefirió estar en peligro de muerte que traicionar a su señor natural. Mientras el elefante así cavilaba, díjose a sí mismo que, de igual manera que el zorro quería hacer morir al rey con astucia, él haría con astucia que el rey diese muerte al zorro.

Pues si en el cuerpo de zorro cabe traición, astucia y malas artes, ¡cuánto más —se dijo el ele-

fante— en mi cuerpo, que es tan grande, ha de caber lealtad, sabiduría y astucia!

En tanto que el elefante pensaba esto, le dijo el zorro:

—Señor elefante, ¿en qué pensáis y por qué no os preocupáis de ser rey antes que vuelva de su embajada la serpiente, que es demasiado sabia y astuta?

Entonces el elefante concibió y propuso esperar a la serpiente que regresara, antes de tramar algo contra el zorro, y apañar con ella la manera de que el rey diese muerte al zorro. En cuanto éste vio que el elefante se mostraba negligente en el asunto, tuvo miedo de que regresara la serpiente y el elefante le descubriera, y entonces dijo al elefante que se diese prisa, pues si lo hacía él tramaría la cosa de tal manera que todo saldría a la perfección, mejor y antes de lo que él se imaginaba.

Tuvo mucho miedo el elefante de la astucia del zorro, y le preguntó bajo qué condiciones se comportaría con él, si aceptaba ser rey. El zorro dijo que quería estar con él en igual condición que estaba con el rey; es decir, que fuese su único consejero y que fuese su ayuda de cámara el conejo y el portero el pavón.

Luego que el zorro hubo dicho la condición al elefante, el elefante preguntó al zorro de qué manera iba a morir el rey, y el zorro contó al elefan-

te cómo había planeado la muerte del rey, y dijo estas palabras:

—Pondré discordia y malevolencia entre el jabalí y el rey, pues el jabalí imagina ser igual que el rey en persona y en fuerza. Y yo diré al jabalí que se guarde del rey, que lo quiere matar, y luego diré al rey que se guarde del jabalí, que quiere ser rey, y procuraré que el rey mate al jabalí. Y cuando el jabalí habrá muerto y el rey se habrá fatigado en la lucha sostenida con el jabalí, entonces, vos, señor elefante, podréis fácilmente dar muerte al rey, y podréis ser rey.

De la misma manera que había pensado el zorro, propuso el elefante engañarle a él, y dijo al zorro estas palabras:

—Vana es toda promesa sin testigos, y por eso tengo por bueno —dijo el elefante— que vos, el zorro, tengáis testimonios de la promesa que vos queréis os haga; a saber: que seáis vos mi único consejero y que el conejo sea mi ayuda de cámara y el pavón mi portero; vos no lo podríais probar, y yo a lo mejor, al ser rey, no me sentiría tan obligado a honraros como lo hago ahora que no soy rey y vos sois el consejero del rey.

El zorro pensó largamente en lo que le decía el elefante y tuvo miedo de que los testigos le descubriesen la traición. Como el elefante vió pensativo al zorro, le dijo que los mejores testigos que podía tener eran el pavón y el conejo, que le te-

mían a él y tendrían gusto en ser sus oficiales; y no debía temer que ellos le descubriesen de cosa alguna secreta. Le pareció bueno al zorro el consejo que el elefante le daba y, en presencia del conejo y del pavón, se afirmó la promesa al zorro; y, por otra parte, el conejo y el pavón prometieron al elefante y al zorro que les guardarían secreto.

Luego de estas palabras el elefante aconsejó al zorro que primero dijese al jabalí que el rey lo quería matar, y luego lo dijese al rey. Fuése el zorro primero a hablar al jabalí, y el elefante, mientras el zorro hablaba con el jabalí, habló con el rey, a quien dijo todo lo que había emprendido con el zorro, y pidió perdón al rey porque había concebido traición contra él, y le dijo que se arrepentía y que prefería ser vasallo leal que rey traidor.

—Y ¿cómo podría yo cerciorarme —dijo el rey— de que es verdad cuanto me decís?

Y el elefante dijo que lo podría conocer en lo que había logrado el zorro de que en su consejo no hubiera otro animal que el zorro; y que al conejo, que le tenía miedo por naturaleza, y lo mismo al pavón, les había hecho de su partido.

—Y más aún, señor león —añadió el elefante—; otra prueba de certeza os daré, pues el zorro ha ido a entrevistarse con el jabalí para decirle que vos lo queréis matar, y os dirá a vos otro tanto,

que el jabalí os quiere matar, y os aconsejará que recibáis al jabalí con semblante orgulloso, para que el jabalí crea verdadero lo que el zorro le ha dicho.

Luego de esto, el elefante dijo que el conejo y el pavón habrían consentido en su muerte.

Mucho se extrañó el rey del zorro, a quien tanta honra había concedido, porque había podido concebir para con él engaño y traición, y dijo estas palabras:

—Oí una vez contar a mi padre que mi abuelo, que era rey de una gran tierra, quiso rebajar los magnates a quienes se debía honor y quiso ensalzar a los animales viles, a quienes no se debe honra, entre los cuales animales estaba la mona, a quien dio mucha honra. Y la mona aquella, porque era semejante al hombre, tuvo deseo de ser rey y concibió, en lugar de honra, traición contra mi abuelo.

—Señor —dijo el elefante—, en vaso pequeño no puede caber mucho vino, y en persona que sea de lugar vil no cabe gran honra ni gran lealtad, y por eso es bueno que matéis al zorro, y que tengáis un buen consejo, y seáis libre en vuestro señorío, y no sujetéis a una persona malvada la nobleza que Dios os ha dado en linaje y por cargo.

Luego de estas palabras, el elefante fuė a ver al jabalí, con quien había hablado el zorro, y le dijo que él sabía lo que el zorro le había dicho,

y se lo dijo el elefante al jabalí tal cual el zorro lo había dicho. Se extrañó el jabalí porque el elefante lo sabía, y el elefante le contó todo el hecho. Mientras el elefante hablaba con el jabalí, el zorro fuése al rey y le dijo que el jabalí le quería matar, y entonces conoció el rey que el zorro le quería traicionar.

Convocó el rey ante sí muchos magnates, y estuvo allí el elefante y el jabalí, el zorro, el conejo y el pavón. Delante de todos pidió el rey al conejo y al pavón que le dijesen la verdad sobre el testimonio que habían prometido hacer al zorro luego de su muerte. El miedo del conejo y del pavón fue muy grande, pero mucho mayor fué el del zorro, que dijo al rey estas palabras:

—Señor rey, para probar yo si vuestros magnates os son buenos y leales, dije al elefante lo que dije, y eso mismo dije al jabalí por esa misma razón. Pero os digo que no hablé de esto de que me acusa el elefante al conejo y al pavón.

El zorro se confió entonces en que el conejo y el pavón, que tanto le temían, no osarían acusarle al rey ni descubrirle de cosa alguna.

Cuando el zorro hubo hablado, el rey puso una cara muy terrible al conejo y al pavón, y rugió con toda su fuerza para que la naturaleza de su alto señorío tuviese mayor virtud en la conciencia del conejo y el pavón que la naturaleza por la que el conejo y el pavón temen al zorro. Luego que el

león hubo prorrumpido en su gran rugido, dijo astutamente al conejo y al pavón que le dijesen la verdad; y el conejo y el pavón no se pudieron contener y dijeron la verdad al rey. Y entonces el rey, personalmente, mató al zorro.

Y después que el zorro hubo muerto, estuvo su Corte en buen estado. El rey hizo de su consejo al elefante, al jabalí y a otros honrados magnates, y desterró de él al conejo y al pavón.

Ha acabado aquí el LIBRO DE LOS ANIMALES, el cual Félix llevó a un rey para que viera la manera según la cual, en lo que hacen los animales, se significa cómo debe reinar el rey y se debe guardar de un consejo malvado y de hombres falsos.

D) DESCONSUELO

Ramón Llull es con frecuencia poeta en su prosa —y no me refiero sólo a la prosa rítmica del Llibre d'amic e d'amat *o del* Llibre d'Avemaria, *por ejemplo— y muchas veces resulta prosaico en sus versos, escritos siempre no en el catalán puro de su prosa, sino en el catalán muy provenzalizado —tal vez, provenzal muy catalanizado— que manejaban los poetas catalanes de su siglo, y que él mismo había utilizado en sus perdidos versos amorosos. Pero hay una profundidad humana en toda su lírica, o una abstracción intelectual, que no tiene nada que ver con los tópicos de los trovadores provenzales o catalanes.*

De su múltiple obra en verso elegimos sólo el Desconhort, *uno de los más bellos y personales, escrito en una de esas desolaciones en que le sumía a intervalos su temperamento ciclotímico. Como la mayor parte de sus escritos en verso, no lleva lugar ni fecha de composición. Pues también el* Arbre de ciència *comienza "en desconhort e en plors", mientras Ramón vagaba por la campiña romana, se ha supuesto con frecuencia que el poema fue es-*

crito asimismo en Roma el año 1295. Otros, en cambio, lo atribuyen a 1305, por la alusión al fracaso del colegio misional de Miramar, por manejos del Abad de La Reial.

En 1540 lo publicó en traducción castellana el lulista mallorquín Nicolau de Pacs, que por haber sido profesor en Alcalá conocía perfectamente el castellano. En el siglo XIX, Jeroni Rosselló, poeta romántico, volvió a publicar la traducción de Pacs, revisada, en Palma, 1852: es el texto que insertamos en esta antología, si bien cambiando el nombre de Raimundo por el más auténtico de Ramón.

Este es el DESCONSUELO *que Ramón Llull compuso en su vejez, al ver que el Papa y los señores de la tierra se negaban a acceder a sus reiteradas súplicas en orden a la conversión de los infieles.*

I

Dios, con vuestra virtud, comienzo este DESCONSUELO, el cual canto para consolarme y para publicar la grande sinrazón y el agravio que los hombres os hacen a Vos, Señor que en el angosto paso de la muerte nos juzgáis. Y cuanto más me consuelo, mayor flaqueza siento en mi corazón, porque hago mi alma puerto de enojo y dolor; por lo cual el con-

suelo se me trueca en muy grande desconsuelo. Y, así, estoy en placer, de una parte, y de otra, en trabajo. No tengo amigo que me consuele, sino Vos solo, Señor, por quien sufro este gran peso; y, ora cayendo, ora levantándome, hállome de manera que no veo ni oigo cosa que pueda darme aliento.

II

Cuando fui de edad crecida, sentí la vanidad del mundo, y empecé a hacer mal y a entrar en pecado, y, olvidado del Dios verdadero, seguí los carnales apetitos; pero Jesucristo, por su gran piedad, quiso cinco veces aparecérseme crucificado, para que me acordara de El, le amase y porcurara fuese conocido por todo el mundo, y que la verdad infalible de la Santísima Trinidad y de la encarnación gloriosa fuese predicada y enseñada. Y, así, yo me sentí inspirado, y tuve tan grande amor a Dios, que jamás amé otra cosa sino que El fuese honrado; y entonces empecé a servirle de buena voluntad.

III

Cuando después consideré el estado del mundo y cuán pocos son los cristianos y muchos los incré-

dulos e infieles, conmovido mi corazón, me hizo concebir el pensamiento de acudir a los prelados, reyes y religiosos, demostrándoles los medios de pasar a los dominios de los moros y cómo con predicaciones, argumentos y armas se pudiera dar tal ensalzamiento a nuestra santa fe católica, que los infieles viniesen a verdadera conversión. En este santo negocio me he ocupado por espacio de treinta años, y en verdad que nada he podido alcanzar; y por eso estoy tan triste y tan a menudo lloro, que me veo reducido a grande flaqueza.

IV

Mientras que yo me abandonaba de esta manera a mis tristes pensamientos, considerando con frecuencia los grandes ultrajes que a Dios se hacen en el mundo por falta de amor, como hombre enojado y descontento que huye de su mal señor, fuime al bosque, en donde me puse a llorar tan desconsolado, que estallaba de dolor mi corazón; mas, llorando, hablaba yo con Dios y hallaba en esto dulzura y remedio. Quejábame de que tan poco oiga a los justos y pecadores cuando tratan de su honor divino, porque, si más les ayudase y favoreciese, más pronto convertirían el mundo a la fe.

V

Estando así, abismado en honda melancolía, miré lejos, y vi llegar un hombre con un cayado en la mano, luenga la barba y vestido de cilicio; y, según su gesto, parecíame ermitaño. Y, acercándose a mí, díjome qué causa era la de mi duelo y de mis lágrimas y si en algo podíame ayudar. Respondí que yo tenía y sentía tal mal, que ni él ni otro podían darme consuelo; porque el enojo es tan grande, a proporción de lo que perdemos. Y dije que nadie en el mundo podía darme ya lo que perdido había.

VI

—Ramón —dijo el ermitaño—: ¿qué habéis perdido? ¿Por qué no os consoláis con Dios omnipotente, el cual a todas las criaturas es cumplimiento? Quien pierde a Dios es quien no puede tener virtud de consolación, porque está muy perdido. Y, si vos no tenéis amigos que os ayuden, abridme vuestro corazón y decidme lo que tenéis; porque, si flaqueza de corazón o entendimiento es en vos, bien podrá ser que por mi doctrina seáis socorrido, y, si os vence la pasión de ánimo, mostraros he, con la ayuda de Dios, a vencer vuestra alma combatida por el enojo y dolor.

VII

—¡Oh ermitaño!: si yo pudiese llevar a feliz término lo que respecto de Dios tan largamente he tratado, no perdiera yo cosa alguna, ni menos me quejara, antes ganaría tanto, que los que viven en las sombras del error vendrían a convertirse, y los cristianos poseerían el Santo Sepulcro de Jesucristo. Mas, por culpa de aquellos a quienes Dios honra más, los que no sólo no quieren oírme, sino que me tienen a mí y a mis palabras en nada, como a hombre que habla neciamente y sin discreción, pierdo el trabajo que hago por honra de Dios y bien de las gentes.

VIII

Por eso os digo, ermitaño, que traigo una *Arte general,* que me fue inspirada por el Espíritu Santo, por medio de la cual puede el hombre saber todas las cosas naturales, según la comprensión del entendimiento por los sentidos. Sirve para aprender el derecho, la medicina y todas las ciencias, y, asimismo, para aprender la teología, ciencia para mí la más estimada. No hay otro *Arte* que tanto valga para resolver cuestiones y para destruir errores por la razón natural; y téngola por perdida, porque

casi nadie la entiende ni la aprecia. Y por esto lloro y estoy en mortal tristeza, porque cualquiera que perdiese caudal tan precioso no podría gozar de cosa alguna de este mundo.

IX

—Ramón: si vos hacéis lo que os toca por la honra de Dios y por el bien del género humano, y no sois escuchado ni alcanzáis ayuda de aquellos que pueden ayudaros, por eso no debéis estar tan descontento. Quien todo lo ve os lo agradece tanto como si, de hecho, se cumpliera lo que demandáis; porque el que bien procura que a Dios se honre, consigue, en efecto, mérito, piedad y merced. Y por esto peca mucho el que guarda enojo en su corazón y se entrega al pesar y al desconsuelo, cuando Dios le hace gracia de un bien que tanto se aviene con el gozo, la fe y la esperanza.

X

Ramón: de vuestra *Arte* no tengáis cuidado, antes alegraos de ella, que, pues Dios os la dio, justicia y esfuerzo la multiplicarán en leales amadores. Y si vos ahora por ella sentís adversidades, vendrá otro tiempo mejor en que tengáis ayudadores tales

que la estudien y aprendan y en que con ella venzan los errores de este mundo y hagan muchos actos provechosos. Por esto os ruego, amigo mío, que os consoléis, que enjuguéis vuestras lágrimas y que os alegréis contra los vicios, esperando de Dios merced y socorro.

XI

Ramón: ¿por qué lloráis y no me mostráis alegre y sereno el rostro? ¿Cómo no os consoláis en vuestro mal? Dudar me hacéis si por ventura, estando vos en pecado mortal, seáis indigno de hacer cosa buena, porque Dios no quiere ser servido por hombre culpable. Y si no veis realizados vuestros deseos, no es por falta de aquellos contra los cuales dirigís vuestros clamores. Si en culpa estáis, no querrá Dios que vaya adelante vuestro negocio, pues hombre pecador no puede ser principio de tanto bien, porque el bien y el mal nunca concuerdan.

XII

—Ermitaño: no digo que no haya pecado mortalmente muchas veces, pero heme confesado de ello. Desde la hora en que Jesucristo se me apareció crucificado, según tengo dicho, y confirmó mi que-

rer con su amor, no caí jamás, a sabiendas, en pecado mortal. Puede ser que por lo que hice, siendo ciego y amante de las vanidades del mundo, no me vea ahora ayudado por Jesucristo en el bien que proyecto; empero, injuria me haría Dios si no me ayudase, porque le amo, y por su amor he dejado el mundo.

XIII

—Ramón: el hombre negligente no es buen procurador, si de lo que quiere acabar se olvida. Por eso me hacéis dudar del éxito del negocio que tratáis de llevar adelante con los grandes señores, que, por otra parte, se niegan a ayudaros; porque con poco fervor no se puede tratar de tan alta empresa. Si vos sois flojo, quejaos de vos mismo y no culpéis a los demás. Y, andando vos tan remiso, no os debéis desconsolar por la falta ajena, sino por la vuestra, que no queréis esforzaros en hacer cuanto os es dable por la honra de Dios.

XIV

—Ermitaño: mirad si, cuando se trata del bien público, del bien de justos y pecadores, soy en algo negligente; sabed que dejé por esto esposa, hijos y

heredades y que pasé treinta años de trabajos y congojas. Cinco veces fui a la corte romana, a mis expensas; he asistido a tres capítulos generales de Predicadores y a otros tres capítulos generales de Menores; y, si supieseis lo que he dicho a reyes y a grandes señores y cuanto he trabajado, no dudaríais de mi constancia ni me tuvierais por negligente en este negocio; antes me compadecierais, si es que sois hombre piadoso.

XV

—Ramón: el hombre que quiere llevar a feliz término una empresa de tanta importancia, conviene que con discreción la haga comprender. Mas, si vos no sois tan discreto y sabio como el negocio requiere, y, al mismo tiempo, venís con quejas, con injusticia os quejáis de los que, obrando con prudencia y sabiduría, hacen lo que pertenece y lo que conviene a la exaltación de la fe cristiana. Por eso, brevemente os aconsejo que os consoléis con vuestra falta, pensando que a tal empresa no sois bastante, y habed en vos humildad y paciencia.

XVI

—Ermitaño: si tan poco discreto soy, que mi razón no baste a cosa tan provechosa; si yo, en mi

ignorancia, falto por defecto de entendimiento y discreción, por eso demando compañeros que me ayuden en la empresa; mas no los puedo hallar, ni pequeños ni grandes, antes me encuentro solo y desamparado. Y, cuando les miro cara a cara y les quiero exponer mis razones, no me quieren escuchar, y los más me dicen que soy necio cuando les explico mi proyecto. Mas en el día del juicio se verá quién ha sido discreto y quién alcanzará perdón de sus pecados.

XVII

—Ramón: hombre avaro no puede dar cumplimiento a lo que quiere. Por esto, si vos sois codicioso y no consentís en dar de lo vuestro por honra de Dios, quejaros debéis tan sólo de vuestra avaricia, porque ella os impide hacer la buena obra. Y, si nada podéis dar, la pobreza puede contrariar vuestro intento, porque habéis de tener presente que los grandes señores más se inclinan por dádivas que por palabras o por ruegos. Por esto os digo que, si tenéis algo que dar, vivid persuadido que presto será la ida, porque dando podréis llevar a cabo cuanto quisiereis.

XVIII

—Ermitaño: estad seguro de que codicia de dinero y de honra en mí nunca halló cabida; muy al contrario, he siempre gastado en este negocio de mi caudal con tanta largueza, que por esto mis hijos quedan empobrecidos, por lo que no debéis calificarme de avaro. Ni podría yo dar mucho a los hombres, porque no soy rico ni señor de villas y ciudades. Así, pues, no me inculpéis, antes tenedme por excusado. Y os aseguro que, si empuñaran mis manos cetro de reino o de imperio, no dejaría de dar hasta que fuese acabada la empresa. Pero hombre que poco da no es oído.

XIX

—Ramón: la vanagloria hace tener al hombre mucho amor propio, y le hace trabajar para que de él se hable y pregone la fama sus alabanzas, y le estimen y honren, y le tengan las gentes en su memoria. Si vos trabajáis por honra propia, la soberbia y la vanagloria tanto os rebajan, que ni se dignarán miraros las gentes ni escucharos, porque hombre vil no debe tratar cosa de tanta honra. Y vil es y está en pecado quien más gloria quiere que la

que le pertenece. Por esto, de vuestra sinrazón no queráis a nadie culpar.

XX

—Ermitaño: yo no sé por cuál intención me tenéis vos en tan mal concepto; porque de hombre no conocido, antes se debe presumir bien que mal. Pero ¿por qué no creéis que para hecho tan bueno se pueda encontrar hombre de mucho valer? Si, según imagináis, yo fuese mal hombre en todo, razón y naturaleza me aconsejaran lo contrario de lo que hago. Así Dios me perdone como nunca en mí hubo intención de hablar de este negocio por alabanza mía, la cual no parece bien en hombre pecador como yo.

XXI

—Ramón: por ventura vos no sois bastante conocido, y, por eso, en el negocio pudierais ser engañado. Ningún tesoro oculto debajo de la tierra puede ser deseado ni querido. Por eso, si no conocen las gentes vuestra ciencia, nunca se os tendrá por lo que sois. Mostrad lo que sabéis; mostrad vuestra *Arte* y ciencia y os darán ayuda, porque hombre no conocido no es honrado ni reputado. Y si vos, mi

amigo, amáis la honra de Dios y la salud de los hombres, haced que vuestra ciencia se extienda, a fin de que no se pierda.

XXII

—Ermitaño: ¿cómo pensáis que yo esconda tal ciencia, cuando con ella se puede incontestablemente probar nuestra fe? ¿Cómo pensáis que la oculte a los hombres errados, que por mi saber pueden alcanzar la salvación de Dios, a quien quisiera que tanto amasen? Aseguraos que estoy cansado ya de enseñar. Y si los hombres muy de veras estudiasen en mis libros y por otra doctrina no los olvidaran, yo fuera conocido; pero léenlos algunos como gato que pasa por brasas encendidas; por eso casi nada alcanzo con ellos en este negocio. Mas, si hubiese algunos que de mi *Arte* se acordasen y la comprendiesen y en nada de ella quedasen dudosos, podríase por mis libros poner el mundo en buen estado.

XXIII

—Ramón: dígoos lo que os digo para consolaros; mas, si no queréis dar fin a vuestro llanto, no es extraño que me canse. Escuchad, y mirad bien si lo que demandáis al Sumo Pontífice puede llevarse adelante; porque imposible me parece demostrar

con razones nuestra fe, y que se hallasen hombres de tanta abnegación, que se ofrecieran a padecer el cruel martirio que los malvados infieles les dieran en su predicación. Por esto, amigo mío, no os debéis maravillar si el Papa y los cardenales no os quieren conceder lo que pedís, puesto que es imposible.

XXIV

—Ermitaño: si no fuese posible probar nuestra fe, [no] pudiera Dios culpar a los cristianos si no la demostrasen a los infieles, los cuales se podrían quejar justamente de Dios si no permitiera que la mayor verdad se probase, para que el entendimiento ayude a amar la Santa Trinidad, la Encarnación y los otros artículos; y entendiéndolos puede el hombre mejor resistir a la falsedad. Escrito tengo, además, [el *Pasaje,* en donde he] demostrado claramente el modo como el Santo Sepulcro se puede recobrar y el medio de hallarse hombres que supieran predicar la santa fe sin temor de la muerte.

XXV

—Ramón: si el hombre pudiese demostrar nuestra fe, perdería el mérito de la fe; y por eso no conviene que se pueda demostrar, pues perdería aquel

bien, y, perdiéndose aquel bien, sería tal demostración causa de mal, contrario al mérito que se gana creyendo la verdad, no por fuerza de argumentos, sino por la fe. Y aún más, os digo que el entendimiento humano no comprende todas las verdades de Dios, las cuales son infinitas; pues cosa finita no las puede contener todas. Por lo cual, vuestra razón es nula, y no consolándoos, hacéis lo que no es debido.

XXVI

—Ermitaño: si el hombre fuese criado para sí mismo, fuera verdad lo que decís; mas como Dios crió al hombre para que le honrase, lo cual es más noble y más alto fin que la gloria que el mortal anhela procurarse, síguese que vuestra razón nada vale. Y tengo ya manifestado que la fe se puede probar, si lo recordáis; y, aunque se puede probar, no se deduce de aquí que la cosa creada contenga ni comprenda la cosa increada; pero entiéndese tanto cuanto le es concedido, para que el hombre reciba de Dios plena gracia en el entender, memorar, poder y querer.

XXVII

—Ramón: ¿cómo pensáis que por la predicación pudiese el hombre conducir los moros al bautismo?

Según la ley que Mahoma dejó escrita, les está prohibido disputar con los cristianos, y debe ser penado quien mal dijere de la ley mahometana. Y por eso me parece que no fuera muy útil ir allá. Además, no sería fácil encontrar hombres que supiesen el idioma arábigo, y poco se alcanzaría si tuviesen que valerse de intérpretes. Si algunos hubiera que quisiesen aprender aquella lengua, tardarían mucho en saberla. Por lo mismo, os aconsejo que nos vayamos los dos a una alta montaña para contemplar a Dios.

XXVIII

—Ermitaño: en tal estado se hallan los moros, que muchos de sus sabios por razón natural no creen en Mahoma, antes hacen muy poco aprecio del Alcorán, porque Mahoma vivió deshonestamente. Por este motivo, no fuera difícil la conversión de aquéllos si les patentizasen con buenos argumentos las verdades de nuestra fe; y después los convertidos reducirían el vulgo a la misma creencia. Ni es cierto, además, que se necesite mucho tiempo para aprender la lengua arábiga, ni es necesario decir, desde luego, mal de Mahoma. Y a quien hace lo que puede, el Espíritu Santo le ayuda y da cumplimiento a su buen propósito.

XXIX

—Ramón: cuando Dios quiera la entera conversión del mundo, entonces dará las lenguas por el Espíritu Santo para predicar, así como sucedió con los apóstoles de Jesucristo, según queda escrito; y será oída la predicación por todo el orbe, y todos los hombres estarán unidos en una misma fe, la cual será en este mundo disipada, y jamás el pecado consentido. Mas ahora no hay hombre mortal que no tenga faltas; por eso Dios no los quiere oír.

XXX

—Ermitaño: Dios siempre quiere que el hombre le ame y conozca la verdad. Por esto le ha dado el libre albedrío, así para hacer el bien como para dejar de practicar el mal; y forzado obrara si en nuestros tiempos no pudiese amar a su prójimo y a Dios, procurando su honra. Así, pues, lo que decís no me satisface, antes pecáis mucho al asegurar que todas estas cosas están ligadas, que en la actualidad no es posible la conversión de los infieles, y que Dios no puede ayudarles en el negocio de su honra. Por lo cual, vuestro hablar mucho me desconsuela.

XXXI

—Ramón: mucho mejor es conservar lo que se ha ganado que ir a convertir los malvados sarracenos que no quieren entrar en razón. Por eso vale más que cuidemos de los cristianos, manifestándoles les excelencias de Dios por medio de la predicación del Evangelio, a fin de que quieran hacerse sus leales servidores. Además, ¿quién sabe si se lograría el bien que pensáis con respecto a los infieles? ¿Quién sabe si ellos pervirtieran a los que les predicasen? Y lo peor es que ellos nunca fueran buenos cristianos, porque no es fácil que se olvidasen de su creencia y de sus costumbres. Así, pues, dejad vuestro enojo y trocad ese deseo en cosa mejor.

XXXII

—Ermitaño: si los religiosos, predicadores, menores, clérigos, seglares, monjes, abades y priores fuesen pocos, sería más prudente y acertado lo que me decís. Mas en nuestra santa religión cristiana hay muchos hombres valerosos, dispuestos a morir por la honra de Dios, y ellos bastan para nosotros y para los infieles; por esto duélome de que los príncipes de la fe cristiana no hagan lo que deben

por la gloria del Supremo Ser. Si los moros convertidos no tienen fe verdadera y de corazón, sus hijos la tendrán. Así, pues, errado andáis, porque nada pierde quien muere por su Criador.

XXXIII

—Ramón: oigo decir que muchos han ido a predicar a los moros y a los tártaros y han aprovechado poco. Maravíllome, pues, de que tan recio persistáis en vuestro propósito; porque en cosa por otros tentada, y de que se han fatigado, no debe el hombre empeñarse, y si permanece firme en su propósito, da pruebas de poco juicio. Por esto suplícoos, hermano, que de vuestro mismo cuerpo, tan cansado, hayáis piedad, y retiraos en un lugar donde podáis reposar y os remediéis de los daños que habéis experimentado.

XXXIV

—Ermitaño: el que de veras quiere servir y honrar a su buen señor, por ninguna cosa debe dejarse ni cansarse de bien servirle. Por la falta de amor que hay en vuestro corazón, no os sabéis consolar a vos mismo ni a otro. Lo que no es dable en un tiempo llevar a cabo. si bien se sabe gestionar, en

otro se podrá hacer: a quien empieza buena obra, no le queda por hacer tanto, y si los primeros hacen poco, los otros podrán hacer más. Así, pues, os ruego, por merced, que me dejéis, ya que en vos no puedo cosa alguna alcanzar, que mayor tristeza me causáis cuanto más me decís.

XXXV

Entonces Ramón se enojó y no quería oír al ermitaño, que le rogaba se consolase en el dolor que le oprimía, y exclamó: "¡Oh Señor glorioso! ¿Hay en el mundo martirio como el que sufro, cuando veo que no os puedo servir ni tengo quien me ayude? ¿Cómo quedará este *Arte* que me disteis, de la cual puede seguirse tanto bien? Mucho temo que, después de mi muerte, no se pierda; porque, según veo, ningún hombre la sabe cual yo quisiera, sin que pueda obligar a que la oigan. ¡Ay, triste de mí! Si ella se pierde, ¿qué os podré decir, Señor, a vos, que me la disteis para que la extendiese?"

XXXVI

—Ramón: los filósofos antiguos no tuvieron noticia de vuestra *Arte*, lo que prueba no ser ella de gran provecho; porque, si ella fuese verdadera, la hubieran concebido, siendo como era su entendimiento más alto que el vuestro. Pero, si la recibisteis

de Dios, no hacéis bien en haber temor de que, después de vuestros días, se pierda, porque cuanto Dios da, viene a cumplido fin. Y aun os digo que, en vida de los autores, sus artes fueron tan poco favorecidas como después han sido ensalzadas.

XXXVII

Quería consolarse Ramón, pero enojóse viendo que el ermitaño opinaba que los antiguos filósofos, en los cuales no hubo fe, habían sido principio de todo lo que es bueno, para conocer la Santa Trinidad y la Encarnación, siendo así que ellos no creyeron que Dios fuese trino en personas ni que se quisiese humanar, ni conocieron la producción que Dios tiene en sí. Luego ¿por cuál razón los filósofos antiguos tuvieron mayor aviso en su entendimiento que los que después fueron, los cuales tuvieron ley y creencia de resurrección?

XXXVIII

—Ramón: ¿nada puedo decir con que podáis recibir consuelo? Atended a esta razón y no permanezcáis enojado. ¿Qué le importa a Dios si el mundo no está en buen orden? Cierto es que ninguna cosa criada realza ni rebaja a Dios, pues él es en sí cumplido, sin necesidad de la criatura. Por tanto, debéis estar contento del cumplimiento que Dios tie-

ne en sí mismo por su bondad. ¿Por qué vos solo habéis locamente de entristeceros de esto, como si Dios recibiese disminución por el mal estado del mundo? Insensato sois, cuando no os alegráis en la plenitud de bienes que Dios tiene. Echad la tristeza y no curéis de lo criado, para que Dios, cumplido y no imperfecto, llene el deseo de vuestro corazón.

XXXIX

—Ermitaño: mal me hace vuestra consolación. ¡Desdichada fue la hora en que me vi con vos! Y, si no me refrenase temor de vergüenza, de hoy en adelante jamás volvería a hablaros. ¿Cómo podéis decirme que reciba consuelo, cuando veo que Dios no es oído, servido, acatado, conocido ni amado? Aunque Dios por sí mismo baste al amor de mi corazón, fáltame verle honrado, en vez de verle en menosprecio por cosas tan viles, de lo cual estoy muy triste, sin poderme alegrar. Mas en lo que Dios es, estoy bien consolado.

XL

—Ramón: en todo cuanto Dios obra hay el sello de su divina justicia, y, si condena a las penas del infierno a los incrédulos, no debéis por eso desconsolaros, así como no debéis enojaros de lo que Dios obra tan justamente, pues pecado es vuestro

enojo, y con él erráis malamente contra Dios, amando aquellos que falsamente creen contra la verdad del Eterno y le son inobedientes. Si en vos hubiera bueno y leal amor, no os descontentara que Dios dé tormentos a los que cada día le ofenden; porque el hombre que bien ama, no tiene cuidado ni pesar de lo que su amado hace, porque Dios obra siempre con justicia.

XLI

—Ermitaño: no me duele lo que mi Señor hace, antes le adoro y alabo en cuanto hace; mas, como quisiera que le honrasen y amasen sobre todas las cosas, no dejo de lamentarme y de estar triste; y no me consoláis ni me socorréis porque no sabéis de dónde viene el dolor mío. Por eso convendría que me dejaseis a solas con mi pesar y mis lágrimas. Aprended a ser mejor consolador, porque poco sabéis consolar con vuestras palabras. Jamás los pecadores os querrán, porque no tenéis caridad con ellos, estando, como está, Dios siempre dispuesto a perdonarles.

XLII

—Ramón: pues por cuanto quisiera que os consolaseis y en nada recibieseis duelo y enojo, ruégoos que me oigáis. Dios sufre que el mundo sea malva-

do, como lo es, para que El pueda ejercer su misericordia y perdonar mejor por doquiera, pues cuanto más perdona, mayor piedad ejerce y más le es agradecido. Así vivid en la persuasión de que Dios tiene tanta caridad con su pueblo, que casi todos los hombres del mundo lograrán la salvación, porque, si no son más los salvados que los condenados, fuera su misericordia sin grandeza de caridad. Consuéleos, pues, la divina misericordia.

XLIII

—Ermitaño: todo el día me entretenéis con palabras y no me dejáis recordar mi hondo y angustioso pesar. Quizás lo hacéis para que destierre de mí el desconsuelo que tanto me acongoja; pero nada venís a conseguir, contando más con la gran misericordia de Dios que con su gran justicia. Andáis muy equivocado si creéis que la misericordia de Dios no ha de ser igual a su justicia, según el orden de sus dignidades, de las cuales ninguna consiente que la divina justicia sea diminuta. De esto el pecador debiera espantarse. Y cuando veo que no se tributa a Dios el honor que le es debido, mis ojos se inundan de lágrimas.

XLIV

—Ramón: los predestinados de necesidad y conveniencia es que se salven; porque, si no se salvasen, el saber de Dios pudiera ser mudado por contrariedad, cuya mutación es imposible, porque, si posible fuera, la sabiduría divina no fuera perfecta. Mas, siendo como es perfecta, consolaos en su cumplimiento, contra el cual pecáis si no recibís consuelo en lo que Dios ha ya juzgado, en lo que ha ordenado según su saber y albedrío y en lo que su verdad pone en verdad.

XLV

—Ermitaño: si fueseis hombre entendido, supierais hablar mejor de la predestinación del hombre y no tuvierais en olvido la libertad que Dios tiene en sí y en las criaturas, por lo cual dio al hombre el albedrío de poder servirle sin forzar su voluntad, porque Dios es tan bueno, que debe ser servido voluntariamente. Así, Dios no fuera servido de libre voluntad por el hombre predestinado si éste por necesidad le amase y sirviese. El hombre fuera salvado sin ser juzgado, y juicio no puede haber sin que el que es juzgado haya libertad, la cual no constriñe al prescrito ni al predestinado.

XLVI

—Ramón: si en vos hubiese gran esperanza, poco cuidado os diera que el mundo estuviese en mal estado, porque Dios, tan piadoso como es, pondrá en breve el mundo en mejor camino, y todos los hombres se alegrarán de ello. Tened firme confianza de que esto acontecerá, porque el hombre tomó principio de Dios por gracia, piedad y bondad, semejantes a El. Y si, por lo que os digo, no dejáis la tristeza, demostráis desconfiar de su bondad y misericordia y que sois contrario de Dios y de su amor.

XLVII

—Ermitaño: antes que el mundo venga a buen estado, será hecha gran deshonra al Dios verdadero. Más os digo: que no veo hacerse ordinación que indique la proximidad de tal tiempo. Lo que yo suplico y expongo a la corte de Roma, al Papa y a los cardenales, no lo ejecutan, antes me lo dilatan; por esto siento tal dolor, que no puedo en cosa alguna alegrarme. En mis súplicas y peticiones les manifiesto el modo de poner el mundo en orden con brevedad; mas en tan poco me tienen, que se burlan de mí como de un loco que habla neciamente; de

manera que en tales hombres tengo ya perdida la esperanza.

XLVIII

Consideró el ermitaño si, por alguna manera, podría dar consuelo a Ramón, que tan dolorosamente se plañía, y díjole: —Ramón, no dudéis de que la Virgen María y todas las jerarquías de los ángeles y de los santos ruegan, de día y de noche, a Jesucristo, su único Hijo, para que por su misericordia ponga muy presto orden en el mundo y dé camino para que sea servido y honrado. Y esto, Ramón, os debe consolar, pues Jesucristo, por su gran piedad, hace siempre lo que le ruegan los ángeles, los santos y su piadosa Madre. Ruégoos, por tanto, que esto sea vuestro consuelo y que de hoy en adelante os mostréis alegre.

XLIX

—Ermitaño: cuando pienso que la Señora, llena de amor y valor, dueña de justos y pecadores, y que todos los santos ruegan a nuestro Señor para que todo el mundo honre a Jesucristo, y veo que el mundo le hace tanta deshonra, entonces me siento morir de pesar y tristeza. Imagino que, por ser los hom-

bres tan malvados e indignos, Dios casi no quiere ya que nadie ruegue por ellos; y de esta manera queda el mundo en su deplorable error; y no se halla apenas hombre alguno sobre la tierra que quiera alabar a Dios, antes cada uno se alaba sólo a sí mismo, a su hijo, a su caballo, a su halcón y a sus cosas. ¿Quién, pues, podrá alegrarse de cosa alguna? ¿Quién podrá dejar de entristecerse?

L

—Ramón: paréceme que no sois hombre paciente, porque veo que por ninguna cosa os queréis aquietar. Acordaos de Job, que perdió tantas cosas, que sufrió en su persona tantos tormentos y vino a tanta pobreza, que no tuvo cosa alguna. Y, sin embargo, aquél recibió consuelo, y vos por ninguna cosa del mundo os queréis consolar, y eso que estáis sano, tenéis heredades, dinero, vestidos, hijos y otras cosas de que los hombres recibieron contentamiento. No place a Dios hombre impaciente; por eso no sufre que por medio vuestro venga a feliz término el negocio que tratáis en honra suya.

LI

—Ermitaño: no es mucho sufrir resignado la pérdida de hijos, salud y fortuna cuando lo quiere Dios. Mas ¿quién podrá jamás consolarse, al ver

el olvido y el menosprecio en que a Dios se tiene, al oír blasfemado su nombre e ignorado su sér, cuando esto tanto le agravia? Y aun no sabéis vos lo mucho que por su amor fui escarnecido, golpeado, maldecido, tirado pòr las barbas y puesto en peligro de muerte; a todo lo cual por su virtud me he resignado. No hay hombre en el mundo, empero, que pueda consolarme cuando veo lo poco que se le honra sobre la tierra.

LII

—Ramón: paréceme que vos hacéis cuanto está a vuestro alcance para que Dios sea honrado en todas partes, lo cual Dios, justo, os lo agradece tanto como si lo que deseáis tuviese efecto. Y esto os debiera consolar en vuestro duelo; y mérito en ello alcanzarais, y aun pudierais esperar galardón. No seáis, pues, como los necios que desplacen a Dios: alegraos en vuestro espíritu. No seáis porfiado en lo que queréis acabar ni en lo que los otros no hacen a vuestro gusto. Contentaos con amar y reverenciar al Criador.

LIII

—Ermitaño: no somos criados principalmente para alcanzar grandes méritos ni gloria, sino para que procuremos que Dios sea en el mundo honrado

por su pueblo. Y, por esta razón, no me alegro del premio que pueda alcanzar ni me duelo de que sea escaso, porque no soy criado para ese fin; empero, me pesa mucho de que no se haga ordenación para que Dios sea más amado y honrado por todo el mundo y para que todas las naciones abracen la fe salvadora. Y cuando vos me queréis consolar con lo que no puede dar consolación, habláis en vano.

LIV

—Ramón: ¿qué cosa es la que tanto deseáis y por la cual en el mundo a Dios tanto se honrara? Pudiera acontecer que no fuese lo que vos procuráis lo que condujera el orbe a buen fin; pues, no siendo lo que pensáis, trabajaríais en vano, y, si mil años vivieseis, no llegaríais tal vez a lo que queréis, porque nadie puede acabar cosa perjudicial y dañosa. Por eso os ruego que claramente me digáis el negocio, y que ambos miremos si aquello en que tanto perseveráis es cosa tal que con ella pueda Dios ser amado y servido.

LV

—Ermitaño: ya os dije, si os acordáis, la manera con que Dios fuera más amado y servido; esto es, que el Sumo Pontífice buscase muchos hombres

esforzados y entendidos que arrostrasen las penas del martirio por nuestro Señor, trabajando para que por todo el mundo fuese conocido y amado; y que [a] cada cual le fuese enseñada la lengua de los infieles, así como en el Colegio de Miramar estuvo ordenado —¡perdone Dios a quien lo perturbó!—, y que el Papa hiciese la expedición, dando para la conquista general la décima parte de cuanto poseen los clérigos y prelados; y que esto durase hasta que el Santo Sepulcro fuese conquistado. Sobre este asunto tengo escrito ya un libro.

LVI

—Ermitaño: otra ordenación pudiera hacerse todavía para llevarse a cabo la expedición santa y para destruir el error en que vive tanta gente; esto es, que el Santo Padre hiciese que todos los cismáticos, por medio de argumentos, viniesen a convertirse y a aunarse con los fieles, sobre cuya razonada discusión tengo escrito un tratado; y, ganados los cismáticos, que son muchos, no hubiera quien con armas ni sofismas pudiese contrastar a la santa Iglesia. Y, asimismo, que se hiciese una sola Orden del Temple y de los Hospitalarios y que su gran maestre fuese hecho rey del Santo Sepulcro. En verdad no sé cosa mejor para honrar a Dios.

LVII

Consideró el ermitaño si Ramón tenía razón; reflexionó mucho consigo mismo, y no pudo hallar más provechoso negocio que el que Ramón le exponía. Compadecióle, y arrepintióse mucho de haberle tanto enojado. Quiso dolerse y desconsolarse con Ramón, y rogóle eficazmente que le perdonase, y, con suspiros y lágrimas, dijo: "¡Oh verdad, devoción y caridad! ¿Dónde está el agradecimiento que los hombres deberían tener a Dios?" Y, cuando Ramón vio al ermitaño consigo reconciliado, le besó y lloró mucho con él.

LVIII

—Ramón —dijo el ermitaño—: ¿Cómo podríamos inducir al Papa y a los cardenales a que hagan lo que deseamos? Yo en tan noble negocio quiero siempre entender, y quiero en ello esforzarme, por ser cosa que mucho ha de enaltecer al hombre. Pésame de que antes no lo conociera, pues, a conocerlo, me hubiera apresurado a aprender la lengua arábiga y la ciencia vuestra, para ir a tierra de moros en defensa de la santa fe, sin temor de la muerte. Pues gran placer hubiera sido para mí morir por la honra y amor de Jesucristo; que más vale morir por El que para sí mismo vivir.

LIX

—Ermitaño: cansado estoy de tratar con la corte romana, sin que ninguna cosa haya podido alcanzar; y si vos queréis trabajar por la santa causa de Nuestro Señor Jesucristo en la metrópoli y en ella hacer, despacio y con diligencia, cuanto os sea dado, quizá este negocio llegará a su fin, si os quieren escuchar el Santo Padre y los cardenales; o, si no, haceos juglar en la corte y cantad los *Cien nombres de Dios,* que escribí en rimas para que cantar se pudiesen. Aunque, bien mirado, no os doy este consejo, por que no hagáis menospreciar los libros que Dios me hizo concebir.

LX

—Ramón: si yo voy a la corte, ¿vos adónde iréis? ¿Por qué no procuráis conmigo la causa de Jesucristo, pues la movisteis? Y si hacen burla y escarnio de mí, ¿adónde estaréis vos? ¿Pretendéis, acaso, que yo haga lo que vos no queréis hacer? Paréceme que no me deseáis mucho a mí ni a otro en este negocio. Ea, pues, vamos a Roma, no vaciléis en nada; no seáis de aquellos que dicen: "Señores, haced lo que yo no haría." Avergonzado debierais estar de esto; que no tenéis excusa, antes pe-

cáis por hipocresía, y lo que hasta aquí lograsteis lo perdéis por vergüenza.

LXI

—Ermitaño: propóngome volver a los moros, para reducirles a la fe; y voy sin temor a la muerte, que arredra más que cualquiera escarnio sufrido por la honra de Jesucristo. Yo no la temo, porque el hombre debe desearla. Mas, a fin de que no haga yo menospreciar mi *Arte,* obrando a manera de juglar, y porque en otra parte pienso hacer mayor bien, no determino volver a la corte. Cuando veo la insistencia con que de todos modos me culpáis, sospecho si lo hacéis para excusaros de ir a Roma; por eso dejémoslo estar.

LXII

El ermitaño se arrepintió de haber reprendido a Ramón, y manifestóle que le había hablado así para determinarle a que emprendiese con él el camino de la corte. —Ramón —añadió entonces el ermitaño—: dos o tres años quiero permanecer en Roma, aunque nada pueda alcanzar, y después deseo entender en el negocio de que me habéis hablado. Mas quisiera que después otro, en mi lugar, fuese allá, y

que de tales hombres se estableciera una orden religiosa, hasta que tan grande beneficio fuese comprendido y debidamente apreciado por la corte romana.

LXIII

—Ermitaño —contestó Ramón—: bien pensasteis, porque, con esa orden, fácil fuera se llevase a ejecución cosa tan grande y provechosa para el cristianismo. Decid por todas partes, a reyes y prelados, que se apresuren a hacerlo, pues los moros han pervertido ya a los tártaros, los cuales, convertidos a la secta mahomética y unidos a los sarracenos, podrán destruir toda la cristiandad; tanto, que no se hallará cristiano que sea señor del reino ni habrá prelado que tenga caballo grueso. Mirad, pues, ermitaño, a qué es venido el mundo.

LXIV

—Ramón —dijo el ermitaño—: mucho deseo saber por qué causa Dios quiere así olvidarse del mundo, que es suyo, y por qué lo deja al modo que no tiene semejanza de su bondad, y cómo puede sufrir que tantos pecadores vayan al infierno. Ruégoos, Ramón, que me digáis la verdad y la causa de todo

esto; porque, cuanto más me digáis, de más cosas me acordaré y mejor defenderé el negocio que me encomendáis. Según me parece, desde el principio del mundo hasta nuestros días, si un hombre se salva, mil se condenan en el infierno. Y ¿cómo es que la Iglesia ni nadie se esfuerza en dar a esto remedio?

LXV

—Ermitaño: si bien lo recordáis, ya os dije que Dios crió al hombre más para que le sirviera y honrara que para que alcanzara gloria. Los hombres no cumplen el fin de la creación, cuando más procuran y desean su salvación que la honra de Dios; por eso no pueden tales hombres estar en gracia de Dios, antes viven en pecado. Este es el abismo por el cual va deslizándose el mundo, y el mundo no quiere despertar de su letargo. Por eso me maravillo si Dios no le ama y si deja hacer al espíritu maligno tanto mal, en venganza de las ofensas que recibe.

LXVI

El ermitaño y Ramón mutuamente se despidieron, y llorando, se abrazaron y besaron; y el uno dijo al otro que a Dios le encomendaba y que por él en

sus oraciones rogaría. Al separarse, miráronse con mucho amor, piedad y sentimiento, e, hincadas al suelo las rodillas, cada uno al otro santiguaba y bendecía. Y después partieron, exhalando ambos tiernos suspiros, porque creían no volverse a ver más en este mundo, sino en el cielo, mediante la voluntad de Dios. Y, cuando estuvieron algo distantes, los dos se desearon mucho.

LXVII

El ermitaño se acordaba del trabajo y las fatigas que Ramón había, durante tantos años, arrostrado, y de que aun iba a ponerse en gran peligro. Alzó los ojos al cielo, y, de rodillas, con las manos juntas y con ardiente celo, caridad y lágrimas, dijo: "¡Oh Dios piadoso!, por merced os pido que no desamparéis a Ramón y que le guardéis de mal. A Vos, poderoso Señor, os lo encomiendo; enviad al mundo hombres dispuestos a morir, como él, por vuestro amor, y que, como él, vayan mostrando la verdad de la santa fe, predicando por todo el orbe.

LXVIII

Cuando Ramón recordó la gran tempestad que por tanto tiempo le combatiera, y pensó en que el ermitaño se había puesto de su parte, lloró mucho,

y hubo compasión de él, y dijo a Jesucristo, con las manos juntas y arrodillado: "¡Oh verdadero Dios y hombre, por quien tanto he trabajado, para que seáis de todos conocido y amado! Si a vuestra justicia place que esto me agradezcáis, plázcaos también que por ello sea remunerado el ermitaño, ya que lealmente se puso en mi compañía. Haced que por él se acabe lo que yo he encaminado y adelantado, y ayudadme a mí para que pueda trabajar por la prosperidad del reino cristiano."

LXIX

Acabado es el Desconsuelo que Ramón ha escrito, en el cual ha manifestado el orden del mundo. Lo ha compuesto en rima para que mejor pueda conservarse en la memoria; que bien pudiera acontecer que algún varón animoso y esforzado emprendiese este negocio, hasta que fuera cumplido lo que Ramón ha tanto suplicado al santo Pastor de la Iglesia. Porque, si Su Santidad lo ordenare, con asentimiento de los cardenales, se diera fin a los males de este mundo, y el orbe todo fuera ennoblecido a los ojos de Dios, y la fe cristiana se viera felizmente libre de todos sus contrarios. Encomiendo este triste llanto y Desconsuelo al Espíritu Santo.

INDICE DEL TOMO PRIMERO

DATE DUE